

P.Fr. Alberto García Vieyra OP.

MEMORIAS DE UN SEMIVIVO

Kanef - Maraj



ATHANASIUS EDITOR



*MEMORIAS
DE UN
SEMIVIVO*

Kanef - Maraj



P.Fr. Alberto García Vieyra OP.

MEMORIAS DE UN SEMIVIVO

KANEF - MARAJ
(P. Fr. Alberto García Vieyra OP.)

Dibujo de Tapa: **Obra del P. Mario José Petit de Murat OP.**

Fraile dominico samaritano

Año 1947 - Tinta/papel

Dibujo publicado en revista "El Rosario" - N° 6 y 7 - Año 1947

*ATHANASIUS EDITOR
-CORDOBA 2017-*

ÍNDICE

PAG.

| | |
|--------------------|----------|
| 1-9 | SEMIVIVO |
| 11-17 | RELICTO |

LOS QUE PASARON

| | |
|----------------------|---------------------------|
| 21-34 | EL MAGNATE Y LA DOCTORA |
| 35-46 | EL PROFESOR |
| 47-50 | EL SABIO ALEMÁN |
| 51-66 | EL CLÉRIGO Y EL CRISTIANO |
| 67-75 | EL MAESTRO NORMAL |
| 77-79 | ELOGIO DEL RINOCERONTE |
| 81-85 | EL BACHILLER ARGENTINO |
| 87-111 | EL LAICO ADULTO |
| 113-137 | EL GRADUADO DE LOVAINA |
| 139-148 | EL BRAHMÁN |
| 149-153 | EL POLÍTICO |
| 155-172 | EL PROFETA |

SEMIVIVO

En las proximidades del Sinaí, a la puerta de un monasterio enclavado entre las rocas y la línea de montañas que limitan la llanura, mientras los rayos del sol hacían reverberar las piedras y las arenas del desierto, un peregrino pedía hospedaje.

Pedir hospedaje no era cosa extraña, ni la llegada de un nuevo huésped era algo insólito en las costumbres monásticas. Las puertas de la casa de Dios permanecían abiertas para todos; recibían sus huéspedes del desierto, y los conducían a la soledad interior mas verdadera.

Desde San Pacomio, padre de los cenobios de Oriente, todos los conventos tenían un lugar reservado para huéspedes. La recepción del recién llegado era una ceremonia de ritual, donde se encarecía que se le alojara como al mismo Jesucristo.

Nuestro monasterio había conservado todo lo esencial de la regla pacomiana. El silencio, la pobreza, la obediencia, el cuidado de las granjas y de los establos, todo se hacía según la norma de una tradición que los ancianos trasmitían a los jóvenes, como instrumento de la conversión de las costumbres, y medio para seguir a Jesucristo.

No había osado penetrar en él la inquietud que agita a los hombres en los tiempos modernos: la idolatría de la persona humana, la religión del bienestar, del progreso, de la técnica, que atan el hombre a la marcha inexorable de un tiempo que acaba, y también teatro circunscripto en donde el hombre sin Dios vive el drama de su búsqueda incesante y sin fin, cuando el castigo de la sombras ha caído sobre su alma de renegado. Podemos decir que no había llegado la suprema inquietud que agita al hombre por el hombre. Allí, entre sus muros, el hombre seguía siendo creatura de Dios redimida por Jesucristo. El humanismo activo y afiebrado del hombre occidental, que va desde el griego hasta el romanticismo, pasado por todos los matices intermedios, parecía detenerse y morir en las arenas del desierto. Allí se hablaba el lenguaje de los profetas de Israel; allí vivía la presencia del Misterio; el hombre era creatura de Dios y atendía más a los reclamos de la oración que a la mentalidad o exigencias de la vida contemporánea.

Queremos definir el monasterio como avanzada de una Iglesia renovada, que ha superado la larga y tensa tentación humanista; una Iglesia no demorada en valores humanos aunque sean reales; una Iglesia que vuelve a vivir el realismo de los profetas, superando toda sugestión del hombre, aun el encanto de las líneas puras del clasicismo helénico.

En el interior del monasterio los monjes gozaban de su tradición religiosa sin las estridencias de una problemática hostil y equívoca; el diablo huía del desierto y prefería ir a cosechar a los Reinos de la Tierra. En el mundo, los altavoces y las linotipias proferían blasfe-

mias contra la Iglesia, y enloquecían a los ministros del altar. Los mundanos pecaban atrocemente y echaban la culpa a la Iglesia de las consecuencias de sus pecados. Era la última astucia de la última herejía que asolaba a la Iglesia: la Fe principalmente puesta en el Hombre, y accidentalmente en Dios.

En el progresismo católico, clérigos y laicos se habían confabulado para destruir todo vestigio de lo sobrenatural.

Ya la gracia no contaba para nada, y la Fe era inútil, puesto que los únicos objetos de Fe eran: la persona humana, la libertad o la democracia. Los clérigos, olvidados del cielo, vivían encantados con su “inserción en la Historia”, y la Historia era llevada y traída por todos con gran solicitud. Mucho se hablaba de los “valores humanos”, sin dárselos un ardite de los valores divinos, de los méritos de los santos. Mientras rendían pleitesía a lo humano, los valores divinos, como la perfección cristiana, eran cosa caduca y despreciable. Cultivaban las luchas de clases, un proletarismo de salón o de barricada según los casos, pero jamás la lucha contra el demonio, contra la pereza, contra la gula, y menos la lucha con el estudio o el confesonario.

La reforma de las “estructuras” era establecer el comunismo; hablar contra el Obispo, sacar los santos de las iglesias, profesar el laicismo, renegar de la Teología, vestir de civil, cultivar el lenguaje chabacano o indecente, todo esto debía completar la mencionada reforma. Por si algo faltase, el evolucionismo estaba allí para dar a todo esto cierta base teórica.

La sotana había sido colgada como símbolo de integrismo.

Los clérigos distinguían minuciosamente el orden sacral del temporal, y en masa se habían pasado al temporal. Instalados en el Humanismo y vistiendo *clergyman* defendían el viejo prestigio de pertenecer a la Iglesia; pero, de la Iglesia como institución de lo sobrenatural en el mundo, nada les importaba.

El Progresismo habíase puesto cada vez mas exigente; no consentía mas que la adoración de la persona humana y el marxismo.

Clérigos progresistas habían descubierto que la doctrina social de la Iglesia era nacionalismo y pariente del nazismo; trataban de modificarla y de adoptar el marxismo. El ateísmo les parecía algo muy adaptado para lo social en estado de descristianización; algunos “expertos” en cuestiones sociales opinaban que el remedio de la descristianización de las masas era el ateísmo. A tales extremos habían llegado los principales centros culturales de Europa.

Otros Clérigos progresistas, con su *clergyman* bien ajustado, se dedicaban con pasión al ecumenismo, golpeando en la Fe de los católicos para hacerles entender que las sectas protestantes eran cosas respetables, y otra manera de expresar la misma fe.

Poníanse fuera de si contra aquel “integrista” que las tuviera por religión falsa. Proponían algunos, que debiera levantarse un monumento al “hermano separado”.

De las Iglesias se habían quitado todos los santos, para que su presencia no ofendiera al hermano separado; al Santísimo también se lo había arrinconado en el ultimo lugar; los días de la Santísima Virgen, el pastor escuchaba complacido que Cristo es el único mediador.

La religión del Hombre Nuevo, creada por clérigos de *clergyman* en vísperas de la “reducción al estado laical”, atacaba también los sacramentos: la gracia no era una cosa, sino relación entre la Revelación y la religión; la presencia real de Cristo en la Eucaristía, algo requerido por la acción litúrgica. Así todo estaba subvertido; no había ni religión verdadera, ni sacramentos verdaderos, ni nada que se tuviera en pie.

El Peregrino había pasado por el agua y por el fuego; había frecuentado los caminos del mundo, y el dolor, la misericordia de Dios le había vuelto a la verdadera Fe, y conocía perfectamente bien el lenguaje capcioso del reino de Satanás. El no creía en una religión personalista, individualista, donde el hombre quiere las luces del Tabor sin pasar por las sombras del Calvario. El Peregrino era hombre de Fe, y caminaba por los caminos de Dios ; era hombre de fe simple y verdadera, creía en Dios; creía que el Papa es el Vicario de Jesucristo; que el hombre se salva por los sacramentos, la oración y las buenas obras. Para él la Iglesia era la católica, y quería la vigencia del catolicismo, en todo el ámbito de la sociedad temporal. Él, como siempre se hizo, confesaba la Verdad de su Fe y de su iglesia sin vacilaciones, sin anfibologías, sin “políticas” de ninguna clase.

Al llegar al monasterio, la religión del Hombre Nuevo había quedado atrás y parecía una horrible pesadilla. El Hombre Nuevo, incensado por clérigos y laicos aun de Acción Católica, quedaba en otras riberas, proclamando las leyes de la pacificación y del *confort*. Vociferaba por la paz, y encendía la guerra; los tratados de paz se multiplicaban entre los campos de concentración, montañas

de cadáveres y ríos de sangre. El *confort* había recobrado derechos sobre la mortificación cristiana; de aquella quedaba un vago recuerdo, que los clérigos se encargaban de borrar y sustituir por los problemas de convivencia pacífica, elecciones, reforma agraria o el último conato revolucionario. En cierta ciudad mediterránea de la República Argentina clérigos idiotas habían sacado de la capilla del Seminario de Loreto la imagen de la Virgen María. La religión del Hombre Nuevo estaba en contra de la Santísima Virgen, Madre de Dios.

El progresismo ataca la fe necesaria para la salvación, pues suprime y reduce a cero todas las exigencias de la fe, y cree que son obstáculos para la pacificación social. Las formulaciones de la fe, en el Progresismo, son de tal naturaleza que jamás entrarán en conflicto con la fe de un anglicano o protestante. A cargo del Progresismo esta toda la campaña contra los teólogos de la Contrarreforma, contra Syllabus y el Santo Oficio. De eso deducimos que al Progresismo no le interesa la salvación, ni la fe necesaria para la misma salvación, sino que, si debe haber alguna fe, se amolde a lo que pide la convivencia y la pacificación social. Tal deducción está avalada, porque lo único que interesa al Progresismo católico es no tener problemas con el metodista o el mormón. Por lo menos toda la temática del movimiento ecumenista, a pesar de las advertencias de la Santa Sede, gira alrededor de aquello: una fe sin exigencia ninguna, amoldada a la convivencia social.

Es el drama actual del mundo. Una abundante literatura progresista lleva al católico a comprender y tolerar al hermano separado;

es llevado a una amabilidad positiva con el hereje y por consiguiente a condescender con la herejía; inocúlanse los gérmenes de la indiferencia religiosa, y el católico y el clérigo desentiendense de la pureza de su fe en su familia, en su pueblo, en su patria. Entendemos la distinción que se hace entre la herejía y la persona, entre el pecado y el pecador. Pero no tiene ningún valor práctico en orden a detener los avances de la herejía. Con estos criterios de acción tenemos en América Hispana por una parte la creciente penetración del comunismo; por la otra la difusión del protestantismo; como saldo inmediato la indiferencia religiosa, la apostasía del culto y de la Fe, el clero dividido, desorientado, enseñando psicoanálisis, psicología o sociología marxista.

La fe progresista se desentiende así de la salvación en beneficio de la pacificación. Aunque no haya disturbios por materia religiosa, aunque exista la paz, el Progresismo siempre ataca la fe, por el mismo motivo de la pacificación. Lo importante para el Demonio no es la paz, sino la desnaturalización de la fe católica. Por eso siempre suscitará un ideal de pacificación capaz de destruir aquella Fe sobrenatural que comete el “delito” de salvar a los hombres.

Tal era la situación al llegar el Peregrino al monasterio.

El monasterio seguía a Jesucristo y practicaba las obras de la misericordia: dar posada al peregrino. El peregrino entraba en el ambiente del claustro, y sus pensamientos se recogían en la presencia de Dios.

Tal es el monasterio donde llega nuestro viajero. En la puerta, toca la campana para anunciar su presencia. Otros habían llegado

antes que él, y aquellas puertas se había abierto otras veces. En no pocas ocasiones entraba un hombre y volvía renovado a sus afanes del mundo. Los muros de la hospedería habían sido testigos mudos de grandes conversiones; algunos relatos quedaban guardados en el archivo del mismo monasterio. Nuestro viajero ya había sufrido la experiencia que vamos a relatar, consignada en las Memorias; diríase que había pasado una primera conversión, y que le esperaba una segunda.

Ahora aquellas puertas se abrirían de nuevo.

El peregrino que llamaba llevaba sobre sí todo el peso del mundo. Venía agotado por un largísimo viaje, y solo encontró algún alivio al penetrar en el desierto.

El peregrino sabía que un monje le abriría la puerta. El se había encontrado con otros hombres, en todos los puntos del globo, y en distintas latitudes espirituales. Había enfrentado el interés, la ambición, la soberbia; muchas noches conocían los secretos de su vida lujuriosa. Allí quedaban atrás ciudades, diversiones, mujeres, mentiras y enredos. Puertas fáciles se habían abierto para dejarle expedito el paso por los caminos del mundo. Ahora, después de la dura experiencia narrada en las Memorias, andaba por otros caminos, y sus pies pisaban las piedras y areniscas de una vasta llanura tostada por el sol. Cubierto de polvo y de sudor, llegaba a la casa de Dios.

- La paz sea contigo - musitó el monje que hacía de portero, mientras daba entrada al recién llegado.

- Vengo a pedir hospitalidad; he viajado mucho, y vengo a pedir

la caridad de los hermanos.

- Dios sea loado - subrayo el portero -. Los huéspedes son aquí recibidos como enviados por Jesucristo.

- Gracias, que Dios sea alabado. Decid a vuestro abad que quiero pernoctar, y pasar por lo menos un día para reponerme. No tengo dinero par pagar la pensión; pero os dejaré estas Memorias de mi vida, y la dolorosa experiencia del mundo que nos toca vivir.

El monje tomo el libro entre las manos y observó que tenía todo el peso del mundo; no habría podido sostenerlo si no hubiera comprobado que aquel peso se desvanecía a la señal de la Cruz.

KANEF- MARAJ
(Pájaro del desierto)

A la vera del camino, entre piedras, pajas y espinas, allí me tiraron como un desecho. Iba tranquilamente, gozando del panorama, de la sombra de los árboles del verdor de los prados. Muchas veces había hecho el trayecto de Jerusalén a Jericó, y jamás me pasó nada. Pero aquel día, que no me atrevo ahora a calificar de nefasto, ocurriome lo insólito e inesperado. Un asalto de rebato, a mano armada y en toda regla. Quedé sin defensas bajo una granizada de palos; enseguida, arrojaronme sin más a la orilla del camino entre zarzas, matas de tala y espinillo, rosetas, pencas, ortigas y cardos. Los tallos sermentosos de las zarzas punzaron mis carnes, y penetraron sin esfuerzo donde quisieron herir, para recordar al Hombre su condición de mísero, de necio y de maldito. Como es natural pensarlo, aquellos malhechores no cuidaron ni como caía ni donde; solamente recuerdo que recibí golpes a granel; fuí saqueado, herido y abandonado inconsciente; las moscas y otros bichos llegaron para hacerse un festín al hedor de mis llagas; volvióse mi situación aún mas intolerable. En resumen, Semivivo, como afirma la primera versión de la historia.

Quiero contar mi vida a partir de este episodio y referirme particularmente a él; aprendí muchas cosas; abriéronseme nuevas e inéditas perspectivas. Quien haya estado en las vecindades de su último respiro comprenderá lo que digo.

Por fidelidad con el epígrafe, entremos un poco más en la memoria. Primero digamos en que sentido fui despojado de todo. Alguien puede sospechar que me quitaron el dinero y que sufrí solamente algunas heridas y magulladuras. A nadie se lo despoja sino de lo que tiene. Yo tenía conmigo el mundo, aquello que odia y de-testa la Cruz.

El mundo me llenaba de odio y de amargura contra el Señor, contra su Iglesia; en esta amargura encontraba un secreto de placer.

Los ladrones sacaronme el Mundo. Dejaronme en la humillación, en la pobreza, en el abatimiento, y por esos motivos, según creo, mas cerca de Dios.

¡Quién creería que de algo tan vil, como es sufrir una azotaina, puede salir un bien tan grande, como es el disponerse para la gracia de Dios! Nadie conoce, efectivamente, los caminos de Dios. El Buen Ladrón encontró en los dolores de su crucifixión al lado del Señor, el camino de la gloria; el Mal Ladrón no encontró nada.

Los asaltantes, en definitiva, liberaronme del Mundo, o mejor dicho, de mi instalación en el mundo. Donde yo estaba era en “las tinieblas” de que habla San Juan, que no reciben la luz de Cristo.

Digámoslo sobre los tejados. La pobreza, la humillación, son el camino de una verdadera conversión. Sentí profundamente, no lo niego, en carne viva el desgarrón del Mundo. El orgullo abatido sin

atenuantes torturaba las entrañas de mi alma. Por ese camino dejamos la maldición y participamos de la bendición de Dios.

Golpearon violentamente en los flancos de lo mundano, que detesta la Cruz, y dejaron expedito el camino de amar a La Cruz. Los ladrones fueron, sin pretenderlo, instrumentos de la providencia.

Tener íntimamente consigo mismo el Mundo es ser poseído por él. Es estar atrapado por las fuerzas que resisten con diabólica osadía a la sangre redentora de Jesucristo. Las exigencias de la vida contemporánea, la convivencia, la marcha de la civilización, el adelanto técnico, el progreso, el ir a la vanguardia, son los motivos de una promoción de lo mundano entre los hombres. Es una forma de idolatría; el hombre adora cosas, que no son Dios. Entidades ideales o reales, ponense en el lugar de honor, consagrado a la Divinidad. Hemos proclamado la autosuficiencia del Mundo; el orden temporal, en sí mismo consistente, no necesita de Dios; las cosas humanas tienen vida propia; la Iglesia es inadaptada e inútil para el hombre moderno; si algo requiere, pídeselo a la Evolución. Así el Mundo niega a Dios; niega y odia a Cristo.

Mencionemos unas palabras de Santa Catalina de Siena:

“El hombre que ha vendido su libre albedrío al mundo y al demonio esta encadenado en la esclavitud del pecado; ha puesto su afecto y su amor en lo que es menos que él; ha pecado ofendiendo a Dios”. Así se expresa en una de sus cartas. Notamos a simple vista que dice al revés de lo que podríamos imaginarnos. Imaginamos al hombre mundano como un señor; sin embargo, la Virgen de Siena afirma lo contrario; vendido al demonio no es una metáfora; el

principado de este mundo, que tiene Satanás, no es algo irreal e hiperbólico. Aquí se habla desde el punto de vista de Cristo y de la libertad de los hijos de Dios.

Asaltado y despojado, quebráronse y perdiéronse muchas cosas que era importantísimo quebrar y perder. Ahora comprendo lo de morir – ganancia del Apóstol. Perdí amigos, fortuna, inteligencia, placer; perdí hasta la integridad física y llegue al borde de la muerte. Afirmo que perdí, pero no por el amor de Cristo, como he aprendido después. Existen en verdad dos grandes maneras de perder: los santos son perdedores; perdiéndolo todo, lo ganan en Jesucristo. Pierden todo, pero no piden el amor; porque su amor es caridad, y tal amor crece en el despojamiento. En cambio los mundanos perdemos en el mundo, y perdemos el amor del mundo. Amamos al mundo, y el mundo mismo nos traiciona y atormenta.

Yo era para el mundo un afortunado; mi fortuna era real. No era como la de aquel rico burgués que paso con la doctora sino mucho mas. Poseía todos aquellos ingredientes de la felicidad que enumera el famoso senador romano de la *Consolación de la Filosofía* (Boecio).

Gocé de todo lo dado por el mundo con la mayor liberalidad, hasta el exceso. Pero faltaba la prueba del dolor para que llegara la sabiduría. Esta me enseñaría el camino del amor; el amor que se ordena en las virtudes del hombre, y el supremo Amor, que debe escribirse con mayúscula, porque es algo que viene del Cielo, purifica a los hombres y los vuelve a la Patria. Después de la prueba aprendí a valorar la caridad.

Todas estas reflexiones sobre mí mismo pueden ser aburridas, pero son indispensables para comprender mi caso. Fui golpeado, y con el golpe se me abrieron los ojos para ver los senos mas escondidos de mi propia alma.

Mi fortuna no era ficticia; el hombre posee valores reales. Bienes verdaderos, entonces revueltos y enloquecidos, quitáronme la dulce familiaridad de las cosas, para sumergirme en el ensimismamiento del yo. Ahora pienso que el hombre es estúpido, que tarda en aprovechar los tesoros que la misma naturaleza le otorga.

El ensimismamiento y las vueltas sobre el Yo, fue una enfermedad contraída en Koenisberg, y que se ha difundido en el mundo. Un día, avanzada mi necesidad, descubrí que era ingenuo emplear la inteligencia fuera del Yo, en el sentido mas estricto. Tal descubrimiento no obedecía a ningún sistema; eran cantos rodados de un absurdo y diabólico filosofismo, por desplazar la mente humana al vacío. Poco a Poco fui entrando, como dicen los filósofos, en la dialéctica del espíritu, que no es, por cierto, la del Espíritu Santo. Al entrar por este camino, tuve una sensación de plenitud, de absoluto, de grandeza, de euforia incomparable; me había convertido en creador; yo era el creador de mi destino y mi camino; nada interfería mi libertad creadora. ¿Cómo es posible levantar vallas a la libertad del hombre?, me preguntaba infatuado y magnífico.

Con estas nuevas ideas me dispuse a subir al monte, en cuya cima el Príncipe del Mundo enseñó a Jesús los reinos de la tierra. Yo estaba dispuesto a adorarle, y ya había renegado de Dios en mi corazón. Debo confesar que al llegar a la cumbre, el príncipe había

sido destronado; la idea me heló la sangre, y confuso y humillado tuve que bajar.

Pero no estaba convertido. Llegué a Jerusalén, la ciudad santa; yo no veía en ella más que un lugar de turismo. Miraba todo sin entender nada. Dominábame el encanto de mi yo, de mi ciencia, de mi libertad creadora. Enteramente atolondrado, disputé con Dios la creación del mundo; fabriqué la Evolución como nuevo becerro de oro para la adoración de las gentes; el mundo de mis creaciones era realmente espléndido.

En tales condiciones púseme en viaje de Jerusalén a Jericó, una villa cercana. El viaje no tenía ningún motivo; los grandes maestros de la Ciencia habían suprimido los fines para la vida del Hombre. La actividad creadora del hombre forjaba sus finalidades, señalaba sus objetivos con omnímoda libertad.

Repentinamente, en un recodo del camino, salieron cuatro individuos a mi encuentro; un tremendo garrotazo corto en seco mi actividad creadora y caí al suelo; a este golpe agregáronse otros, e hicieron de mi todo lo que quisieron; no se molestaron en alzarme, sino que me arrastraron como a un perro muerto a dos metros del camino y allí me dejaron, después de sacarme todo cuanto llevaba.

Allí quede tendido y dolorido frente a la realidad, que recobraba su presencia. Frente a la muerte, la realidad no es ingenua. Quise oponer a la muerte una vana indiferencia, ensaye una postura de estoico, pero sentíme invadido por el terror.

Confieso a mis lectores que comencé largo y penoso aprendizaje, con lecciones arrancadas a la vida en trance de desaparecer.

Presentóse lo real sin espejismos en la trágica intimidad de la muerte, con sus últimos interrogantes, sus últimas instancias. Aprendí de mí, de los que pasaron, del Profeta que me devolvió la salud.

No quiero perder el tiempo en narraciones autobiográficas que no interesan a nadie. Pueden, en cambio, interesar las conversaciones que sostuve sin pretenderlo con los que pasaban por el mismo camino; qué actitud tomaron ante mis dolores, heridas y magullones.

Los que aparecen en esta historia son tipos que hemos padecido, hombres que hemos tratado; son el mundo mismo contemporáneo. Este mundo refleja bastante bien la fisonomía del Acusador. La iglesia ha sido acusada por los católicos de estos últimos tiempos de todos los crímenes imaginables.

Sin embargo, tenemos esperanzas en aquella primavera de la Iglesia que anuncio Pío XII. El Apocalipsis nos trae, detrás del Acusador de los hermanos, el triunfo de Jesucristo:

“Ya ha sido precipitado el acusador de nuestros hermanos, que lo acusaba día y noche ante la presencia de Nuestro Dios” (Apoc., XII,10)

LOS QUE PASARON

EL MAGNATE Y LA DOCTORA

1 - Allí quedé en el camino. Pensé que iba a morir o que alguien me recogería para curarme. Las dos probabilidades se me presentaron juntas. Confieso que me inclinaba decididamente por esta última. Desde mi punto de vista de paciente, consumido por el dolor, mientras sangraba por las heridas, me parecía elemental que quien primero viniera se encargaría de alzarme de aquel sitio y llevarme a donde me pudiera someter a una cura. Sentía vivamente la necesidad de ayuda, mi propia indigencia, sin poder valerme por mi mismo.

De pronto oigo el ruido del motor de un automóvil que se acerca. El coche disminuye la marcha y se detiene. Era un lujoso vehículo donde venían un poderoso magnate de la industria, en compañía de una doctora. Ambos personajes iban a la próxima posada donde tendría lugar una reunión de los miembros de la Liga de los Derechos del Hombre y Defensa de la Democracia. Suspire aliviado pensando que se acercarían a socorrerme; creí que había llegado la hora de ponerme a salvo. Ambos permanecieron indiferentes, y ni por asomo pensaron socorrerme.

- ¡Mira aquél atorrante! - limitóse a decir el Magnate - . Es un vago, un andrajoso; habrá que meterlo preso o pegarle un tiro.

- ¡Ay, que horror! - gritó la doctora, con chillidos inarticulados de mujer - . Parece sacado de una novela existencialista: ¡espérate!, le sacaremos una foto para el álbum.

- A ver, atorrante; poné la cabeza, que te pego un tiro - dijo una voz aguardentosa.

- No - chilló la compañera -, echarás todo a perder... no seas bárbaro... iríamos a la cárcel.

- ¡Bueno!, estate tranquila, tonta; no voy a hacer nada...

El magnate que así hablaba era un millonario y nadie sabía cómo había llegado a ser tal. Había sido y aun era comunista, y las pasaba de dirigente obrero. ¿Cómo pensar en un marxista millonario, y enfeudado en la zona del capital? Ese era uno de los misterios propios del siglo XX, y bastante comunes en la Argentina. En el siglo pasado hubiera sido un “conserva”; ahora todo había cambiado. En el siglo XX, mientras vociferamos por el pueblo, la libertad, las democracias populares, los ríos corren tintos por la sangre de millones de víctimas. Los millones de nuestro ricachón eran el fruto de sus incontables “vivezas” en el plano político-social, ocupando las tribunas y hablando hasta por los codos del pueblo, de la oligarquía, los derechos del trabajador, la democracia popular, el decálogo de la viuda, el octavario del enfermo, los privilegios del paralítico, la política de Cuba, el apoyo a Santo Domingo, el imperialismo, los extremismos de derecha e izquierda, los cohetes rusos, el precio de los tomates, las reivindicaciones proletarias, etc. De to-

do esto nuestro hombre había sabido sacar partido y dominaba toda la jerga revolucionaria a las mil maravillas. Eso era lo que se veía; su ascensión había empezado por estas cosas; había otras cosas invisibles, que no aparecían; sabía negociar con su prestigio y su caudal electoral y en cada nueva posición crecían sus dividendos.

Tal conjunto de cualidades hacían del Magnate un personaje importante, lo que se llama un personaje clave, para ciertos manejos de la política. Tuvo contactos sumamente proficuos que le permitieron ingresar en el mundo del capital y de la industria. Al subir la marea de sus millones, había viajado a Europa, era un alto dirigente de izquierda, a quien la democracia le resultaba la cosa mas estupenda y productiva del mundo.

Parece sorprendente esta figura de magnate, pero se trata de algo propio de nuestro tiempo. El rico antiguo era un hombre que, por lo común, había heredado una fortuna y se preocupaba por acrecentarla. El millonario moderno nace casi siempre de los manejos políticos, las trenzas, lo acomodados, todo lo que se ejecuta a espaldas del pueblo, adulando y mintiendo al mismo pueblo. Mientras bufaba contra las oligarquías decadentes, sus víctimas famélicas apuraban el último mendrugo, o perecían estranguladas por su garra de usurero. Esto no impedía que todas las puertas del gran mundo le estuvieran abiertas: en la prensa, la radio, la televisión, los ministerios, gobierno, todas las puertas se abrían al poder de sus millones.

2 - El magnate se sintió adulado y henchido de vanidad cuando dos

curitas de *clergyman* lo invitaron para una mesa redonda entre católicos y marxistas. La charla no le era algo difícil; dicción fácil, sabía comportarse en todas partes, según le pedía el negocio que llevaba entre manos.

El magnate meditó sobre tal invitación. Sería bueno llegar otras esferas, donde podía ver aumentado su crédito. Al principio tuvo un poco de miedo, porque no sabía bien que era eso de mesa redonda y de diálogo. Otro amigo ricachón y tan pillo como él le había dicho que era algo de moda; que era conveniente que fuera; que era cosa de buen tono.

Diciendo y haciendo fue a la primera mesa redonda, aceptando la invitación. Allí se encontró con un voluminoso señor, los dos curitas que le habían invitado, un político, un pastor protestante, y él, que las oficiaría de acaudalado financiero de izquierda. Por las dudas, fue con un abogado amigo para que lo sacara de apuros.

Abrió la sesión el voluminoso señor, que los curitas llamaban Monseñor. Comenzó a elogiar el marxismo, los valores humanos del marxismo.

El magnate sabía que el marxismo es una concepción de la vida totalmente materialista, que no persigue más que fines económicos, y que elimina del hombre y de la sociedad todo lo que no se ordene a la producción. Sin embargo, el Voluminoso barajaba “estructuras”, “valores”, “dialéctica histórica”, “ateísmo”, “mundo moderno”, y otras tantas palabrotas que el financiero apenas si entendía. Lo único que entendió es que él estaba lo mas bien allí, y que era un personaje.

Después se oyó la voz chillona de uno de los curitas engominados que renegó de Santo Tomas, renegó de la Iglesia por no entenderse con Marx, y terminó diciendo que el catolicismo es aún adolescente por no reconocer el marxismo.

Así las cosas, el Magnate se sintió perfectamente cómodo, lo que todos, mas o menos, se lamentaban de no ser izquierdista y ateos. Era él, precisamente, el personaje importante.

- Yo soy hombre de izquierda - dijo-, no creo en la trascendencia; el cristianismo puede ser una fuerza de promoción humana- añadió leyendo un papelito que le había pasado el abogado -; en la sociedad del futuro, la técnica dejará un lugarcito para la religión, si es posible.

- ¡Que amplitud de criterio! - chilló el curita número dos, llamado Jorge. - Usted es el hombre de los tiempos nuevos - repetían todos y le estrechaban efusivamente la mano.

Pasado este primer susto, el Magnate asistió a todas estas reuniones en las que aparecía como personaje de primera fila.

Los curitas devotos de Hans Kung, Ignacio Lepp, *Informaciones Católicas Internacionales*, *Criterio*, etc, veían en él un hermoso ejemplar del mundo moderno, ateo, técnico y progresista. El estaba sumamente satisfecho de poder figurar en aquel tipo de reuniones, donde no arriesgaba nada ni tenía nada que perder. Un cristianismo que no exigía nada era una verdadera maravilla. Los temas tratados tampoco le inquietaban: la Iglesia y el marxismo, era algo que se perdía de vista en una incontenible verborragia, que le entretenía enormemente, pues no había nada comprometedor. Después

venían libertad religiosa, Ecumenismo, Humanismo, que tampoco dejaban ningún sedimento, a no ser la promoción del protestantismo, que no interesaba para nada a nuestro financiero. Ningún diálogo le importaba; lo único trágico que le interesaba era el monólogo (no había diálogo) contra otros católicos, que no bajaban las armas en la defensa de la Iglesia y las más puras tradiciones cristianas. Estos le ponían la piel de gallina.

En el revuelto Viejo Mundo se han realizado reuniones y conversaciones entre católicos y marxistas. En Italia, Alemania y hasta en la Universidad de Lovaina aguantaron a un señor comunista despacharse sobre Dios, el cristianismo y otras cosas que no entendía.

El hombre normal, racional, sabe que camina hacia la contemplación, donde tiene su último fin, y que es un hombre redimido y llevado por Cristo hacia la visión de Dios. Este hombre sabe valorar la contemplación, la fe, la honestidad, el bien moral, que lo conducen como de la mano hacia aquel último fin, igualmente sabe estimar la mortificación cristiana, y la esperanza tiene en él un sentido profundamente vital.

El marxista, en cambio, reniega de la contemplación, y el saber no tiene más objeto que servir de herramienta a la acción. El hombre se realiza plenamente en la promoción de la técnica, en la producción. El marxista odia y califica de fraudulenta toda actividad que no se ordene a la promoción económica o técnica. Por eso el marxista se cree en el deber de desmontar todo el aparato de vida religiosa de un pueblo, o bien inutilizarlo (cf. Casaubon, Juan A., *El Marxismo a la luz de libro A de la metafísica de Aristóteles*, en

“Estudios Teológicos y Filosóficos” PP. Dominicos, Buenos Aires, 1965). La tesis de este trabajo es que el marxismo proclama una infinitud de la técnica, contrario a la infinitud de la contemplación, a la que tiende a sustituir. Por eso es radicalmente ajeno a las ideas de bien, de honestidad simplemente humana.

Por eso el diálogo es prácticamente imposible, y Paulo VI lo ha dicho bien claro. Lo que es posible es que en cada caso los católicos dialogantes sean ya “ablandados” por el pluralismo, y seleccionados por los mismos comunistas, pensando en una instrumentación política. En todas las conferencias por el estilo hay una selección y una discreta instrumentación para ciertos fines, que se propone el grupo organizador. Antes de empezar ya se sabe el tipo de lenguaje que se va a escuchar.

Nos hemos enterado de esos diálogos por crónicas de diversa procedencia; hemos visto con dolor la cobardía de los católicos buscando una salida honorable, como haciéndose perdonar su condición de tales.

Decimos cobardía, sin ánimo de reprochar, como comprobación dolorosa de un estado enfermizo que nos envuelve a todos.

“El cristianismo no obliga al hombre a ningún determinado objetivo futuro intramundano”: esto habría dicho K. Rahner en uno de esos coloquios entre católicos y marxistas (cf. Criterio, 25-XI-65). Creemos que habrá explicado, pues así como suena es falso, o por lo menos equívoco. La Fe no requiere en sí misma un determinado ordenamiento político. Esto es cierto. Pero difícilmente puede subsistir y arraigar en un ordenamiento político que exige al individuo

y a la sociedad disponer su vida como si la técnica o la producción fueran el último fin. Por ejemplo, no se debe bautizar a nadie si no se puede asegurar su educación católica; quiere decir que la vida católica en cada individuo requiere de ordinario una sociedad católica, o que sea posible una convivencia católica.

Luego es falso que el católico no deba luchar por un ordenamiento social determinado.

No queremos inculpar a nadie de error sin pruebas mas serias. Pero el progresismo católico está en eso: una Iglesia espiritualista, sin mandato, sin jurisdicción, y el mundo en manos del ateísmo marxista.

3 - En un mundo destrozado por la crisis de las conciencias, donde toma el mal por bien y el blanco por negro, donde la inteligencia peregrina en el vacío y no puede evadirse del tormento interior de una ceguera ontológica y sustancial, donde el hombre se limita a palpar el contorno fenoménico de las cosas y resbala por superficies sin una perspectiva de profundidad y realismo, en un mundo de competencias, de pesas y medidas, surge el fenómeno psicológico y social del magnate - personaje de primera fila, en todos los escenarios del mundo. El nuestro era uno de esos casos.

Cada uno de sus pasos por los peldaños de la fortuna habíase movido por turbios e importantes manejos, que a la postre repercutían en menguar los ya escasos haberes de los pobres.

El peso del oro, de tan imponente gravitación, era el placer de los inicuos y la sórdida vejación de los indefensos. El peso del oro

trocó al audaz en honorable, al cínico en personaje, al villano en caballero, al traidor en padre de la patria, al lujurioso en austero, al apátrida en prócer.

A todas estas alturas llegó el magnate, acompañante de la doctora. Unido a sus congéneres había llegado a dominar el mercado, la Bolsa, donde sus acciones subían o bajaban según sus conveniencias del momento. El mercado de la ciudad le pertenecía. Unos millones mas en perspectiva, y las pobres gentes quedaban sin pan o sin azúcar por ocho días; otra posibilidad millonaria mas allá, y el hambre azotaba los hogares de su propia patria. Insensible a estas cosas, el plutómano insensibilizaba también la policía, los jueces y el gobierno.

Era el hombre de un mundo opaco, sin luz de bondad, y vacío de amor. En él era profundo el hueco que deja la carencia de tan honda condición humana como es el amor. El espíritu del Mundo moderno, que renuncia al amor divino, que excluye la caridad, arranca también, en el mismo movimiento, las raíces del amor humano del corazón del hombre. Ni la técnica, ni su condición de plutócrata (o plutómano) podían haberle inspirado el deseo de hacerme desaparecer pegándome un tiro, como veremos enseguida. Era una voluntad reseca, sin vida de amor, movida por el titánico esfuerzo de un gigantismo mercenario e inicuo.

Era como un señor artificial; un opulento señor, de mentida y falsa señoría; una falsificación de señor, un atuendo señorial, que deja traslucir el alma de falsario, de usurero, empresario de canallería. No obstante, ante su oro se inclinaban todas las cabezas, ensayá-

banse todas las pleitesías, improvisábanse todos los homenajes. En él se realizaba aquello de “poderoso caballero es don Dinero” del Arcipreste de Hita. Parecía escrito a propósito de nuestro potentado.

La cara mas avinagrada del más alto magistrado se derretía en sonrisas ante el voluminoso abdomen del millonario. Una vez, se cuenta, un periodista descubrió a un encumbradísimo magistrado, que hincado de rodillas, percutíase el pecho, diciendo en letanía:

*somos subdesarrollados, ten misericordia
de nosotros;
somos infradotados, ten compasión de
nosotros;
somos un pueblo agrícola, ten piedad de
nosotros.*

Y dice el mismo que después de terminar la letanía, que era más larga, el magistrado le preguntó:

- ¿Qué quieres que te entregue? Dame dólares de tu omnipotente cartera, y te entrego el alma de mi pueblo; te entrego sus bienes, te daré el honor de mis paisanos; será tuya la dignidad de las mujeres... - así hablaba el protegido de turno por el dios del Sufragio Universal -. Dame, oh titán del Oro - agregaba - ese dólar immaculado de tu bolsillo; nadie va a notar nada, tenemos todo tapado...

Otras veces eran del gerente del Banco o del ministro de Economía los tiesos espinazos que se quebraban a la vista del poderoso.

Aquellos que estrangulaban sin piedad al honesto agricultor o al pequeño comerciante perdían toda su fuerza ante los millones del magnate. No importaban ya los cheques sin fondo, o los ingentes negociados; todo quedaba escondido y en la nada.

Diz que el Magistrado prometió al Magnate establecer en el país la religión del dólar, pegada a las otras religiones en conmovedor ecumenismo. Habría una novena anual por los prohombres que manejaban dólares en el pueblo, entre los que se contaba el magnate. Los niños de las escuelas rezarían la letanía anterior de rodillas; los nueve días estudiarían la vocación colonial de la Argentina y tendrían conferencias especiales contra Tacuara y la Guardia Restauradora. El Magistrado pidió al magnate que la Liga hiciera un petitorio en este sentido.

Tal era el personaje que llegaba, y no he puesto en los rasgos de su fisonomía ninguna nota de exageración. No es, por otra parte, algo insólito. Era un producto típico de nuestra escuela laicista oficial, donde nuestro hombre había cursado hasta el sexto grado. Allí aprendió las cuatro operaciones, los misterios de la geografía, a adorar a Sarmiento y a limpiarse con pulcra solicitud los dientes y las orejas.

4 - Ahora estaba junto a mi, esperando que su compañera sacara la fotografía.

- Bueno - dijo por fin - , lo mejor sería pegarle un tiro; este hombre ya no produce nada.

- Iríamos a la cárcel, te digo - chilló la admirable camarada.

- No seas tonta, así deja de dar trabajo; los vencidos deben desaparecer - dijo hinchando los carrillos.

- Saldríamos en la crónica policial, y ¡ que dirá la gente!

Yo esperaba el desenlace del diálogo. Por fin el coche partió; no les interesaba para nada el asunto de mi estado y mis dolores.

¡Vencido!, ¡Ya no produce nada!, la fría filosofía de los millones. El hombre como valor económico, que debe producir como una máquina, cuando ya no puede producir hay que hacerlo desaparecer para dar lugar a otros. Concepción enteramente pagana, y peor que en el paganismo donde las calidades humanas se respetaban. Era el paganismo, no el anterior al cristianismo, sino el moderno en la apostasía de la Fe. Yo entonces no entendía bien estas cosas que comprendí después.

El plutócrata marxista del siglo XX jamás había pensado más que en el éxito, aun cuando arruinase a los demás. Ante su libro de cuentas desaparecían los hombres. Cuando actuaba como político reaparecía “el pueblo”, como un simple receptor de mentiras, promesas y adulaciones. Advirtamos en su descargo que no era un ejemplar raro en el mundo. Instintivamente se había asociado a una filosofía que identifica la verdad con lo útil, y coloca a lo útil en el lugar de la verdad. Es la filosofía del mundo técnico de hoy; el imperio de la acción ciega y bárbara que destroza todo, y que vemos reaparecer muchas veces en lo que va del corriente siglo.

En tanto mis dolores eran, como cualquiera puede imaginar, sencillamente espantosos. Tenía el cráneo partido, el brazo derecho colgando, dolores en la cabeza y en la espalda; bañado en sangre,

prácticamente inmóvil, y las moscas rondaban a mi alrededor.

Olvidaba que el Magnate y la Doctora, su acompañante, iban a una posada cercana, que quedaba pocos kilómetros más allá, con el objeto de participar en una reunión para la fundación de la Liga de los Derechos Humanos y Defensa de la Democracia. Unos chicos del Chaco habían embadurnado con alquitrán una estatua de Sarmiento, y todos los defensores del pueblo estaban conmovidos. El magnate costearía el diario, y la doctora tendría la conferencia inaugural.

5 - Digamos algo sobre la Liga. Era como todas sus similares: un motivo para reuniones, charlas; un lugar tácitamente convenido para la figuración social. Fuera de eso nadie pensaba en los derechos humanos, y nadie iba a incomodarse en defender o ayudar a ningún agraviado en particular. Eso lo experimenté yo en carne propia. Llamábase algún conferenciante extranjero, pronunciábanse discursos, hacíanse reuniones, mesas redondas, todo lo cual figuraba en la primera plana de los periódicos. Esa era la vida de la Liga; ahora prometíase una acción mas intensa mediante el futuro periódico.

Quedé solo con la dolorosa experiencia de lo que es el hombre y lo que significa para sus semejantes. Comencé a entender el mundo del pecado sin amor; el valor del amor; la ausencia desgarradora del amor, para aquel que necesita de sus semejantes. En un mundo sin Dios, el amor del prójimo es un mito; el otro, no tiene mas que elegir entre el servilismo o la miseria; el otro, en el mundo sin Dios,

tiende a ser mirado como un trágico valor económico, estético, novelesco, para solaz de un egoísmo profundamente introvertido.

Pero todo aquello lo tenía merecido. Yo también había vivido la experiencia del egoísmo ante el dolor; ahora me tocaba la experiencia del dolor frente al egoísmo.

El dolor lleva en sí mismo algo de redentor. Después comprendí el misterio de la Cruz y el papel divino del dolor en el mundo. El egoísmo es insensible, impermeable, diamantino; por eso el dolor debe quebrarlo y triturarlo; no puede transformarlo ni cambiarlo. El millonario burgués, duro como un piedra, era el prototipo del egoísmo, revestido de industrial u hombre de negocios. La doctora era una pobre muchacha, que lo seguía como mosca, festejaba todos sus chistes y le perdonaba todo por sus millones. Era otra víctima de nuestra escuela sin Dios, sin Cristo, sin honor, sin patriotismo, sin dignidad humana, sin ningún valor positivo. El laicismo sofocaba las últimas rebeliones de su dignidad de mujer frente al brillo seductor del magnate; yo conocía de antes a esa pobre muchacha; ahora iba quizás librando sus últimos y secretos combates entre la vida y la muerte de su propia alma.

Pasaron, dejándome solo; mejor dicho, no nos habíamos encontrado nunca, pues éramos mundos distintos en esferas diferentes. Yo llevaba todo un mundo inédito que paulatinamente descubría. Ellos iban rodando por la vida en una sucesión de espejismos, que terminarían con la muerte, si Dios no les ponía remedio. Siempre existió un abismo entre el hombre que pasa el mar Rojo y penetra en el desierto, y aquel otro que se instala en fingidos paraísos de artificios.

EL PROFESOR

1 - El profesor era un hombre famoso en cincuenta leguas a la redonda. Contaba con grandes éxitos en el extranjero, donde había participado en diversos congresos, simposios, etc. Decíase discípulos de Heidegger, lector asiduo de Kierkegaard, Jaspers, y otros nombres que sostienen el prestigio del pensamiento caracol, enroscado sobre si mismo. Personalmente se declaraba existencialista-cristiano, marxista-católico, humanista, progresista, no clerical y democrático. Todo este batido constituía el Profesor.

Una apreciable condición de nuestro hombre era huir de la vulgaridad; gustaba expresarse en los términos de la filosofía germánica, de donde no se apeaba ni por broma. Por lo pronto era enamorado de la angustia y la autenticidad. Explicaba en su cátedra el drama del hombre moderno “atormentado”, aunque su vida de pacífico burgués tenía pocos motivos de tormento. La angustia era su tema metafísico, que le permitía largos y concienzudos discursos, finos análisis, llevados a cabo con gran calidad, según la voz de la fama.

Lo más difícil de precisar eran los orígenes filosóficos del profesor. ¿Dónde estudió? ¿De dónde salió filósofo?. Aquí la envidia tenía amplio terreno para urdir toda suerte de hipótesis. Algunos maldicientes comentaban que había sido un “flor de ceibo”; es decir, uno de tantos audaces que con los cambios de la política llegan a ocupar cátedras y se las arreglan como pueden, sin saber nada; otros le hacían pariente del ministro; otros, correligionario de un influyente caudillo político. Todas eran, sin duda, habladurías. El

Profesor mostraba a quien quisiera verlos una imponente colección de títulos que le acreditaban como verdadero oráculo de los tiempos modernos. Con motivo de la reunión antes mencionada acertó a pasar el Profesor. Como es natural, era uno de los cerebros de la Liga por los Derechos Humanos y Defensa de la Democracia. Hombre inquieto, de méritos positivos, iba a concretar finalidades, señalar derroteros, métodos, a la futura actividad de la institución. No podía prescindirse de él en tal género de fundaciones.

Llegó dando saltitos, y al verme abrió la boca desmesuradamente, dándose un susto mayúsculo. Nunca habría imaginado encontrar un hombre en tales condiciones. Yo le referí lo que me había pasado; el asalto, el robo, y cómo me habían dejado abandonado; no podía valerme por mí mismo, necesitaba ayuda.

El Profesor me respondió monologando como en su cátedra. La realidad le era extraña...

- ¡Angustia!... ¡autenticidad! - fue su primer comentario - ¡un hombre autentico!

- ¿Quiere burlarse de mí?

- De ninguna manera... pero la angustia es, para la filosofía moderna, la forma de la autenticidad. Sí, sí. ¡Angustia!... ¡autenticidad! Vea, amigo: hasta ahora habíamos vivido en el sano optimismo del hombre de la Ilustración, que creía adquisición definitiva la omnipotencia de la naturaleza humana y la autenticidad en la banalidad. Iniciada la crítica de la razón histórica, el jusnaturalismo ha debido ceder a la captación de la vivencia concreta individual. Su angustia es extraordinariamente actual...

- Ayúdeme, por favor - balbuceé dolorido.

- La personalidad es autónoma y posee su estar-ahí. Puede encontrar su equilibrio con una tabla de valores según su condicionado histórico. No hemos llegado en la filosofía actual a la inclusión dialéctica de fehacientes regulaciones heterónomas, sin herir la conciencia de la personalidad.

- Ayúdeme, por favor.

- Sí, sí, amigo. Según Heidegger llévale la angustia a la autenticidad. Va Ud. a una superación de la realidad concreta constitutiva de su ser-en el mundo.

- ¡Auxilio!

- ¡Paciencia, amigo! Desde la lógica simbólica y el redescubrimiento de los valores, el hombre ha recuperado la vida captando el sentido profundamente vital de una ontología existencial sobre la base de la angustia, correlato ontológico de la experiencia de Kierkegaard.

Aquí tosió y se compuso la voz... Yo estaba mareado.

- Consuélese - agregó -, su angustia es actual.

Ud. no razona simplemente como un vulgar aristotélico; usted siente el dolor, la angustia de la vida. Ud. no hace silogismos en bárbara como un bárbaro escolástico; usted experimenta una situación concreta, profundamente vital.

- ¡Me muero! ... ha llegado mi último día. . .

El profesor dio un salto:

- ¡Oh! - dijo -. La captación experimental de la muerte era desconocida en el positivismo. Las características de la muerte en la

implicancia elemental de factores desintegrantes nos predispone en zona equidistante de una auténtica postura existencial.

El profesor era un caso de chaleco.

2 - La angustia - dije - es la filosofía de Satanás y del condenado en el infierno. El condenado sufre la doble penalidad de daño y de sentido, siendo la angustia estado connatural de su existencia. No es algo extraño la angustia, como constitutiva del ser en el mundo, en un mundo sin Dios, en el castigo de Dios, que vive desde ya los resplandores del infierno. La angustia no es otra cosa que la filosofía del demonio. Llamar auténtica a la renuncia de la esperanza es el último acto de orgullo que sella nuestra condenación.

El profesor me miraba atentamente.

- Sin embargo - dijo - la filosofía moderna tiene la angustia como un valor positivo y profundamente vital.

- La filosofía moderna, a que usted se refiere, es la filosofía de la obstinación.

- ¿Por qué la llama así? - preguntó el catedrático.

- La obstinación es el corazón del pecado, en los ángeles y en los hombres; lo que trae al hombre la angustia de ser para la muerte y le hace subsistir en un mundo frío, opaco y sin sentido, es un pecado de alejamiento de Dios, obstinación en el mal, renuncia a la claridad del ser y de la vida.

La obstinación en el orgullo fue el pecado de los Ángeles caídos, que no quisieron ver a Dios y servir a Dios con todo el concierto de las cosas naturales. Por eso padecen la angustia infinita del in-

fierno. El hombre alejado de Dios recibe una participación de aquella angustia, según la imperfección de su naturaleza.

A pesar de los dolores, el discurso me había salido largo. . . Hubo un minuto de silencio en que, creo, uno y otro enfrentamos el misterio. . .

De repente, atronó el espacio la misma voz del catedrático, que continuaba impertérrito:

- Recuerde, recuerde, estimado amigo, que justamente el dolor que siente, la angustia psíquica y ontológica libera a usted de la existencia auténtica. . .

- ¡Santo Dios! - interrumpí -. Usted está loco.

- Si, sí, hablemos claro: usted no está, en esa postura, sumergido en la colectividad; no es el hombre vulgar; no es el Honorable ninguno. Ha cortado usted los lazos que le unían a los usos y costumbre de la colectividad amorfa. Complázcase en no tener una existencia nivelada por la prensa, la radio, los altavoces que designan a la multitud lo que tiene que pensar y lo que debe armar.

- Me muero. . . - dije.

- En su estado actual de ser para la muerte, a corto plazo, debe ser optimista, pues el Innominado ya no existe.

- ¿Cree. . . que a corto plazo?

- En el plano óntico. - distinguió el profesor - le deseo larga vida. Pero en el plano ontológico, la angustia le pone en la situación límite de la finitud y del ser para la muerte.

El profesor se secó el sudor, por el esfuerzo dialéctico que había hecho, y los dos creo que nos quedamos sin entender la distinción.

- No estoy para filosofías- respóndile al punto.

- De acuerdo, comprendo su posición. . . no está para filosofías; pero, figúrese bien; su angustia le constituye en el hombre de existencia auténtica. Yo comprendo . . . desde su estado actual, usted ha superado el racionalismo, y ha redescubierto una postura vital.

- ¡No me interesa nada, por favor. . . llame a alguien!

-¡Bravo! - gritó el implacable profesor con su torturante filosofía -. Ya lo enseñaron los existencialistas más famosos: por la angustia las cosas se desvanecen, pierden su valor, se vuelven opacas, impenetrables. Usted ha llegado precisamente a esa postura eminentemente actual, que yo le envidio, y quiero inocularle la conciencia de su importancia; nada menos que auto-revelarse como ser arrojado en el mundo . . .

- Entienda, amigo - díjele realmente atormentado-: yo necesito salir de aquí; estoy postrado a la orilla de un camino sin poderme mover.

- Cómo no voy a entender -replicó el catedrático-; estoy captando perfectamente su propia vivencia experiencial, con toda la complejidad de su tabla de valores.

- ¡Animal grande! - me exasperaba.

- Hace 20 años que enseño filosofía moderna, estoy buscando la jubilación; la vejez no espera, y se le viene a uno encima, el sueldo no es mucho y las cosas se están poniendo cada día mas caras...

- ¡Vaya! - interrumpí -, por fin va entrando usted en ideas más reales. . . espero que entenderá mi caso. . .

- Mis ideas siempre son reales - interrumpió el profesor - ;yo las

aplico y las hago jugar según las categorías del pensamiento contemporáneo; yo no lo contemplo a usted como un rústico, de realismo vulgar; el gobierno debe tratar también mi jubilación como la de un profesor, y no como la de un cualquiera.

-Vea mi caso - dije.

- Me interesa su caso - respondió -. Como afirma Heidegger, no carece de dificultades la edificación y ante todo la cimentación de una analítica existencial del ser-ahí. Usted comprende - añadió - que su ser-ahí para captarlo en su plenitud vital, necesita un orden en que podamos alinear las imágenes del mundo, y el mismo mundo, que es un ingrediente del ser-ahí. Su estado, por lo tanto, debe ser estudiado no dentro de un esquematismo hecho del mundo, porque sería una mentira, sino como un rehacerse del ser en la existencia. Usted se rehace vitalmente en su nueva posición existencial. Es claro; usted está tendido a la vera de este camino; quiere decir que goza de una categoría existencial de extraordinaria singularidad, que le adorna fácticamente, distinguiéndole del común. Naturalmente, posee usted experiencias desagradables, de orden empírico, pero su posición metafísica, existencial, es la que interesa, desde el punto de vista de la filosofía moderna. Las categorías del filósofo no son las del enfermero.

- Basta. . . - dije -, llame a otro, eso no cuesta nada.

- En su categoría existencial - prosiguió el torturante catedrático - “estar ahí” es un expectante, que mira su presente teniendo cuidado de él. Ve usted, como dice el mismo Heidegger, un modo deficiente del presente, que asume la expectación y la incluye en una

unidad sin la cual jamás podría el ser - ahí encontrar algo que falta. Es ésta - terminó - una conquista inapreciable de la filosofía - el Profesor volvió a toser orgulloso de las palabrotas que profería a granel:

- La mismidad de su ser, querido amigo, en su inmanencia, refleja proyectado en el futuro incierto, en la zona periférica del existir, experimentar la irrupción del fenómeno místico-religioso como una reviviscencia de milenios, en la óptica concienical contemporánea. . .

- Voy a morir - le dije - y voy a recogerme en Dios.

- Respeto . . .respeto su persona - agregó el profesor, pegando otro brinco de espanto -; permanece intacta en su autonomía esencial y no pienso en violarla. Claro, usted nombra a Dios. El aflorar de sus posibilidades necróticas afina sus valoraciones míticas -, es una experiencia envidiable que haya llegado a esa superior objetivación del mundo epifenomenal y subyacente. . .

- Dios no es algo mítico, pedazo de imbécil - díjele por fin en un supremo esfuerzo de indignación.

- Ja! ¡Ja! - ríó el Profesor -. Las reacciones emotivas adornan la objetivación inmanente del mundo parnasíaco, como dice Schopenhauer.

- Váyase - interrumpí - , déjeme morir tranquilo.

- La muerte, la muerte - exclamó -, no recuerdo si Heidegger afirma que la angustia frente a la muerte actualiza en la conciencia un nítido contenido de bienes espirituales, la promoción de vivencias normativas que rebasan las fronteras del clan y de la tribu. - Y

continuó sin parar, como un satélite en el cosmos: - Usted sabe, como lo dice Voltaire, según Landsberg, que la especie humana es la sola que sabe que debe morir, y no lo sabe por experiencia. Landsberg opina que algunos otros animales presienten su muerte próxima; yo opino que no, y que solo subsisten residuales de saber empírico.

- No aguanto más - dijo mareado y agonizante.

- No se queje, amigo. Usted es un afortunado; en la angustia mortal encuentra nada menos que la existencia auténtica. Comprenda su importancia en el momento actual; usted no razona... usted vive y lo que vale es la vida.

El profesor se frotaba las manos y se rascaba las rodillas.

- Por la angustia usted emerge de lo trivial; usted opone al mundo trivial la libertad interior que posee frente a la muerte. En estos momentos, reconozcamos la verdad, experimenta la formidable crisis de la conciencia contemporánea; es esa crisis la que ha vaciado la filosofía de la inmensa arquitectura del idealismo alemán, para llegarse a formas más vecinas a la vida.

- Ahora lo que necesito es ayuda para salir de aquí....

- Estoy con usted - me contestó al punto - , precisamente ese es el problema; los términos son precisos y claros; yo no puedo desconocerlo. Por otro lado, su posición es de plena autenticidad, y lo coloca en el plano más actual de la filosofía contemporánea. Si hay actualmente una problemática que valga la pena, es precisamente la suya; el problema del ser frente a la muerte; el hombre de la existencia trivial en un movimiento postrero de vital superación. Yo no

veo que lo sucedido a usted sea precisamente malo - agregó el profesor, sin dejar de girar a mi alrededor -. Curarlo sería franco medievalismo; no se pueden someter las estructuras existenciales a una norma fija dada por la razón. Una medicación heterónoma tendría sus problemas colindantes con el clericalismo. Por eso, díjele al principio que su angustia era extraordinariamente actual.

- ¡Acabamos! Entonces ¿quiere decir que no tengo remedio; que debo dejar mis heridas abiertas; que debo consumir por la inacción, el lento suicidio de mi mismo...?

- Desde mi punto de vista - replicó al punto el implacable profesor - no puedo adoptar una actitud anticientífica. La concepción misma de una naturaleza humana ha sido superada hace mucho tiempo; para comprender su caso yo tendría que contar con mas tiempo; penetrar en su individualidad concreta; captar las vivencias de su personalidad y aplicar el remedio individual, necesario e infalible...

- Me muero - repetí vencido -, la fiebre me devora, tengo hambre y sed... ya no puedo más...

El Profesor dio un salto para atrás, y accionando con ambas manos prosiguió:

- Mas que Kierkiergaard y Dostowiesky, usted ha echado por la borda todo resabio de racionalismo. Captada su situación concreta, desde una perspectiva colindante con la muerte, en usted se identifican la filosofía y la vida... Ya, ya - agregó -, es lo que pasa; este hombre está en plena postura existencial; no hay en él razonamiento, porque domina una experiencia vital desbordante...

Fueron estas las últimas palabras que alcance a oír. Caí desva-

necido; perdí la cabeza. Cuando volví en mí, el profesor había desaparecido en el camino.

3 - La angustia es la filosofía del Demonio; mas bien es un reflejo en el mundo del pecado de obstinación en el mal, propio del diablo. Mi postura no era existencial, rigurosamente hablando. En el fondo de mí ser había una línea de esperanza; no había llegado a palpar la obstinación del Maldito.

No menos lamentable que el técnico es el gigantismo filosófico-literario de nuestro tiempo. La filosofía es algo noble. La preocupación del hombre por la filosofía tiene una explicación: es la reflexión más específicamente humana, plantea los problemas más urgentes y necesarios. Pero existe un gigantismo filosófico, producido por acumulación de materiales, y falta de discreción en el planteo y solución de los problemas. La filosofía no puede ser un campo abierto para una supuesta libertad de opiniones. El filósofo debe respetar las cosas, a sus lectores o a sus oyentes. No debe plantear problemas que no ha de resolver o de los que tiene conciencia que no podrá dar más que una respuesta particular y relativa. La vida del hombre es corta; muchas veces no acierta a dar con un guía conveniente y se pierde en el dédalo de planteos y pseudo soluciones. El filósofo está obligado a hacer un guía claro y preciso; debe saber también, en cierto modo, lo que no sabe.

Digamos más, poniendo un ejemplo. Un joven estudiante, lector de autores de filosofía moderna (o antigua) no entenderá nunca el famoso problema del conocimiento. Lo tomo como ejemplo porque

es el problema fundamental y casi el único de la filosofía moderna. Para entenderlo debe empezar por la lógica aristotélica, estudiar la demostración y la ciencia en la misma Lógica, darse cuenta bien de, que se trata, y después el problema de los universales para encarar toda la problemática moderna, en sus orígenes y desde allí acercarse a los planteos de la filosofía moderna, que pretenden ser otras tantas respuestas para aquel problema. Al volver de este recorrido, y solo al volver sobre el punto de partida, podrá vanagloriarse de dominar el problema que ha consumido tantos esfuerzos en estos últimos tiempos.

Es trágico pensarlo, pero ninguna actividad humana tiene tantos esfuerzos frustrados en su haber como la disciplina humana mas noble que ha preocupado con razón a los mejores ingenios. Pero esos esfuerzos, al parecer sin resultados, son fecundos para la especie humana. Al transitar por caminos erróneos, señalan y rinden pleitesías al verdadero camino. El hombre a necesitado del idealismo para comprender su vacío interior; ha necesitado de la fenomenología para volver a recoger lo que había menospreciado; ha necesitado del existencialismo para clamar por el ser, que había abandonado, quedándose con la nada; la nausea clama por la felicidad, como la noche por el día.

Toda la vida del hombre obedece, en todo lugar y siempre, a consignas de felicidad, de saber, de contemplación; consignas de búsquedas, de esfuerzo, que no gustan precisamente del vacío sino del ser. La vida filosófica es esa consagración a lo más noble para el hombre, que presente como necesidad descansar en el ser, en el ser necesario, infinito, eterno, descansar en Dios. El Profesor de filosofía no sabía realmente nada. No sabía menos que otros, y esos otros se manejaban como él, en una descomunal logomaquia.

EL SABIO ALEMAN

1- Las gentes llamábanle simplemente el Sabio.

Era alemán de nacimiento y no se sabe porqué motivos vivía en una aldea cercana. Era zoólogo, paleontólogo, matemático, especialista en álgebra astronáutica, podía determinar la trayectoria de un satélite artificial hasta su llegada a la Luna.

El sabio cazaba bichos y mariposas del campo, lo cual llenaba de pavorosa admiración a los buenos campesinos de los contornos. Todo eso pertenecía, según ellos, a los misterios de la sabiduría.

La liga no podía menos de invitar al sabio a una sesión tan importante. La mujer encargada de la limpieza de su casa había informado, confidencialmente, a unos de los miembros, que el sabio no era nazi. Salvado este último inconveniente, el sabio podía asistir y tomar parte activa en las deliberaciones de la importante asamblea.

Apenas noté la llegada de una persona por el camino, levanté la voz.

-¡Auxilio! ¡Aquí!, venga, por favor; tengo dolores atroces.

El sabio oyó que se trataba de dolor y dijo al punto:

- La mejor bibliografía sobre el dolor es la francesa; supera a la alemana.

- Estoy harto de la charla -grité enfurecido-, ¡qué bibliografía!, levánteme de aquí, por favor, y cure mis heridas. . .

- Ya. . . ya. . . -musitó entre dientes-. ¿Usted “duele”?

Entendí lo que quería preguntar:

- Sí, los dolores son atroces.

- Atroces - atroz repitió el matemático - Diga, ¿Qué función desempeña “atroz” en la ecuación placer-dolor?

- ¡Váyase al infierno!

- ¿Y que voy hacer en el infierno? - respondió sin inmutarse.

- Vaya, llame a alguien que me levante de aquí. . .

- ¿Llamar yo a Satanás?

- No, hombre - dije despavorido -; ¡que me saquen de aquí!

- ¿Para ir al infierno usted? ¿Usted también conmigo?

- ¡Vaya al diablo! - dijele cansado -, no puedo más.

- Voy a usted- replicó el sabio sin inmutarse.

Acercóse a mí; limpió un poco las heridas como pudo; arregló el lugar; me dió algunas fricciones y me sentí reconfortado. El sabio matemático había podido hacer lo que no hicieron los otros.

Después que me hubo limpiado y aseado un poco, volvió a preguntar:

-¿ Es cierto, usted “querer” el Demonio?

Yo estaba un poco mas repuesto; el sajón entendía todo literalmente y me propuse explicarle:

- No, es que estoy desesperado...
- Desesperado, ¿Por qué el demonio no viene?
- No, hombre; digo cosas así por el dolor.
- Ah...comprendo; dolor...desesperado...llamar demonio... ergo...ya, ya, demonio tener botiquín en el infierno; ¡teología interesante!
- No entiendo de teología - dije.
- Sin teología, no puede saberse que tiene el demonio en el infierno - apuntó el sabio.
- Vaya, dije cansado -, busque remedios.
- ¿Al infierno?
- No, hombre; búsquelos en la zoología.
- La zoología - agregó sin inmutarse - puede darle un bife; ya, ya.
- Es inútil - me dije - , nadie me entiende.
- Yo entender a usted; ya, ya.
- ¿No ve que estoy todo quebrado?
- Yo también - contestó - estoy en la quiebra...gobierno pagar poquito; muchos gastos.
- Pero yo tengo quebrado los huesos.
- Yo “tener” quebrados los créditos.
- ¡Estoy vencido!- dije por fin.
- ¿Vencimientos?, yo también - exclamó el sabio alemán mientras se fijaba en una araña que llamaba poderosamente su atención de zoólogo.

2 - El sabio alemán había hablado con razón de vencimientos; era

un hombre sacrificado por la ciencia, y pocos reconocían sus sacrificios. Todos admiraban su saber, pero nadie lo ayudaba. Había llegado a costear de su propio peculio la construcción de una jaula donde mantenía una gran cantidad de monos. El sabio esperaba que los monos pasaran de la Biósfera a la Noósfera, como enseña Teilhard de Chardin.

“Es evidente”, decía el sabio, “que no podemos anticipar la evolución”. Es necesario esperar los tanteos de la Naturaleza, los movimientos profundos de las masas de la Vida, antes que aparezca en la superficie una nueva forma de existir. Del antropoide al prehomínido, y de éste al piquetantrópos, la Humanidad - agregaba - trabaja bajo el impulso de un instinto remoto, que viene de generaciones ya perimidas, desde la segregación granítica del globo, hasta la aparición de los albuminoides”.

Tanta ciencia llenaba de admiración a las señoras de la Liga Católica para el progreso de las Ciencias, que se hacían lenguas de mi meritorio interlocutor.

“Las muelas del chimpancé - decía el sabio - pasando del oligoceno al eoceno, por la Litosfera, la Fitosfera y la Zoosfera, llegan perfectamente bien a los antropoides, en la dimensión esencial del Universo...”

Mientras tanto los monos seguían en la jaula; el Sabio esperaba la aparición de la inteligencia, que revelara el paso, de los monos al estado de los hombres, o sea la evolución de la Biósfera, transformada en Noósfera. Según me informaron después, el Sabio vendió sus monos a un jardín zoológico.

EL CLERIGO Y EL CRISTIANO

1- Pisando los talones del sabio alemán, acertaron a pasar dos personajes: un civil, aún mozo, que dijo ser cristiano, y un clérigo que hacía extraordinarios esfuerzos por imitar al laico. Todo lo que hacía el mozo era copiado por el clérigo. Si aquél tosía, tosía el clérigo; si el laico reía, reía el clérigo; si decía un chiste verde, el clérigo contaba dos; todas las bobadas del laico las imitaba el clérigo. Eso era, según él, la adaptación de la Iglesia al mundo contemporáneo.

Era una pareja singular. El clérigo quería hacerse disculpar por el laico su condición de tal. En su fisonomía reflejaba una profunda frustración; su sacerdocio parecía molestarle o avergonzarle; pedía insistentemente al laico mil perdones por su estado de clérigo.

Después pensé si eso tendría remedio. En sus tiempos de seminarista habíanle enseñado que la “burocracia vaticana” era lo peor del mundo; que el catolicismo era fariseísmo, todo exterior; en cambio, la interioridad estaba en el protestantismo; había leído algún libro, muy estimado de sus profesores, que el hombre responsable es el laico; que la teología ha quedado balbuciente, y que nopuede hablar a su majestad el Hombre de hoy. Habíanle enseñado

que la Iglesia debía poner todo su empeño en adaptarse al mundo; no cometer la osadía de proclamarse la única y verdadera Iglesia; en fin, muchas cosas había tenido que oír en sus tiempos de seminarista; ahora estaba ordenado sacerdote. ¿Quién tiene la culpa? ¿Quién no tenía la culpa? ¿Quién le arrojaba la primera piedra?

Lo cierto es que, al encontrarse con el cristiano, el clérigo, humillado por el sentimiento de vergüenza, pidió perdón al cristiano por su condición de tal. El cristiano, poseído de toda la importancia que le otorgaba su estado civil, dictóle inmediatamente ciertas condiciones:

Primero, renegar de la escolástica, y sobre todo de la teología. El clérigo prometió que renegaría, y que encendería una vela a los manes del mundo moderno para que lo ayudaran en la adaptación. Segundo, dictaminó el cristiano, debe ser devoto de la persona humana y odiar el ideal de la cristiandad con toda el alma; esto no admite dispensa. Tercero, acusar a la Iglesia de burocrática, atrasada, cosa - agregó - que ya aprendiste de estudiante. Cuarto, reemplazar la enseñanza de los mandamientos por la Declaración de Derechos Humanos de las Naciones Unidas. Quinto, estrechar vínculos con herejes y masones. Son apenas cinco condiciones - habíale dicho el cristiano -; yo tampoco me llamo católico - agregó - porque es más decente llamarse cristiano.

-¡Mea culpa! - musitó el clérigo golpeándose el pecho.

Procuré incorporarme pero sin conseguir otra cosa que acrecentar mis dolores. Me dolía todo el cuerpo y nadie había sido capaz de acercarse un poco, fijarse en mis heridas, decirme una palabra com-

pasiva siquiera.

- Aquí es imposible que me llegue a sanar de estas llagas - dije por fin -. Quiero la salud; tengo derecho a velar por mi salud. . .

- Parece triunfalista -dijo el clérigo.

- Sí, así es - repuso su amigo cristiano -. Ya monseñor Smedt dijo que hay que evitar el triunfalismo y el barroquismo.

-¡Yo estoy en lo mismo!- repuso el clérigo- el triunfalismo es la peste de la Iglesia, y como dice Kung, le falta probidad y ha vivido de espaldas a la civilización. . .

El pobre clérigo se exasperaba de que lo creyeran demasiado clérigo y defensor de una institución que, aunque era la Madre de todos, todos la culminaban y se complacían en proclamar sus defectos.

- Esas son bobadas, amigos - grité como pude -. Ya estoy harto de escuchar este tipo de acusaciones; han presentado una caricatura de la Iglesia, como una sociedad para el progreso, la promoción humana, como dicen los comunistas. Nunca como ahora la Iglesia ha tenido tantos acusadores y entreguistas. Fariseos hipócritas venden a su madre por un plato de lentejas. . . Ya no puedo soportar ese lenguaje ambiguo, envenenado, de la Iglesia triunfalista, la Iglesia intolerante y poco comprensiva. Sepan imbéciles - dije por fin -, que sin la Contrarreforma y sin la Inquisición, toda la América sería hereje o apóstata de la Fe. . .

Nada más dije, y nada podía decir. Yo no era un buen católico; era una cosa muy mediana; sin embargo, me daba calor ese tipo de gente estrecha, que recibe los esquemas hechos por la propaganda y los vomita donde quiera que sea sin pizca de inteligencia ni sen-

satez.

Toda la preocupación del cristiano era evitar lo que él imaginaba fanatismo; la teología progresista le había señalado los contornos del fanatismo. A veces el fanatismo se llamaba integrismo; otras, clericalismo, o bien nacionalismo o nazismo. Tenía una vaga idea de estas cosas; toda afirmación de fe católica, o de los derechos de la Iglesia sugería cualquiera de estas cuatro ideas, para él rigurosamente sinónimas. Humanista ortodoxo, consideraba los derechos de la Iglesia como otros tantos atentados contra la dignidad de la persona humana. No negaba que la verdad estuviera en la Iglesia como en su propia casa; pero esa verdad debía permanecer muda en el mundo, y ciega ante la realidad de los hombres. Esa verdad debía ordenarse a sostener la dignidad de la persona humana. De la persona divina de Cristo había que ocuparse en la Liturgia; fuera de la Liturgia, ni por asomo.

El cristiano rehuía la denominación de católico. Esta palabra le parecía un tanto agresiva, con notables implicancias de totalitarismo, integrismo, etc. Rehuía en silencio lo que no se atrevía a declarar explícitamente. “Me llamo cristiano”, habíale dicho al clérigo, “porque debemos nivelar nuestro léxico al de los hermanos separados”.

- ¿Y cómo evitar el confucionismo? - preguntó despavorido el clérigo.

- Dejando de lado lo que nos separa - contestó el humanista cristiano - saldrá la nueva fe, que no se preocupará más de las almas sino de los hombres.

2 - Tal era la teología singular del cristiano: vale decir, negar la Iglesia, el Papa, la Virgen, la Eucaristía que nos separan de los protestantes. Negar a Cristo que nos separa de los judíos. Negar a Dios que nos separa de los ateos. Solamente atender aquello en lo que coincidimos: la dignidad del Hombre, la libertad, los derechos del hombre. Prácticamente una teología de Satanás para uso de los humanos.

El clérigo era un pobre hombre sin talento, que había bebido hasta las heces todos los venenos del Progresismo. En su seminario, el tomismo era apenas un recuerdo venerable. Estudiábase algún manual moderno, alemán si era posible, de teología positiva o kerygmática. Las últimas novedades contra la escolástica eran devoradas por todos; estaba en boca de todos la apología del laicismo, del marxismo y del psicoanálisis. Todas las materias le fueron enseñadas adaptándolas a las exigencias del mundo contemporáneo. Gastó las mejores años de sacerdote novel en enterarse de los novelones existencialistas y del psicoanálisis; la teología quedó arrinconada como cosa que no interesaba a nadie. Era el ministro de una Iglesia sin prestigio, sin doctrina, carcomida por un humanismo insolente, que atacaba todo lo sobrenatural, de modo de provocar su derrumbe. El clérigo no entendía nada; sentíase envuelto, aturdido, perdido. Era la obra del humanismo pluralista o progresista.

El humanismo “progresista” no ensaya propiamente una oposición, sino una sustitución. Quiere sustituir lo sobrenatural. De hecho lo desconoce en el orden social, y desde allí se asegura la influencia en los individuos.

La idea de construir un humanismo que fuera una respuesta a los totalitarismos políticos, fue preocupación dominante de Jacobo Maritain durante la guerra y antes, durante la revolución española. Maritain, buen filósofo especulativo en lo teórico, resulto funesto en el campo de la filosofía práctica. El autor del *Humanismo integral* no pretende renunciar a lo sobrenatural; propugna, sin embargo, una estructura social afincada exclusivamente en el hombre, en los valores humanos, mientras su actuación personal se volcaba a favor del comunismo. Maritain, en sus obras impresas, quiere una “cristiandad”, lo cual quiere decir que la quiere cristiana.

Un sin fin de polémicas suscitó la nueva cristiandad, donde se analizaron los pro y los contra de la nueva sociedad “desacralizada”. La nueva criatura, amamantada fuera de la Iglesia, creció en el culto de los valores humanos, heredando de su famoso progenitor una intensa devoción al comunismo. El humanismo cristiano ha crecido así: bautizado, pero de educación marxista. Si lo primero lo ha sacado del paganismo, la educación marxista le ha enseñado los dos grandes pecados actuales: el liberalismo personal y el utilitarismo en las relaciones sociales. El humanismo cristiano ha podido así acercarse a un catolicismo como el nuestro, bastante corrompido por el liberalismo, y llevarlo, so color de pluralismo, a una concepción naturalista de las instituciones políticas, sociales y económicas. Es conocido este catolicismo vacunado de pluralismo, porque no luchara jamás por la fe, por la vida cristiana, por la Iglesia, por la vida católica de la sociedad, de la familia o del pueblo.

Por este motivo, aunque no se nos presente ninguna formula-

ción teórica al respecto, podemos contar con una calculada y verdadera aversión a lo sobrenatural. El hombre se ha buscado a sí mismo, dice un ilustre filósofo. Y a esta búsqueda de sí mismo se llama Humanismo. El resultado de buscarse a sí mismo lo pronosticó la Verdad eterna cuando dijo: *El que quiere salvar su alma la perderá* (Mc. 8,35).

Es importante el problema de la Fe sobrenatural, que es el principio de la justificación, y por tanto necesaria para salvarse, como lo dice el Decreto sobre la Justificación del Concilio de Trento. La necesidad de la fe sobrenatural, formada por la caridad para salvarse, no puede variar. El criterio con que debemos estimar la Fe es su necesidad para la vida eterna, o sea, la salvación.

Un planteo humano envuelve naturalmente un problema teológico; por ejemplo, un planteo sobre la educación no puede dejar de ser un problema de índole teológica. Un planteo sobre economía, sobre derecho o sobre política, envuelven problemas teológicos, como el problema del indio, en tiempos de la conquista, fue para España un problema teológico. El mismo problema de la vivienda es un problema teológico.

Ahora bien; actualmente el católico, al referirse como tal a estas cuestiones, prescinde de la teología, para resolverse en una antropología naturalista o humanista.

Quiere decir, que así prescindimos del motivo formal de la fe: la autoridad de Dios que revela; y hacemos caso omiso de la revelación, como si nada dijera del hombre y su vocación sobrenatural.

Es evidente que al prescindir del motivo formal de la fe y de la

teología, hemos dejado de lado toda teología, y todas nuestras referencias a lo “cristiano” supone una pseudo-teología material, antropocéntrica, de vagas referencias a lo “trascendente”.

La Teología católica habla de Dios revelado, bajo la razón de deidad. Es su objeto formal terminativo. La teología debe explicar la revelación divina, fundada desde luego en la Fe.

La nueva teología “progresista” humanista, aunque adhiere a la revelación formal por la fe (cuando adhiere), no se preocupa por lo virtualmente revelado, y sustituye aquella revelación virtual por contenidos psicológicos, sociológicos, históricos, concepciones antropológicas, humanismo, marxismo o exigencias del mundo contemporáneo.

Hay una verdadera sustitución de la revelación virtual; el hombre no se contempla en Dios, en sus pecados, en su vocación sobrenatural, sino que ve como puro hombre, con un problema de adaptación al mundo que le rodea.

Es un hombre que ha perdido lo sobrenatural.

Por eso sus problemas morales individuales los resuelve el freudismo. En política no le queda más que el marxismo, o un individualismo burgués y liberal. Quedále como suprema instancia la fe, una fe informe que es fe adherida a la revelación formal. Esa fe se re-suelve en un evangelismo de tipo protestante, fenomenológico, de-nominado “vital” precisamente porque no tiene vida.

Esto es lo que ocurre, es el pecado de nuestro tiempo. Los católicos hemos perdido la teología. El Progresismo ha volcado nuestra atención en el Hombre. Las exigencias de la dignidad de la persona

humana nos han hecho perder de vista las exigencias de la fe. Hemos encomendado a la Teología la tarea de instalarnos en el mundo, aun renunciando a la fe y a la tarea de salvarnos.

¿Qué haremos en el infierno con la dignidad de nuestra persona humana?

3 - Sólo después de mucho tiempo me enteré de estas cosas. Cuando vi llegar a aquellos sujetos no los conocía aún; pero sabía qué personas eran; el sabio me había reconfortado un poco, pero necesitaba salir de allí.

- Precisamente, ése es el objeto de la Liga - dijo el cristiano al enterarse de mi estado-; el objeto es el Hombre; es un humanismo sincero y franco, de abierta convivencia y libertad.

- Llevaremos su caso al seno de la Liga - terció el clérigo.

- Si si - dijo el otro -, su caso, naturalmente; bregaremos por el humanismo de la libertad; que el hombre pueda contar con la sinceridad de su hermano. . .

- Asaltáronme y me golpearon - expliqué.

- Precisamente, llevamos en carpeta un plan de desarme internacional para ser aprobado de la Liga, y después elevarlo a las Naciones Unidas. En vez de las cuatro libertades de Roosevelt, nosotros proponemos ocho. Proponemos arrojar los armamentos al mar; suprimir los ensayos atómicos, suprimir la guerra del aire, suprimir los juguetes bélicos en los niños, y por un proceso paulatino de desmilitarización, llegar a sancionar como único instrumento bélico legítimo, el garrote.

- ¡Mis heridas son de garrotazos! - exclamé.

- Entonces - dijo el cristiano a su compañero - suprimamos también el garrote.

No hay duda que tenían buena voluntad; yo les conté todo cómo había sido; me sentía un poco mas aliviado.

- Los auxilios serán abundantes - subrayó el clérigo. - Nosotros sostenemos en nuestra ponencia el pluralismo terapéutico para atacar de manera conjunta, a sanos y enfermos contra diversas enfermedades - yo lo miré espantado, dudando un poco de sus facultades mentales.

- Lo que desea la Liga - prosiguió el cristiano - es que en Europa vean que nosotros también nos movemos; que no somos insensibles; imagínese cómo no conmovemos por la guerra de Vietnam, por el hambre en el Congo, por los estragos de la bomba atómica, por el terremoto de Chile, por la lucha racial en Norteamérica, por la peste de Noruega, por el frío de Liberia, por los niños sin pan en la India, por la mujer del Afganistán, etc, etc. Todos nos interesa - repitió eufórico, frotándose las manos, mientras yo agonizaba en sus narices [sic.]

Efectivamente, volví a sentirme mal; me vinieron mareos.

- ¿No hay remedios para mi? - pregunté a ambos.

- Sí, sí - respondió el clérigo -. Es que cambian las perspectivas históricas. . . .

- ¿Y que quiere decir con eso?

- El hombre y su circunstancia - añadió el laico. Yo los miré a los dos; esta vez dudaba de la cabeza de ambos.

- Llegaremos a usted como hombres modernos - dijo el clérigo-.

Debe comprender: tenemos interés en salvarlo; es nuestro propósito; somos humanistas y nuestra meta es la salvación de los valores humanos y del hombre; es la intención fundamental de nuestra Liga, que se formó contra los totalitarismos. Pero atienda, amigo, por favor; no podemos dejar de ser hombres de nuestro tiempo; no son posibles soluciones heterónomas; ajenas a la autodeterminación del yo personal; usted nos pide una transgresión; la comunidad, que nosotros representamos en estos momentos para usted, no debe intervenir en la personalidad; la persona es libre, es un absoluto, que dialoga solamente con Dios, posee el autodomínio de su acción, sin tolerar interferencias. . .

Yo estaba despavorido.

- Sí, sí - continuó - usted tendría que ser interrogado por un psicoanalista, que lo llevara a una confesión plena de su vida psíquica y moral. Allí creo que comenzaría la reconstrucción de su yo dislocado, y se pondría de pie moral y materialmente. Es una simple insinuación de amigo. Hay que acudir a la ciencia para una reestructuración completa cuando es menester. La ciencia reconoce los presupuestos de la filosofía actual, tales como el enunciado tantas veces, del respeto a la personalidad.

El cristiano escuchaba al clérigo y asentía; ambos ardían en pavoroso respeto por la persona humana, no importa que fuera buena o mala; siempre había que imaginarla excelente; tal respeto era una terminante no intervención en todo lo que le atañe; el clérigo sobre todo se mantenía a la distancia y no osaba acercarse; lo humano era para él una deidad; por eso la Fe debía también creer y rendir culto

al humanismo de Marx, o al humanismo de Lutero; la persona donde residía aquello humano era intocable y sagrada.

Los dos hombres rondaban a mi alrededor, protestando altamente su preocupación por mi caso, al que consideraban un problema humano. Sobre mi cuerpo cadavérico y dolorido hablaron de psicología, democracia, totalitarismo, angustia, mundo moderno y filosofía, valores; esto último despertaba los particulares entusiasmos del clérigo.

- Yo creo - dijo el cristiano- que se impone un cambio de estructuras; que ponga los pies en lugar de las orejas, y que baje las orejas a los tobillos.

- Las estructuras tradicionales están perimidas -comentó su amigo -, deberíamos intentar una reconstrucción integral. . .

- ¿Qué quieren hacer? - pregunté preocupado.

- Es verdad - añadió el cristiano -, tiene todos los huesos rotos.

- La vida moderna sigue un movimiento de masas -chilló el clérigo-. Tendríamos que enseñarles a caminar con la cabeza para abajo y los pies para arriba.

Los hombres se acercaron; pretendieron moverme, pero los dolores eran espantosos: - ¡Ay mi Dios! – exclamé.

El cristiano dio un bufido:

- Usted acaba de nombrar a Dios. Dios no puede intervenir; aquí estamos en un orden de cosas profanas, y usted comete la imprudencia de apelar a lo sacro. Su invocación a Dios es atentar contra la consistencia del orden temporal.

- La providencia divina hará lo que no hacen ustedes; Dios puede sanarme.

- Usted esta atrasado - tuve que escuchar -.

Vamos a creerle cavernícola; ya hemos dejado atrás el medio-evo; lo profano vive, en el mundo moderno, de sus propios valores sin interferencias de lo sacral.

El cristiano se consideraba ducho en estos asuntos; era asiduo lector de una revista que fue católica mientras vivió el Monseñor que la fundara y dirigía; ahora había evolucionado hacia el pluralismo, el hermano separado, la masonería y el mundo moderno. Era el libro de meditación del cristiano.

- Usted está loco, o bien no puede llamarse cristiano - alcancé a decir dentro de mi debilidad general.

- Los católicos actuales somos así - respondió el interpelado-, debe alejarse todo clericalismo; la curación pertenece a la medicina.

- ¡Bravo! - chilló el clérigo -, debe permanecer en este estado hasta que usted mismo por autoeducación funcional encuentre la valoración crítica de su estado existencial psico-somático. . .

- ¡...!

- Claro - agregó -, usted está caído; en épocas de decadencia infiltrase el clericalismo; por eso no tiene fe en la ciencia. Desde que desapareció la Iglesia constantiniana, Dios está en el cielo, y los hombres modernos somos dueños de la tierra. No digo que Dios no pueda curarlo. Pero, usted sabe, en el mundo moderno eso quedaría mal. Una intervención autoritaria, contra los tanteos y esquemas de la ciencia, echa todo a perder.

De vez en cuando, toleramos la intervención terapéutica de la

escobita de San Martín de Porres, pero no deja de ser un escándalo fe-
roz para la era atómica.

Yo quedé estupefacto ante tanta bellaquería.

Había encontrado estas ideas y estos tipos de hombres, dispersos,
de vez en cuando; me había fastidiado un poco, pero nada más.

Ahora me daba con ellos de frente, en una especie de síntesis, que
ponía de relieve al verdadero rostro de una consumada estulticia, que
no por ser tal deja de ser un veneno. Los hombres forcejeaban contra
un fantasma que había asimilado y les había creado una falsa perso-
nalidad; no podían salir ni evadirse del absurdo. Comprendí la trage-
dia de sus vidas; no podían hacer el bien; no podían dejar en libertad
los sentimientos caritativos y benévolos que llevan a un hombre a
ayudar a su hermano. El mundo moderno había caído con su hálito
mortal sobre sus mas nobles propósitos e intenciones. El espíritu
mundano, que odia a la iglesia, había puesto en sus mentes la absurda
preocupación por el clericalismo, y la no menos trágica de una abso-
luta autonomía.

- Vea amigo - díjome por fin el cristiano -.

Por el momento hemos decidido mantenernos en la línea del pen-
samiento moderno sobre la autonomía y dignidad de la persona hu-
mana, lo mismo que la separación absoluta del dominio temporal con
lo sacro. No tenemos inconveniente en revisar nuestras posiciones, si
es menester. Por ahora, hasta luego, que se hace tarde.

4 - Volví a quedar solo en compañía de algunos animales que
pacían a mi alrededor, y de las matas y yerbas del campo. Solo con la

amable compañía de las moscas y hormigas que cumplían su jornada para la comunidad del hormiguero. Algún pájaro cantaba, pero yo no estaba para dulces melodías. Esperaba el socorro, el auxilio de quienes podían proporcionármelo, los hombres, mis hermanos de especie, que me podrían sacar del estado calamitoso en que me encontraba. Los raros ejemplares con que me había topado parecían no tener ni noticia remota de una elemental solidaridad humana, no digamos ya cristiana.

La soledad me hizo un bien inmenso. Tenía la cabeza revuelta con las cosas y dichos de mis extraños contertulios. Cada uno iba envuelto en su propia cápsula y sin salir de ella. Las palabrotas del cristiano y del clérigo iban y venían de mi cabeza; admiraba su preocupación para ser fieles a una dialéctica vana, que vive de sí misma, sin referirse jamás a verdaderos problemas humanos.

Debo reconocer que en ambos personajes me podría reconocer a mi mismo. Ellos eran yo mismo en otros tiempos, y en otros momentos de mi vida. Frivolidad y orgullo, deseos de aparecer en el escenario del mundo, preparado por el demonio.

El laico y el cristiano en otros tiempos habían sido buenos católicos. Pertenecieron a la Acción Católica y estuvieron dispuestos a restaurar todas las cosas en Cristo. Sintieron el soplo del Espíritu y en un momento amaron la vida interior. Pasado un tiempo, poco después, el demonio se acordó que él era el Príncipe de este mundo; entonces comenzó a rondar al catolicismo oficial y al extraoficial; había que ablandarlo para llevar los hombres a la herejía. Con San Pío X había experimentado una terrible derrota. Entonces se apres-

tó de nuevo a la lucha y comenzó por una sutil promoción de la persona humana, dentro del mismo catolicismo; de allí pasó a una teoría sobre la misma persona humana, ajena ya a motivos polémicos; vista la propia coherencia de tal teoría, pasó al culto civil de la persona humana y a una religión de la misma; como consecuencias del todo naturales vinieron después la libertad religiosa, el pluralismo, el humanitarismo protestante y marxista.

En estas andanzas, el cristiano y el clérigo concibieron horror a la “polémica” para no oponerse al protestantismo; horror a la “política” para no oponerse al comunismo; horror a lo tradicional, para no oponerse a la evolución.

En tales horrores y devociones estaban el clérigo y el cristiano cuando me encontraron.

EL MAESTRO NORMAL

1 - “Uno..., dos..., uno..., dos...” oí que venían diciendo de lejos. Pronto la voz se hizo mas nítida; tocóle el turno al maestro normal.

El normalista era un parto de nuestras escuelas normales, donde se enseña con tanta facilidad y desparpajo a idiotizar a los niños.

Mis dolores habían subido de punto, y se habían vuelto insoportables, más que al principio. Sentía una fiebre terrible; dolor en los riñones, y una jaqueca que me consumía. Ni el existencialismo del profesor ni la terapéutica pluralista de los anteriores habían conseguido nada. Un pájaro se puso a cantar sobre una rama de molle; quizás ensayaba (en lengua vulgar o en latín) un responso para mis funerales.

La imaginación volvió a los tiempos felices en que era un gran personaje, lleno de todo lo que el mundo puede desear, con muchos amigos.

Al volver en mí de aquella especie de ensueño - ensueño de botarate, pero ensueño al fin -, el maestro había llegado junto a mí y estaba mirándome espantado:

- ¡Ah! - dijo por fin - . Ahora ya adivino; usted debe ser analfabeto y mal educado.

Al escuchar esa salida, quede mudo de indignación y de asombro. ¿Qué tenían que ver el caer derribado por un asalto y el analfabetismo?

- No comprendo nada - dije por fin.

Quise darme cuenta de la relación que podría existir entre el alfabeto y la paliza que acababa de recibir. Solamente, me dije, que el alfabeto sirve para recibir lecciones de boxeo por correspondencia. Para el alumno de nuestra escuela normal, el alfabeto era una entidad suprema.

- ¿Qué tiene que ver el alfabeto con esto? - pregunté.

- Mucho, mucho; quien sabe leer y escribir es persona decente, y nunca se encuentra en ese estado indecente en que usted está.

- Estoy estropeado, pero soy decente - díjele indignado -. Usted debe respetarme.

- Sí, sí, eso es cierto - respondiome en el acto -. La Paidología enseña a respetar al niño... pero se trata del niño; usted ya es un adulto; el adulto sale de aquella ciencia y entra en la moral y urbanidad. Es lo que a usted le falta, moral y urbanidad.

- ¡Qué se ha pensado éste! - murmuré.

- Pienso - contestó el maestro - que además del alfabeto le falta higiene, la higiene y el confort son las únicas virtudes legítimas en la noble tierra argentina; allí se afirma que la educación se funda en la higiene.

- Usted es un loco - dije haciendo un esfuerzo -. Si pudiera moverme, ya sabría usted dónde está la urbanidad...

- La urbanidad - interrumpió mi singular interlocutor - está en el

horario de clases, dos veces por semana... Usted parece que no frecuentó la escuela.

La agitación de un debate tan movido me había hecho desfallecer; cerré los ojos para no ver ni oír. Pensé en algunos amigos maestros que tenía, y que eran personas buenas y amables. Empero, mi interlocutor era un parto de los montes.

Hícele un llamado a sus sentimientos humanitarios, a la caridad cristiana, a la solidaridad humana, a los sentimientos elementales de compasión; estaba derrotado por el sufrimiento. Todo fue inútil; el maestro seguía impertérrito, convencido que mis heridas procedían de ser analfabeto e indecente.

- Espero un alma compasiva que me levante - musité enteramente derrotado y sin esperanzas. En el fondo estaba irritadísimo; no podía moverme; débil, agotado por las conversaciones y los vanos intentos para salir de ese estado, no podía ni seguir escuchando cosas ni menos hablar. ¡Con qué ganas hubiera dado una paliza marca mayor a ese mequetrefe!, ¡no recibir una palabra de consuelo!, ¡ni siquiera llamar un auxilio! ¿Diría éste también como el profesor, que no obraba en las categorías del enfermero? Tanto el uno como el otro no poseían más que las categorías del imbécil. Volví a pensar en tantos maestros dignos que había conocido en la Patagonia, con sentimientos humanitarios y cristianos; pero naturalmente, ninguno de ellos iba a venir a la reunión de esta famosa y descabellada Liga. Cerré los ojos de nuevo, y pensé dejarlo que diera vueltas a mi alrededor hasta que se fuera. De pronto llegó otro individuo que dijo ser colega suyo; venía también a la reunión.

- Mira - dijo al recién llegado -; si este hombre hubiera seguido la estela luminosa de Sarmiento no estaría así... Opino que debe ser analfabeto.

- ¡Claro! - exclamó el otro -. El alfabetismo camina airosamente por la cultura, libre y democrático, aunque no sepa adonde ir. El hombre culto sabe leer el diario, y también otras cosas si le queda tiempo; puede enterarse de las alternativas de un partido de fútbol y de los chistes de *Tía Vicenta*. La cultura moderna permite al hombre sentarse alrededor de una mesa de café y opinar sobre la guerra del Congo, las pruebas atómicas, el Concilio, la carrera armamentista, la caída del peso, el último discurso del Papa, la chance de Boca, el último asalto y robo millonario, las declaraciones de Johnson, las filípicas de Mao contra los Soviets, el último jerarca liquidado en el Kremlin, etc, etc. El opinar de todas las cosas se debe al alfabeto, que lleva directamente a la cultura.

Todo esto espetó el nuevo de un solo tirón, y se detuvo un instante para resollar.

- Lo principal - dije -, es saber adónde debo llegar...

- Es un problema superado - respondió el normalista sin dejarme terminar -. Hoy por hoy, basta caminar, aunque sea con la cabeza vacía, con la libertad y la democracia, aunque no se sepa adónde llegar.

- Ya conozco suficientemente la trágica experiencia de caminar sin rumbo. No la deseo para nadie.

- No es precisamente eso - respondió el interpelado -. Para los niños tenemos la ley de educación común, que coge un látigo y los

echa a andar por detrás de Rivadavia, Sarmiento y otros titanes de la Historia. . .

- ¿Cómo eso del látigo? Creo que no es muy pedagógico.

- Es verdad - respondió al punto -, pero lo hace en nombre de la Libertad; al llegar los niños a clase, la ley de Educación Común tuérceles el pescuezo para que miren al suelo, prohíbeles mirar al cielo, y los arrea a todos.

Acababa de recibir una sintética explicación de un asunto que me había preocupado. Allí estaba yo, como al principio, sin poderme mover; después de varias entrevistas y conversaciones con transeúntes ocasionales, no tenía remedio; bloqueado por la soledad material, ausencia de medios, y bloqueado también, por la incomprensión de quienes pasaban, que no entendían el mal del otro, y eran incapaces de un sentimiento de verdadera humanidad. ¡Qué gran distancia existe entre los propósitos humanistas, y practicar realmente los actos humanitarios que se pregonan! Ahora entiendo que no hay humanismo sin Cristo, sin la gracia de Dios, sin una profunda rectificación del ser humano por el Don de Dios.

Los dos maestros hablaban entre ellos. De pronto uno de ellos volviose hacia mí y me dijo:

- Usted debe sanar; no es posible, que permanezca en ese estado... invoque la libertad; ponga en juego su libertad creadora; despierte los recursos de su propia autonomía... América es la tierra de la libertad - chilló desmesuradamente. Aquí se detuvo un instante pensativo y enseguida prosiguió:

- Vea, amigo, quizás ofendí a usted algo al principio. Ahora le

doy la panacea universal de todos los males; el remedio universal que buscaban los alquimistas de antaño; eso es, ni más ni menos, para nosotros, hombres modernos, la libertad. Yo le doy en esta palabra la formula mágica, la piedra filosofal. Usted no me pregunte por la definición, porque no la sé, ni me interesa saberla. Para nosotros, los verdes jóvenes de esta imberbe América, la libertad es el fin del hombre. Que el último fin está en Dios, eso es para los curas; cuando no son progresistas, tienen a Dios como último fin; también los muchachos nacionalistas tienen lo mismo; es, sin duda, una idea salida de cartillas totalitarias. En cambio, eso no se ve en nuestras cartillas escolares propias; allí reina la libertad, lo mismo que en los diarios, en los discursos políticos, en la O.N.U. y en todas partes; la libertad pone el relleno de todos los discursos, pues no compromete a nadie.

Somos un pueblo libre, mi querido amigo; convéznase de que somos libres. No sabemos, como ya dije, adónde ir, pero somos libres. Nos aprieta el fisco, pero somos libres; nos estrangulan los acreedores, pero somos libres; no tenemos qué comer, pero somos libres y soberanos; no tenemos ropa barata, pero somos libres; nos amenaza la desnudez, pero somos soberanos; la Banca Internacional nos chupa la sangre, pero crujen las “rotas cadenas” con glorioso estrépito; no podemos ni comer un bife, pero abunda la libertad; no nos alcanza para el colectivo, pero nos alcanza la libertad; no podemos pagar la luz o el teléfono, pero gozamos de la libertad. Y si usted, querido amigo - agregó el normalista - muere en este lugar de hambre o enfermedad, recordará en ultratumba (dijo así) que nadie

le molestó preguntándole por sus ideas religiosas y políticas. Terminó sus días, dirá algún orador, en el respeto de sus conciudadanos como cuadra en una perfecta y revuelta democracia.

2 - Yo no decía nada; cerraba los ojos esperando el fatal desenlace. Los émulos de Sarmiento quedaron silenciosos. De pronto, como recordando algo remoto, sin verdadero convencimiento, dije:

- Ustedes pueden enseñar a los niños a imitar a Jesucristo.

Los maestros se sobresaltaron

- No - replicó uno de ellos -; sería atentar rudamente contra los fueros del laicismo. El laicismo es la atmósfera de la libertad; no puede darse libertad si no es dentro del laicismo. La Religión señala finalidades, indica metas, todo atentatorio contra la libertad del hombre.

- Si no tengo alguna meta - dije - , ¿para que quiero la libertad? Si todo está al mismo nivel, si no existen valores reales que alcanzar, la elección es una burla que uno se hace a sí mismo - quise explicar más, pero estaba extenuado.

- Sí, tenemos metas - dijo el normalista -. No nos faltan. Enseñamos la fidelidad del perro, la laboriosidad de la hormiguita, la solicitud de la abeja, la constancia del asno, el cariño maternal de la gallina, la fecundidad de la coneja, la agilidad de la pulga, la prudencia del gato, la justicia del lobo, la osadía del carnero, la paciencia del elefante, y sobre todo a confiar en el árbol... que es un buen amigo. Todas estas son otras tantas metas de la educación, señaladas por la psicología comparada aplicada a la paidología. Todo esto

es laudable, y muy importante; pero enseñar a Jesucristo sería atentar, contra el laicismo. Imagínese el drama que sería enseñar los mandamientos, que aprenden solo los nazis, cuando tenemos la declaración de derechos humanos de la O.N.U. aceptados por todos los países del mundo.

Después de este discurso siguió un rato pensativo. Su compañero hacia tiempo que no hablaba, y solo se limitaba, a escuchar. Su condición humana había entrado en litigio con la Escuela Normal.

- No podemos dejar este hombre en tal estado - murmuró a su colega -, debemos hacer lo posible - de hecho se inclinó y me dio algunas fricciones que me calmaron un poco. De pronto se incorporó como con una idea luminosa.

- ¡Ah - dijo -, ya sé! Vamos... venimos y lo llevamos de nuevo... sí, sí, denunciaremos su caso como agresión del totalitarismo - y diciendo esto, cogió a su compañero de un brazo y ambos, con paso apresurado, se perdieron en el camino.

Quedé solo otra vez mientras volvía a mi mente la apología de la libertad rusioniana que acababa de oír al normalista; el ruido no era de “rotas cadenas” sino de las rotas coyunturas de mis huesos. En la soledad del campo, con la sola compañía de las moscas, nadie me preguntaba, como él dijo, por mis ideas políticas o sociales, ni yo tenía necesidad de ello. Mi única necesidad, mi única ambición por el momento era levantarme, salir de ese lamentable estado, pero nadie se preocupaba efectivamente por ello.

Vi claramente la imagen del hombre en el mundo moderno; el hombre es un lobo para el hombre, aunque habla hasta por los codos

de humanitarismo, de justicia, de solidaridad humana. Después entendí que tales cosas no se dan fuera de Cristo. ¿Cómo podían despertar sentimientos de humanidad la fidelidad del perro o la constancia del asno o el himno a Sarmiento?

Seguí meditando en lo que había tenido delante de mis ojos. Fueron hombres formados en el seno de una absurda mistificación; fueron colocados desde niños en una jaula, en un universo artificial. Ese universo estaba compuesto de postulados universalísimos tales como libertad, democracia, pacificación, humanitarismo, pero no había en concreto ningún postulado de honestidad, ninguna exigencia de virtudes concretas para regir y encausar aquella convivencia humana. En el universo escolar no existía el amor a Dios; no existía el servicio de Cristo ni los deberes del cristiano; por eso es un universo vacío, y la comunidad social resulta un mundo de vivillos, haraganes y rateros. Sí, los maestros me dejaron libre, porque me dejaron solo. Me dejaron en libertad, pero sin poder moverme, enfermo, dolorido, sin fuerzas para ir a ninguna parte, en el trágico abandono, en el “respeto de mis conciudadanos”, como calificó el maestro mi soledad, con fórmula irrisoria.

ELOGIO DEL RINOCERONTE

De piedra y bronce estaba en medio del río, dominando la mansa corriente de las aguas sobre su pedestal. La estatua conmemoraba al héroe que otrora discurría entre los vivos; la piedra le daba duración; el bronce teñía esa porfiada duración con un barniz de casera inmortalidad. Doméstica gloria, tejida bajo mandiles en noche memorable, a la luz de una vela, bajo las alas de enormes murciélagos, que en el techo servían de avales, en la triunfal epopeya del Rinoceronte. Desde entonces una multitud infantil atormentada por el imperio de aquellos siniestros mandiles festejaba las fauces abiertas de la bestia, en un domingo de guardapolvos blancos.

Así perduraba el Rinoceronte, rodeado de una aureola de laica santidad. Impertérrito, atravesó varios lustros de azaroso procerato. Manteníanle en alto misteriosos personajes, que surgían al conjuro de la vela y los avales. Carrillos prominentes, parabólico abdomen, colmillos demolidores, redondas narices, quijadas descomunales, realzaban su venturosa animalidad, coronada de prominente cabeza, con el ceño fruncido, como quien medita el Alfabeto.

Muerto en la cumbre de la gloria, pasó a la apoteosis por decreto de Hiram. A la inmortalidad doméstica, hecha de ingredientes case-

ros, conocida en el ámbito de la tía, la maestra y el inspector; allí vive duro y sin alma en el panteón de los dioses lares.

Impertérrito significa sin temores. . . No temía que nadie le arrebatara el procerato concedido por clamorosa unanimidad, en el lóbrego recinto de las logias; el pueblo fue llevado por fuerza a rendirle pleitesía. Debían las gentes incensar su estatua, ponerle velas, hacerle genuflexiones. Todo esto fue unánime, hasta que algunos chiquillos osaron amenazar su broncea efigie con bombas de alquitrán. “¡Atentado!”, aullaron las ranas y renacuajos del río; “¡Inaudito!”, chillaron los gorilas y otros monos menores del cemento y del asfalto. Hubo minúsculas inquietud, pues a nadie interesaba una pequeña tragedia local de buena normalista.

No hubo nada más; aquello pasó, y nadie al Rinoceronte llevaba el apunte. Los niños, hechos hombres, olvidaban los cantos y las fechas culminantes del poderoso animal. Era un muerto, sobre su pedestal, en medio del río.

De pronto, las ranas y renacuajos del mismo río, con otros animales de la selva, acordaron soplar en las narices del Rinoceronte, despertarlo a la nueva vida y volver a una comunión con la muerte.

“¡Despierta, genio!, ¡levántate, héroe!”, chillaban las ranitas sin paga con el puntero en la mano.

“¡Loor a la cartilla y la palmeta!”.

Como por arte de brujas el ambiente se agitó, en un mes de septiembre. Batir palmas, comisiones, elogios en los periódicos, discursos. Hay que hacer revivir al muerto. Es indispensable que el Rinoceronte sea en cierto modo algo vivo; que baje de su pedestal

al río, para lumbrera de las ranas y otros bichos del agua. El Rinoceronte puede ser un dios, pensaban los nietos de aquellos que construyeron el Becerro de Oro.

Golpea la piedra la voz de la apoteosis. Una inicua comadrona, la Fama, al servicio de los gorilas, sacude al muerto con estridentes chillidos; turiferarios de la nada ensayan un rito sepulcral; acosan al monstruo conjurándole a levantarse, para escuchar la voz proceral del redivivo.

Decidiendo y haciendo un día glorioso en los fastos de la historia, empujan al Rinoceronte al río. Llega de nuevo el prócer, exclaman jubilosas las ranitas, famélicas y radiantes en sus pulcros delantales.

El Rinoceronte bajó al río, envuelto en la apoteosis y en la fama; en la luz artificial de enorme y adobada vanagloria . . . y diz que fue-se hasta el fondo para no aparecer jamás. Las aguas siguieron corriendo tranquilas hasta el mar.

. . . Y la tradición se recogió de los abuelos para pasar a los nietos . . . hubo un Rinoceronte de piedra que quiso ser Dios . . . y está por allí, en el fondo del río.

EL BACHILLER ARGENTINO

1 - No podía faltar para completar la Liga de los Derechos del Hombre el Bachiller Argentino, a quien las gentes creían un energúmeno del saber, pues vociferaba con palabrotas altisonantes, y dejaba aturdido y boquiabierto a su interlocutor y posible contendor.

Era mitad porteño y mitad provinciano; lo uno por su padre, lo otro por su madre. Esto lo averigüé después.

El bachiller venía ensimismado; quiero decir, que pensaba en sí mismo; proyectábase al futuro con brillantes colores que le daban aliento para aguantar el presente.

Yo vi que pasaba un joven por el camino, y le llamé. “Por fin”, me dije; “los jóvenes son mas sensibles al dolor ajeno; aprovecharé que éste lo es, para que me saque de aquí, y por lo menos que me lleve a la posada, que no esta lejos”

Al oír que lo llamaban, el hombre se paró en el camino. Lentamente se acercó estirando el pescuezo para ver de donde lo llamaban. “Un hombre”, dijo. Un hombre - agregué - herido y maltrecho que pide ayuda.

- Yo soy bachiller - contestó -. Voy a la reunión de la Liga de los Derechos del Hombre y defensa de la Democracia.

-Mi problema es urgente - alcancé a decir.

-Tengo la representación de todos los estudiantes argentinos...

-Bueno, joven - interrumpí apresurado -, pídale a usted su ayuda para ir hasta la próxima posada donde pueda ser curado de estas heridas. Vea cómo me encuentro.

El "Bachi" argentino se frotó las manos; estaba indeciso; no sabía qué hacer.

-Hemos dicho que era mitad provinciano y otra mitad porteño.

Primero habló el provinciano:

-Yo no me meto -comenzó a decir-; a lo mejor quedo mal; usted comprende la tragedia del quedar mal, y todo por meterme donde no me llaman. Los primeros principios de la moral Argentina son: ser vivo y no quedar mal. ¡Es horrible eso de quedar mal! Lo echan de todas partes y no lo aceptan de ninguna...

- No veo el motivo-interrumpí- porque usted vaya a quedar mal.

- No es seguro -respondió- pero es una posibilidad. Si los asaltantes fueron mandados por algún ministro, pierdo el puesto. Si usted es totalitario... ¡me echó encima todo el oficialismo católico! ¡no, no, amigo! Yo no quedo mal. Si usted me quiere para romper vidrieras, o declarar una huelga en viernes para estar de vacaciones hasta el lunes, entonces podríamos hablar; eso hacemos los jóvenes sin quedar mal.

-¡Qué borrego grande!-Murmuré.

2 - Después apareció el porteño.

- ¡Ay, qué papelón! Usted está haciendo un papelón; no me imaginaba semejante cosa.

-Déjese de "papelones" y traiga unas vendas para mis llagas.

-Primero voy a ver -respondió-; si hago un papelón me “quemó” -dijo doblando el espinazo y meneando las caderas como mujer.

-No, no pienso quemarme; aquí se trata de figurar bien, y de pegar palo; claro que hay que tener cuidado de no quemarse; no se pueden perder los contactos provechosos con la sociedad; el ser excluído es una muerte civil intolerable.

-Lo que le pido-díjele fastidiado-es algo humano y natural...

-Pero eso humano puede volverse inhumano. Si su aparezo con usted en los periódicos, perderían mi posición frente a mucha gente bien, con la que me conviene cultivar relaciones.

- ¡Tilingo!

- No; me llaman Cacho...

- Cumpla con un deber humanitario -dije levantando la voz, con un esfuerzo sobrehumano, porque ya no podía más...

El bachiller argentino se agitó:

- Sí, sí -respondió-; sí por lo menos estuviera seguro... Sería otra cosa. Los argentinos siempre nos fijamos en lo que dirán los demás...No conozco ningún caso similar en París; por eso no sé qué actitud tomar. Ahora somos humanistas, porque es la última moda llegada de Europa y Nueva York.

- Comprendo su posición -agregó-; su caso podría asemejarse al del Abate Pierre que recoge los pobres en París para darles alimento y un techo; pero no estoy seguro de que éste sea un caso igual. El Abate Pierre queda bien; las Señoras gordas le miran consternadas, derramando lágrimas; es un hombre famoso. Pero si

yo lo atiendo a usted y no llega a computarse como un caso semejante, ¡imagínese el papelón!, ¡estoy quemado para toda la vida!

- Señor-murmuré-, ¿por qué hay tantos imbéciles?, ¿es un castigo que merecemos?

El Bachiller no entendió estas palabras:

-¿Qué dice?-Preguntó-. Si es cierto que los saquearon los ladrones, mañana compró el diario para ver las fotos...

Yo me callé la boca, no quise decir nada.

- Los jóvenes-prosiguió-somos la esperanza verde de la patria.

Nuestro ideal (los ideales son propios de la juventud) es un puestito, ganar mucha plata con poco trabajo. Mi viejo, Presidente del comité del partido, se comía doce vigilantes y tres enfermeros del hospital. Para eso hay que ser democrático, quedar bien y saber prevenir el comentario público.

- Necesito a alguien... Por el amor de Dios.

Nuestro admirable Cacho frunció el ceño.

- ¡Ah!-Dijo-, eso del amor de Dios me confirma lo que ya sospechaba; usted debe de ser nazi-fascista-falangista; debe ser intolerante, enemigo de la libertad... Vea, casi doy un paso en falso ayudándole.

Diciendo esto, y satisfecho de sus conclusiones, dio media vuelta y se fue.

Yo me quedé pensando en este verdadero engendro del mundo moderno; miserable mercenario del elogio, del acomodo, de la adulación. Pensé para reconfortarme en la otra juventud que había conocido, responsable y capaz de arrostrar cualquier peligro, en la

defensa de su Fe, de la Iglesia, de su Patria, de sus tradiciones cristianas. La imagen del Bachiller Argentino se perdió... Y ojalá se perdiera para siempre.

EL LAICO ADULTO

1- No es fácil que todos los lectores de estos papeles conozcan la personalidad del Laico Adulto.

Es un personaje que en vano buscaremos en el pasado; por lo menos con los caracteres nítidos como se encuentra ahora.

Su antecesor más semejante es el católico liberal; pero aquel tenía una actividad marginal en la Iglesia. EL Laico Adulto es un hombre en cierto modo comprometido con el apostolado mismo de la Iglesia.

El Laico Adulto se ha ido formando, pieza por pieza como la caricatura de algo muy serio y querido por la Iglesia, como es la función del apostolado seglar.

Los seglares fueron llamados por Pío XI al apostolado jerárquico de la Iglesia. Hubo en todas partes respuestas magníficas, y ya podemos contar con excelentes frutos. Pero, como en todas las cosas humanas, ha habido deformaciones. Vientos de liberalismo político azotaron los flancos de la cristiandad, y muchos, sobre todo en los países más católicos, torcieron el rumbo de sus primitivas convicciones. Hubo muchos de buena fe, otros seducidos por algún apetito.

En el calor de la lucha por las nuevas actitudes, a veces demagó-

gicas, imprudentes o erróneas de estos apóstoles al revés, nació el Laico Adulto, o sea, el personaje que se vanagloria de la madurez de sus convicciones católicas y que llevado por el juego político y clérigos de poca cabeza, utiliza como quiera la doctrina y el prestigio de la Iglesia.

En la Argentina el tipo del Laico Adulto corre todavía por cuenta de clérigos comunizantes que ensayan posturas de una problemática mal digerida.

Naturalmente, el tipo del laico adulto en seglares católicos existen en países de tradición católica: Francia, España, Polonia, Bélgica, etc. En la Argentina éste ejemplar es más raro; sin embargo el pluralismo ha logrado trabar el apostolado seglar por el doble juego del humanismo y del clericalismo.

2 - Advertí de pronto a uno que estaba mirándome.

-¿Y usted, quienes?-Pregunté-. Necesito su ayuda para salir de este estado en que me ve...

-Realmente es lamentable-dijo el hombre-pero no sé si lo puedo ayudar.

Quién hablaba era un hombre joven, de unos 35 años, de complexión atlética, deporte decidido, y que parecía de buenas intenciones.

- Hace un instante - díjele - , han pasado varios y no han sabido sacarme de mi postración.

Pasaron hasta un clérigo y un cristiano, humanistas de convicción, y no encontraron el camino.

-Yo soy el Laico Adulto - interrumpió el aludido -. Soy el hom-

bre responsable de la Iglesia; enemigo del clericalismo y del integrista. Es una pena que haya perdido su tiempo con aquellos dos personajes: el clérigo y el cristiano. Ellos no pueden hacer nada por usted. Su adaptación a las estructuras llevan aún olor a cristiandad; están en un humanismo mariteniano, pero no han seguido evolucionando. Yo le digo - recalco - , actualmente ellos no son nada; el hombre de peso soy yo. Soy el hombre que respeto las causas segundas; el movimiento de la historia y del mundo, liberado de la tutela clerical...

Ante tal presentación no pude menos de quedar estupefacto. Había leído algo de eso en alguna parte, pero no lo había visto encarnado en ningún individuo. No era ni cristiano, ni bachiller, ni profesor; era simplemente Laico Adulto.

Quise recordar de dónde sacarían tal denominación; mis esfuerzos fueron en vano. Creo que es una polémica apelación a la madurez, en circunstancias un poco azarosas, en que se jugaba la doctrina de la Iglesia. De allí quedó el apelativo de adulto para ciertos personajes con exagerada conciencia de su importancia. El Laico Adulto no era precisamente un hombre maduro; era el defensor de una ciudadela de prejuicios y errores que se resistían a morir.

Estaba frente a un nuevo interlocutor. Como había hecho las otras veces, pedile su ayuda.

-Los diálogos que ha tenido-vociferó-tienen que serle fecundos. En diálogo tiene siempre buenos resultados. Nosotros los laicos, que estamos en el mundo, comprendemos el Valor del

diálogo.

Ante tal discurso, no sabía qué pensar ese hombre estaba loco.

- ¿Cree usted que con diálogos me voy a curar?

- Ni más ni menos. Pero cuide mucho de no dialogar con clericales.

Esos hombres cavernícolas de la escolástica le llevarán a la edad de piedra...

-Mi problema actual en abandonar éste sitio-dijo interrumpiéndole.

El laico no entendió y prosiguió hablando:

-Somos los hombres de lo temporal y del mundo. Usted debe ser hombre moderno. Por eso le hablo de diálogo. Convoque a su alrededor a comunistas, protestantes, masones y, ¡trate de comprender..., amigo..., trate de comprender! ¡No discuta; comprenda y tolere!...¡No polemice...tolere y comprenda!

Cuídese de la verdad, lo va a volver agresivo. Estreche la mano del masón, comprenda los tiempos nuevos.

Yo me había olvidado de mis dolores, de puro espanto ante el charlatán: tal era el calificativo que resumía espontáneamente mi concepto del raro ejemplar que tenía adelante.

-¿Y voy a sanar con eso?-Me aventuré a preguntar.

-No, amigo-dijo hinchando las ventanas de la nariz-. La salud en un fixismo, y siempre debemos estar en renovación. Usted sabe, como dicen nuestros amigos protestantes, la salvación es escatológica, no actual; usted comprende, lo opuesto a nosotros pero es una posición interesante. Buscar remedios hoy para sus

heridas... Eso creen los católicos que persisten en la contra reforma. Pero los laicos adultos hemos arrojado por la borda a Belarmino -El Laico se refería al cardenal Belarmino, famoso por sus controversias con los protestantes-. Créame-prosiguió impertérrito-que es un placer para mí encontrarlo en pura postura existencial, en la angustia, de tensiones encontradas y fecundas -aquí compuso el pecho-; a si es usted un hombre abierto, que puede dialogar con todo el mundo.

Comencé a pensar que mi problema no tenía ninguna solución; repentinamente, tuve que escuchar de nuevo:

- En el mundo moderno los clérigos están pasados de moda. Ahora se requieren hombres inmersos en las cosas; que padezcan el roce del tiempo y de los acontecimientos. Yo también soy un angustiado; hace tiempo que no cobro nada.

El laico demostraba particular inquina contra el clérigo. No sabía el papel enteramente infeliz que había hecho el pobre. Menospreciable profundamente.

- Aunque se vista de clergyman-dijo-es un inútil. En cambio yo soy el hombre del porvenir, y la iglesia necesita de mí-esta idea la repitió el laico varias veces.

- Si usted es católico-le dije-debe recordar que ninguno somos necesarios; nosotros necesitamos de la iglesia, pero ninguno somos imprescindibles para ella.

- Soy católico-respondió el laico-, pero de vanguardia. La necesidad de la gracia, el bien, la verdad, todas esas cosas que usted cree fijas, para nosotros, Laicos Adultos, evolucionan y se transforman;

nosotros ya no nos ocupamos de esas cosas; atendemos únicamente a nuestro compromiso con lo temporal; debemos crear en el mundo el hombre nuevo, con fe en el progreso, esperanza en la evolución, y caridad... Con el Hermano separado. La iglesia, que con cierta astucia llamamos de la Contrarreforma, está frente al mundo; nosotros estamos en un esfuerzo por incorporarla al mundo; por hacerla algo del mundo; le vamos a hacer aceptar el mundo. Eso será cuestión de tiempo, llevándola con habilidad fueron camino de sucesivas concesiones.

- ¡Este es un loco!-Dije entre mí.

- Sí, amigo -prosiguió mi interlocutor-. Ya dimos un golpe, aunque no salió bien, con el asunto de la colegialidad; la democratización de la iglesia pide los gobiernos colegiados; es lo ideal para quebrar la autoridad del Obispo y del Papa. La nueva iglesia debe organizarse de abajo para arriba.

- ¿Qué es la nueva iglesia?

- Es la iglesia adaptada a las estructuras mundanas en evolución. No la iglesia que tenemos aún ahora, que mantiene el Syllabus y que manda adaptarse. Tales órdenes en el mundo nuevo no tendrán vigencia... Sí, amigo, créame; la Iglesia de hoy en adelante deberá contemplar al mundo, despojarse de su actitud intolerante, aceptar al mundo como se presenta, ser pobre y humilde, y reorganizarse como pueda según los valores y fines del mismo mundo. El laico no debe entrometerse a trabajar por la Iglesia, ni a luchar por instituciones cristianas; todo eso está superado; el laico debe realizar la obra del mundo y estar consagrado exclusivamente

a la obra del mundo.

- Eso lo he leído en alguna parte - dije- y entraña un error manifiesto, una tentativa de disociar profundamente la Iglesia del mundo donde vive, de limitar y coartar los poderes de la Redención. Es la audaz y cautelosa repulsa del personalismo marxista introducido en la eclesiología. La persona humana reivindica su trascendencia y autonomía sobre la naturaleza; desligada de toda ley natural o positiva desconoce autoridad y obediencia. Cuando esta persona humana, que dialoga sólo con Dios, se mira en la comunidad eclesial, se encuentra extraña en la misma comunidad; por eso se siente aislada, quiere lejos de sí la ley, eclesiástica; es la persona del diálogo y no la persona de una comunidad; es la persona para la falsa libertad del error y del pecado; no la persona para la verdadera libertad en La Ley, en la Cruz, en la Redención; es la persona del reino de las tinieblas, y no la persona de la Resurrección y del reino de la Luz.

Estaba fatigado por el esfuerzo; sin haber sido jamás un buen católico abogaba por la Iglesia, de donde viene al mundo la salvación. El laico era un engendro del Humanismo pluralista, con todos los prejuicios contra la Iglesia, y que usaba de todos los recaudos para que la Esposa de Cristo no intervenga ni por asomo en el mundo; la sociedad de los hombres, en sus instituciones, en sus leyes, en sus costumbres, debíase comunista materialista y ateo.

- Créame, amigo - vociferó de nuevo mi interlocutor -, la Iglesia hará las debidas concesiones y se adaptará al mundo moderno. Esa será obra nuestra, de los laicos adultos, los hombres respetuosos de

las causas segundas; la laicidad esencial del mundo así lo pide, sin interferencias de lo sacral.

La Iglesia debe retroceder.

3 - El Laico Adulto era un individuo típico de nuestro tiempo, producto de todos los prejuicios contra la Iglesia, y de todos los elementos de oposición contra la misma. Nadie podría fijar con precisión el concepto que este hombre se había formado de la Iglesia. Lector de Mounier, creía en una Iglesia ordenada para una supuesta renovación social, con finalidades económicas, sin mirar a los fines trascendentes del hombre.

De la Iglesia interesaba al Laico todo menos la Iglesia. Interesábale un cierto desteñido espiritualismo, mas retórico que práctico, y que le servía de cabeza de puente para criticar duramente a la Iglesia verdadera. La iglesia triunfalista, la Iglesia atrasada, la Iglesia polémica, la Iglesia sinagoga, la Iglesia constantiniana, la Iglesia medieval y cavernícola, la Iglesia intolerante, estaban constantemente en la boca del Laico y sus amigos. Por otro lado o no escatimaban elogios al protestantismo o al marxismo, por lo que ellos denominaban la elevada comprensión de lo que es el hombre. Teólogos amigos, que no quiero nombrar, recomendábanle a nuestro Laico la satisfacción personal; pero, como acción exterior, apostólica, debía preparar el advenimiento, no de Cristo, sino de comunismo.

A esto que denominaban “cambio de las estructuras”, él no podía oponerse como cristiano. La Iglesia, tal como la concebía el Evangelio humanista, debía luchar por el progreso técnico, la

alfabetización, la sociedad comunitaria: sin propiedad privada, para beneficio del Estado; con bienes sociales para usufructo de los dirigentes de socialización; sin vida familiar para usufructo de los calaveras; sin vida religiosa para usufructo de los clérigos progresistas; sin otra moral que la que pudiera ser necesaria para una convivencia regulada por las exigencias del Kremlin, o de la sinarquía universal.

Nuestro hombre no podía hablar contra el laicismo, porque el Progresismo desconoce la jurisdicción de la Iglesia en el orden temporal. No podía luchar por un orden social cristiano porque chocaría contra las exigencias del pluralismo. Es la profunda división del catolicismo actual, aunque quiere desconocerse: por un lado los que luchan por la cristianización de la sociedad y vida de la instituciones que conforman la vida del hombre; por el otro, los que siguen el Humanismo Integral y el pluralismo en todas sus formas, que subestiman a la Iglesia frente al Hombre; la lucha se concentra así por el hombre, la libertad humana, etc. Tal mentalidad no puede pensar en la Iglesia sin violentarse a sí misma. Es esencialmente liberal.

-¡Qué bárbaro!-Exclamé espontáneamente-. Intentar eso es una traición, y una empresa absurda.

-Sin embargo-contestó el Laico- es una idea bastante común entre ciertos teólogos, que deben cambiar las estructuras; y por eso se entiende una marcha hacia el ateísmo y el marxismo. "La ateización del mundo", escribe uno de ellos, "no afecta solamente a los individuos sino a las estructuras de esta humanidad nueva".

-No se puede escribir eso sin ser infiel a su vocación de cristiano
-repliqué al instante.

-Son los tiempos nuevos-insistió el laico-. Predícase por una parte la adaptación de la Iglesia al mundo; debe renunciar a toda hostilidad con el mundo. Por otra parte se disuelve la Fe, para adaptarla a las religiones del mundo; ablándase la verdad, para dar cabida al ateísmo, al marxismo o comunismo; cuidando mucho de no proclamar un relativismo que echaría todo a perder, repróchase vivamente toda intransigencia en materia de verdad teológica; búscase en toda forma ablandar la doctrina de la justificación del Concilio de Trento, y el primado de Pedro, del Vaticano Primero. Hace mucho que se ha creado un ambiente de desprestigio para toda refutación de errores; sólo la aceptación del error, el simular una amable comprensión para el hereje, tiene prestigio en el mundo de hoy. Así se trabaja para que la iglesia sea absorbida por el mundo.

- ¿Pero usted es un laico en el seno de la iglesia?

- Ya le dije que soy un hombre de los tiempos nuevos. No aguanto la misa más que en San Isidro.

- Pero Cristo dijo que las puertas del infierno no prevalecerán contra la iglesia.

- Sí, pero ya tenemos exégetas, que se encargarán de probar que es un texto interpolado, si es necesario. Por otra parte no nos ocupamos de eso.

- No entiendo, amigo, su catolicismo, aunque me asegure que es del año tres mil. Un catolicismo que trabaja por el marxismo, por disolver la sociedad cristiana en un naturalismo apóstata, no lo en-

tiendo, ni lo creo en sí mismo inteligible. Si somos católicos, es porque queremos nuestra salvación y la salvación de los demás. La salvación en el seno de un naturalismo en el seno del mundo, es imposible. Necesitamos de la Fe y de la gracia que nos trae la Iglesia. Por tal motivo necesitamos que la iglesia no sea del mundo.

Usted yerra al insistir en que el laico pertenece al orden profano del mundo; el laico, al que usted se refiere, es un bautizado; ya está rescatado del mundo para Cristo; interésase de las cosas del mundo, de las causas segundas, pero tiene en cuenta lo sobrenatural. Es claro que tiene que ocuparse en tareas seculares que no son las del sacerdote. Pero debe trabajar para que el Reino de Cristo llegue verdaderamente a las leyes, las instituciones, las costumbres de su pueblo. Sería absurdo llamar a esto clericalismo, cuando se llama Rendición.

-Nosotros creemos que lo católico no se va a borrar porque esté disociado de las estructuras temporales; en todo caso, ese es un problema de clérigos. Nosotros los laicos estamos comprometidos con el mundo, para cumplir allí como cristianos del designio de Dios, en cuanto debe hacerse en y por obra del mundo...

-Y cuando el designio de Dios es que no se haga por el mundo, sino a pesar del mundo, y contra el mundo, ¿qué hace usted?; ¿no extorsiona usted la voluntad de Dios, al negar las instituciones cristianas y negar la influencia saludable de la iglesia en el orden mismo temporal?

-La nueva sociología cristiana -dijo laico adulto con muy poca adultez- debe ser marxista.

- ¿Qué entiende por marxismo?-Pregunté en el acto.

- Una organización de la vida social, económica y política puramente empírica, con finalidades propias: progreso, desarrollo técnico, la transformación de la sociedad actual en una sociedad comunista...

-Es un hermoso programa el suyo -díjale espantado- y sobre todo lo más estupendo es que usted siga creyéndose católico. El católico es el hombre que lleva en el alma el misterio y el mensaje de la redención; él ve en el hombre un pecador y un redimido; y cuando organiza la política, abre las puertas de las instituciones a la influencia saludable de la iglesia, para que circulen los aires de la salvación. En el marxismo esas puertas están cerradas, y ya conocemos las consecuencias: cárceles, campos de concentración, chekas, las fatídicas alambradas, las montañas de cadáveres, y el terror de los aún semivivientes. Donde existe alguna influencia de la iglesia, el hombre está en paz, no vive presa del terror, no teme cada día la delación, la intriga, la venganza; tiene pocos enemigos, o se ve empujado hacia la reconciliación, tiene cierta libertad, de la cual se carece en los regímenes marxistas. Y sobre todo -agregue- la salvación.

-La salvación-dijo el laico-es un problema personal, y no es un problema político.

-Es un problema personal-repliqué-, pero para la gran mayoría de las gentes, requiere cierta política abierta... Por algo el hombre es ser social; no puede prescindir de los demás. El mismo problema de su salvación personal debe venirle por intermedio de los demás.

Noté que podía hablar. No sé por qué los problemas del laico me habían hecho olvidar los propios.

4- Su concepción del cristianismo-dije-no tiene en cuenta lo sobrenatural. Salvo alguna suprema instancia que viene por motivos polémicos, no aparece nunca lo sobrenatural. Usted ha entrado en una concepción que se autodenomina "progresista", y es un retroceso desde la fe hasta un naturalismo vacío; el camino entre lo uno y lo otro llámase apostasía. Si usted quiere una palabra amigable, le diré que está en plena apostasía. Usted odia la iglesia; usted ama el mundo; tolera la iglesia para entretener su espíritu de polemista.

El laico era un hombre enteramente confundido por una pésima información. No había tenido tiempo quizás de leer y meditar el reciente Decreto sobre Apostolado de los Laicos del Concilio Vaticano II.

El apostolado de los laicos es sobrenatural, aunque se da en el campo de todas las actividades humanas, y tiene un fin sobrenatural:

"Más los laicos hechos partícipes del ministerio sacerdotal, profético y real de Cristo cumplen su cometido en la misión de todo el pueblo de Dios, en la iglesia y en el mundo. En realidad ejercen el apostolado con su trabajo para la evangelización y santificación de los hombres, y animando y perfeccionando el orden temporal con espíritu evangélico de forma que su laboriosidad en este aspecto sea un claro testimonio de Cristo y sirva para la salvación de los hombres".

Quiere decir que la acción de los laicos católicos no puede ordenarse a un tipo de convivencia materialista o naturalista, si no cristiana, inspirada en principios de vida sobrenatural.

Más abajo añade: "Escondidos con Cristo en Dios... mientras se dirigen a los bienes imperecederos se entregan gustosamente y por entero a la expansión del reino de Dios, y a informar y perfeccionar el orden de las cosas temporales con espíritu cristiano".

El adulto disociaba enteramente el orden temporal del orden de la Fe. El Concilio, fiel a la mente de la iglesia, señala la autonomía propia del orden de las cosas temporales, pero preserva de una ruinosa disociación.

" Todo lo que constituye el orden temporal, a saber, los bienes de la vida y de la familia, la cultura, la economía, las artes y profesiones, las instituciones de la comunidad política, las relaciones internacionales y otras cosas semejantes y su evolución y progreso no solamente son subsidios para el último fin del hombre sino que tienen un Valor propio que Dios les ha dado, considerados en sí mismos o cómo partes del orden temporal".

Pero de aquí no puede deducirse una separación absoluta, con la fe por un lado y un naturalismo social por el otro, como quería el Laico Adulto. Por el contrario: "Plugo por fin a Dios aunar todas las cosas, tanto naturales como sobrenaturales en Cristo". Cita a continuación Colosenses I, 18: Para que tenga El la primacía sobre todas las cosas.

Por tanto, seguimos transcribiendo el mismo Concilio: "es preciso que los laicos tomen como obligación suya la instauración

del orden temporal...”

" Hay que instaurar -dice después- el orden temporal de forma que observando íntegramente sus propias leyes esté conforme ulteriormente con los principios de la vida cristiana, y adaptado a las varias circunstancias de lugares, tiempos y pueblos" (L'Osservatore Romano, 21 - XII - 1965).

De todo esto el laico no tenía ni idea; así fue que me preguntó:

-¿Que dice usted de una adaptación de la iglesia al marxismo?

-Tal adaptación es cosa equívoca, propia del demonio - contesté-.

Es evidente que el cristiano debe adaptarse al mundo en que vive. La religión no pide al cristiano que vive en Buenos Aires ponerse bombacha y botas de potro. El cristiano se adaptara a vivir en un ambiente reducido, si no tiene otra cosa, o si tiene que vivir en la ciudad. La adaptación es un hecho natural. La vida cristiana asume la naturaleza y la mejora. La gracia eleva la naturaleza. La vida cristiana despliega sobre la naturaleza la vida de la gracia y las virtudes cristianas. Eso hace el mundo más habitable. La adaptación que necesitamos es una adaptación del mundo para la vida humana y cristiana del hombre. El hombre redimido es señor del mundo y gobierna al mundo por la prudencia y demás virtudes cristianas. Por la prudencia el hombre interviene en el mundo. La prudencia, sobre todo, debe regir los contactos con el mundo a través de la amistad, las relaciones laborales, familiares, políticas, religiosas, etc.

En todos estos géneros de relaciones con el mundo que le rodea, puede haber dificultades de adaptación, y las hay. Actualmente son

difíciles las relaciones laborales; falta de trabajo; muchos hombres jóvenes circulan por nuestras ciudades buscando trabajo. La carestía de la vida, la habitación estrecha, vuelven difíciles las relaciones conyugales. La "adaptación" se vuelve un problema. Las dificultades de adaptación nacen de una técnica no instrumentada por las virtudes morales.

La adaptación del hombre al mundo que lo rodea es tanto más difícil cuanto más se aproxima al marxismo. A medida que desaparecen los factores de orden espiritual y gravitan los factores económicos y del interés, el mundo se vuelve menos habitable. En un mundo técnico, en desarrollo, como nos gusta suponer que vivimos, se plantearán problemas de adaptación al mismo mundo: por ejemplo, el cristianismo acosado por las dificultades de la vida, la lujuria, la propaganda pornográfica, las injusticias sociales, traiciones, mentiras, etc. Pero ninguno de estos problemas se solucionará con una concepción materialista de la vida. Esa concepción elimina todos los elementos espirituales de la vida, y sólo queda la fuerza, la astucia, el predominio político de unos y la esclavitud de los otros. En semejante estado de cosas podemos asegurar ciertamente el éxito de pocos, pero no el bienestar común; el éxito de algunos audaces que dirán: "ha triunfado el pueblo"; pero el pueblo seguirá en la miseria, y quizás en el terror. El marxismo es un mundo exclusivamente técnico y materialista. Mal puede el hombre contemporáneo buscar soluciones en una adaptación al marxismo, si es precisamente en el mundo técnico y materialista donde comienzan sus dificultades de adaptación. La vida se torna difícil, no

por la presencia, sino por la ausencia de la iglesia.

Negamos rotundamente que el cristiano o la iglesia deban adaptarse o configurarse según los postulados de la técnica, de la industria o de la materia.

Con la Fe, la gracia y los sacramentos, el cristiano debe rehacer el mundo en que vive, volviéndole habitable, transformándole en una comunidad de vida y en comunidad de salvación. Lo contrario sería apostasía.

5- ¡Ja!...¡Ja!... - ríó el Laico infatuado -. Yo no voy a la apostasía; voy a la libertad; mejor dicho, a la liberación de servidumbres clericales.

-Esa liberación de lo que usted llama servidumbres clericales es la libertad del error, en un dominio que Dios se ha reservado, en materia de Fe y de religión. Es la libertad para el error y la herejía.

-Yo ya soy un Laico Adulto...

-Pero ninguno podemos tener la libertad del liberalismo...

-En ese caso, el hombre no es libre-acotó el Laico.

-El hombre es libre; pero no debe desconocer a tontas y a locas los derechos de la verdad y de la justicia a ser elegidas, para sentar totalmente el primado de un voluntarismo ciego, escéptico, irracional y egoísta, que desconoce los valores que conforman la perfección del individuo, la unidad y la armonía de la convivencia social. Ese voluntarismo, hijo de tal concepción errónea de la libertad, se traduce en el orden social por un conflicto caótico de libertades, que no se entiende, porque cada una vive de su propia ley.

-¿Quiere decir que estaremos por el autoritarismo?-Preguntó el

adulto.

-No vamos a postular como Valor supremo el autoritarismo, de generación del principio de autoridad; pero debemos señalar las causas, algunas por lo menos, que han arrastrado al mundo moderno a ese azaroso conflicto que se traduce en guerras pavorosas que envuelven a todo el planeta; en las revoluciones intestinas de los pueblos; en el malestar de las naciones; en la lucha de clases; en los estados de profunda injusticia social; en la suma de injusticias y vejámenes que afecta la individualidad el hombre, del niño y la mujer; que han creado el capitalismo burgués, el comunismo y la absorción del hombre por el estado, y la caza del hombre por el hombre en donde no hay esta absorción.

Ni el progreso, como lo soñaba el viejo Spencer, ni la cultura, ni la enseñanza popular, como lo quieren los Ideólogos modernos, han podido ni pueden apaciguar el enconado conflicto de libertades antagónicas en todas las esferas de la vida social. Es que la libertad es simplemente la facultad de elegir, y el hombre elige según el criterio moral que regula sus actos. El problema no está en la libertad, sino en el criterio moral que debe regir el uso de esa libertad.

El laico prestaba atención, y proseguí:

-El autonomismo kantiano pone ese criterio moral en el hombre, y se ha ensoberbecido creyendo que impunemente le podría manejar a su antojo. De nada ha valido agolpar argumentos para justificar esa actitud: libertad de conciencia, progreso, evolución, ciencia positivista, crítica, escuela laica, autonomismo moral, etc. Toda esta argumentación que pretendía justificar la posición na-

turalista del hombre en la vida se desmorona por su ineptitud radical para mantener la cohesión orgánica de los cuadros sociales, y el desarrollo de la persona humana. En cambio si aquel criterio moral por encima de la fluctuante volición humana es dado por la ley divina y natural, si es Dios quien dicta la norma de nuestro existir y de nuestro obrar, en ese caso tenemos un criterio infalible para el uso activo de la voluntad y pasivo de las otras potencias ejecutivas humanas. Aquella norma, el criterio moral que debe regir el uso conveniente de la libertad, no es otro que el amor de Dios sobre todas las cosas, y el amor al prójimo como a nosotros mismos.

Si todas las libertades, despojándose de su egocentrismo disolvente, se unificaran en su tendencia fundamental hacia Dios, y observaran en la regla de la auténtica fraternidad, que es la única forma de atender a las exigencias de la vida de relación, el antagonismo desaparecería. Pero el antagonismo subsiste, porque renunciando el hombre a Dios, este criterio normal es puesto como lo hemos dicho en el hombre mismo. Es él quien dictamina sobre la regla suprema para usar de su libertad. Tal es el individualismo moral.

Desde la reforma protestante, ya aparece nítido el principio del individualismo con toda su fuerza de disgregación y de barbarie.

Este principio pretende justificarse en el kantismo, y pretende echar las bases de una teoría educativa en Rousseau. Pero el obrar humano desprendido de sus raíces objetivas en la Verdad y Bien divinos, y de la misma naturaleza, pone aquellas bases en lo útil, en lo agradable, la ambición, el egoísmo y la avaricia. El obrar hu-

mano ya no es obrar según el bien, sino según las exigencias más o menos encubiertas de la bestia humana. Aquí aparece en toda su crudeza el conflicto de libertades antagónicas que en el plano social se resuelve por la crisis, la ininterrumpida serie de violencias, injusticias y mentiras. Dichos factores se transforman en elementos de estructura de la vida misma de relación, y la definen no como mutua amistad de los individuos entre sí, sino como agresión.

- Usted se refiere a la libertad individual - dijo el adulto Azorodo.

- Sí; la libertad individual, que se encuentra en conflicto con las demás libertades, no es ya la facultad de merecer, sino aquella de obrar sin regla; es aquella que clama por una autonomía que encubra su verdadero carácter de avaricia y ambición.

Solo el amor de Cristo, que eleva el hombre al acatamiento de la ley de Dios, es fuente inexhaustible de paz, de justicia, de mutuo y fraternal amor.

El amor de Cristo, convertido en realidad individual y social, el ejercicio de la voluntad humana en el bien, por las virtudes adquiridas e infusas: tal es la solución del antagonismo de las libertades, y de la misma libertad.

Y terminé:

-Usted no puede desear el antagonismo de las libertades individuales.

-No es eso - dijo el hombre - , es que quiero lo nuevo; lo nuevo es que el laico es para el mundo, para la obra temporal. . .

-Se ha escindido demasiado, y de manera artificial, el mundo

de la Iglesia. Se ha dicho de manera tajante que la Iglesia es para lo religioso y el laico para el mundo. Tal división tan absoluta es absurda, aunque en parte tenga razón. Hay una lógica aparente. Nada más fácil que colocar al sacerdote en el plano de la Redención, y al laico en el de la Creación, y distribuir así los papeles. Con ese fundamento, es claro que puedo llegar a justificar el pluralismo religioso, el laicismo, el comunismo y toda una legislación anticristiana. Sin embargo, tal distinción desconoce que el laico no es simplemente una criatura del mundo; es un rescatado del mundo por el bautismo. Un primer principio debe orientarnos, por lo tanto: ese hombre bautizado debe poder llevar con relativa comodidad su vida de cristiano, en instituciones cristianas; debe evitársele en lo que sea posible el planteo de problemas sobre la fe o la verdadera Iglesia que no va a poder resolver, porque no es teólogo. Por ese motivo, la laicización lleva a la descristianización. ¿No es absurdo que cada bautizado tenga que abocarse a una cantidad de problemas religiosos sin la debida preparación? Y sin embargo, a ese tremendo confusionismo llevamos nuestros pueblos.

A continuación hablamos sobre el asunto tan espinoso del ecumenismo. Yo había permanecido vacilante, en actitud expectante, dudando acerca de las consecuencias de tal movimiento.

Voy a relatar lo que me contaron, la creo historia verídica; yo ya la conocía cuando el laico adulto me la contó.

ECUMENISMO

Existen dos ecumenismos. Uno es el del Papa, que cuida de recordarnos la intransigencia doctrinal, y no pactar con el enemigo. Otro es del progresismo, que ha tomado por su cuenta el asunto ecuménico y se lanza arduosamente a una acerba crítica contra la iglesia, a favor del laicismo, promoviendo la herejía, desde diversos niveles no comprometidos directamente con el dogma. Es el colaboracionismo doctrinal, que allí en la Argentina consolida el laicismo, fomenta el protestantismo y el comunismo. Golpeando sobre las resistencias de la opinión católica, somos los auxiliares del manson, del adventista, del mormón, del espiritista, del marxista. Insistiendo imprudentemente sobre "lo que nos une" quebrantamos las resistencias del católico contra esos errores.

Sobre el colaboracionismo vamos a exponer una historia ocurrida "en algún lugar del mundo" pero con todos los visos de verosimilitud.

Se trata de un misionero, sacerdote católico, formado en un amplio espíritu de colaboración, que los argentinos hemos asimilado con tantísimo fervor. Llamábase el Padre Manuel y era hombre imbuido de las ideas de tolerancia, amabilidad, coexistencia pacífica.

El Padre Manuel fue de misionero a un remoto país, llevando remedios e inyecciones, pues decía que primero hay que atender al hombre y después al cristiano. No llevó ni hostias, ni vino, ni Santos óleos, pues primero habría que "renovar las estructuras" y después comenzar.

Un día lo llamaron para un enfermo. Monto a caballo, porque vivía en el campo y el trayecto era largo. Cruzó un río, entró en el monte y subió una cuesta muy escarpada para llegar al otro lado de los cerros donde lo esperaba el enfermo.

De pronto, desde la falda del cerro, oyó un leve gemido que provenía del fondo de la quebrada. El misionero prestó atención; siguió su cabalgadura unos pasos más allá y de nuevo lo mismo, al parecer un lamento, dejase oír; el hombre levantó las riendas y sujetó el bruto; todo quedó en el más perfecto silencio. No había duda, lo que se oía en el fondo del abismo era un gemido humano; un niño que lloraba. El Padre Manuel enderezó su cabalgadura hacia el lugar de donde partían aquellos llantos.

Al llegar mostrose sorprendido al ver a un niño atado a un árbol.

-¡Me quieren comer! -Dijo el pequeño-. ¡Me ha traído aquí un caníbal y me quiere matar para comerme!

-No, hijo-respondióle al el sacerdote-. Después de la Declaración de Derechos Humanos de la O.N.U., no puede existir el canibalismo.

-¡Sí, sí, sí!... El caníbal me tiene como un animal engordando para comerme.

-Procuraré salvarte-dijo el Padre Manuel-. ¿De dónde eres?

-Yo -replicó el niño- estuve de postulante en Molinari, para ser sacerdote; mi mamá me sacó, y justo un día, el hombre que me tiene trájome ha esta quebrada para comerme como a un cabrito.

El Padre Manuel se secaba el sudor de la frente y estaba horrorizado; nunca había tenido un caso semejante.

De pronto aparece el caníbal, el hombre que ponía su placer en comerse la carne humana.

- ¿Qué quiere usted en estos parajes?-Oyó el misionero de aquel monstruo en figura de hombre.

- Nada, amigo; vine atraído por los gemidos que se oían desde lo alto del cerro.

- Váyase, o lo mató también a usted.

- Podemos dialogar-respondió el Padre Manuel, decidido a tratarlo como Hermano separado.

- ¿Qué es eso?

-conversar entre los dos, colaborar con usted, aprender a tolerarnos.

El antropófago comenzaba a mirarlo espantado.

-¡No quiero nada!-Le dijo-.Váyase o lo mató.

-Hagamos mesa redonda -contestó al sacerdote-. Quizás tenemos muchos puntos comunes, muchas coincidencias, lo que nos separa a lo mejor es un malentendido...

-Usted va a denunciarme de... Tengo que matarlo aquí nomás.

-No -dijo el clérigo progresista-, yo puedo colaborar con usted.

-¿Colaborar?

-Sí, colaborar...

-Bueno, vaya, junte leña para azar al chico.

-Iré a juntar la leña -respondió el clérigo-; usted sabe que en todo lo que sea humano puedo prestarle ayuda. Yo tengo un espíritu abierto; no me cierro en concepciones estereotipadas; yo creo que debemos proceder "con abstracción absoluta de toda polémica doctrinaria destacando únicamente la belleza moral de nuestros

credos"(sacado de un folleto de propaganda judeo-cristiano); es éste un excelente propósito que podemos aplicar; me parece, amigo, que podemos atenernos a un programa común, que elimine "todo lo que puede dar motivo o pretexto de hostigamiento" entre nosotros. Usted ve que tengo un programa bellísimo, que ha sido adoptado por algunos amigos de Buenos Aires.

-Usted parece un hombre inteligente -dijo el antropófago-. Vamos a comer al niño entre los dos.

-No -dijo el clérigo-, yo tengo otra tabla de valores. Pero eso no impide que colabore con usted en la esfera humana. Dígame, ¿qué leña prefiere? Creo que la de algarrobo hará mejores brasas. Mis amigos de San Isidro y Avellaneda me envidiarán esta obra de colaboración.

El caníbal abrió los ojos desmesuradamente. Jamás había pensado en semejante ayuda. De pronto encontró la explicación: "claro", se dijo; "si colaboran en ultimar la vida de la Fe, promoviendo la herejía, nada de extraño es que colaboren en ultimar la vida de los cuerpos, aunque sean de niños. En comparación con esta gente -prosiguió-, soy un pobre ingenuo. Apenas si daño los cuerpos, para comérmelos asados; estos otros dañan el alma, y la matan, para solaz de los demonios".

EL GRADUADO DE LOVAINA

1- Era todo un cerebro del mundo moderno. Había hecho el doctorado en teología, para obedecer a su Obispo, que lo quería para Profesor del Seminario. Pero donde tenía toda su pasión, era en la Licenciatura en Relaciones Humanas que obtuviera después.

La convivencia, opinaba nuestro Dr. De Lovaina, ya no puede regirse por la teología... Es necesario plantear el problema en el seno de una sociología de relaciones humanas, que estudia los datos de los diversos grupos étnicos. Esto lo decía a sus amigos "cristianos", a las señoras de la Liga Antitotalitaria, o en alguna amable charla ecuménica, por televisión, con su amigo el pastor. Siempre el Dr. de Lovaina vestía de clergyman, para parecerse al pastor; según decían, dormía con tal indumentaria.

Siguiendo nuestra presentación de tan importante personaje, diremos que el Graduado de Lovaina era un especialista en Catequesis; había propuesto reemplazar el catecismo católico de San Pio X por el catecismo protestante de Melancton, adaptado por un pastor luterano. Otra audaz innovación que defendía, era la de hacer un catecismo comparado de las diversas religiones para chicos de primera comunión. Opinaba también que en la teología y en el catecismo de adultos, había que suprimir el tratado de la Fe y reemplazarlo por nociones sumarias de ecumenismo. Como especialista

en Catequesis, suprimía del catecismo las preguntas sobre el infierno y el purgatorio. Otra no menos audaz innovación, que bullía en aquel cerebro privilegiado, era coleccionar algunos aforismos de Mao Tsé -Tung, para un decálogo de cuestiones sociales, que aprenderían los niños de todas las escuelas católicas. Tal es el hombre con el que tuve que vérmelas enseguida.

Venía con su clergyman un poco arrugado; quizás porque esa noche había dormido con él. Pensativo, cavilaba sobre sus proyectos para la renovación de la Iglesia. Preocupábanle las sentencias de Mao sobre la cuestión social y la guerra revolucionaria, pero quería matizarlas con trozos escogidos de Fidel Castro, del Prócer del Petróleo y del general Retornok, estos últimos héroes argentinos de tiempos recientes. Pensaba también en el infierno y en la agria discusión que había tenido con un colega. Resultaba que había suprimido las preguntas relativas al mismo en el catecismo, pero no había podido anular las respuestas. Su colega sostenía que, de no anularse las respuestas, no podían quitarse las preguntas.

Las señoras de la Liga contra el totalitarismo (era el nombre oficial) estaban asombradas. Nunca había oído una cosa semejante; eran buenas mujeres, amantes de la Iglesia, serviciales y sacrificadas, capaces de todo por el amor de Dios. Eran llevadas a cosas que no conocían bien.

Buenas madres de familia, ignoraban qué era aquello de cambiar la Teología por una sociología de Relaciones Humanas. Todo cambia, se decían mutuamente, miraban al vacío y hablaban de otra cosa.

Las buenas mujeres no podían suponer que aquel ministro del Señor era un inveterado charlatán. Estaban confundidas y como encandiladas por la sabiduría que suponían en aquella lumbrera singular, llegada del viejo mundo.

Lo que más conmovía la gente eran sus opiniones sobre catequesis. Se presentaba como un especialista.

"El catecismo es inactual -decía inflando los carrillos-. "¿quién piensa en las cinco condiciones para hacer una buena confesión?" -había dicho en el instituto-. Al oír esto del auditorio se sintió profundamente conmovido: ¡el graduado negaba nada menos que las condiciones para hacer una buena confesión!. Una señora tuvo un desmayo; dos monjitas se dieron un codazo para advertirse aquel chispazo de genio; el laico adulto, el clérigo, el cristiano, el sabio alemán y todos sus amigos aplaudieron frenéticamente. Como nota discordante, hubo algunos tomates sobre el escenario.

El examen de conciencia -prosiguió el erudito- debe suprimirse o hacerse en un nivel común a todos los credos...

Gran consternación en el auditorio.

¡Muy bien! -Chillaron algunos estudiantes crónicos- , muy competentes, como de costumbre, en política universitaria.

Debemos confesar que esta vez el erudito lovainense fue muy discutido. Las Señoras, buenas amas de casa al fin, pasado el primer impacto, no le hicieron caso y siguieron enseñando el catecismo de siempre. Las religiosas en sus colegios hacía tiempo que tenían un libro de texto cuyo título es un no sé qué de humanismo cristiano, que habla mucho del hombre y por casualidad de religión.

Dicen que a las semanas se olvidaron del Doctor o éste pasó de moda. Solamente aquellos estudiantes universitarios crónicos, fubistas y humanistas, siguieron con las cosas del reformador.

El Dr. Lovainense se miraba el clergyman con fruición. "¡Oh, los tiempos nuevos!", decía para sí; el clergyman no era solamente una nueva indumentaria, sino que representaba la nueva iglesia, sensible a la renovación de las estructuras. Esta cuestión de las "estructuras" (comunistoides) era de particular predilección para el Dr.

El Obispo, a regañadientes, había permitido el clergyman. Hombre de otro tiempo, tenía la iglesia de lo sobrenatural, y no la iglesia de lo humano. El clergyman contra la sotana significaba, según el Lovainense una avanzada del laicismo, la secularización de las actividades temporales; el vestirse y desvestirse son efectivamente actividades temporales. "Hay que andar con cautela", pensaba nuestro erudito; "la iglesia de los sobrenatural no está reducida al silencio..."

Con tales pensamientos avanzaba por el camino. A su vuelta de Lovaina había sufrido un desencanto, por no encontrar suficientes ateos, protestantes o masones. Casi no había podido ejercer sus dotes ecuménicas, ni explayarse sobre el Hermano separado, porque eran muy raros. Sin embargo, ahora habían aumentado, y el doctor estaba muy contento. Los necesitaba para el "diálogo" y su figuración en los cenáculos católicos del barrio Norte. Agreguemos que al llegar de Profesor al seminario, sus colegas en la enseñanza todavía hablaban de convertir a los no católicos; fue nuestro ilustre

Dr. quien vino con el mensaje de los centros intelectuales del viejo mundo: no más conversiones; la polémica y la contrarreforma han terminado; ahora toca la unión de los cristianos, y eso en boca de los teólogos progresistas significa tolerar, conceder, volver a conceder, encontrar los "valores" del marxismo, del luterismo y de cualquier error; lo único no permitido es la defensa de la iglesia, por llevar implícita una actitud polémica. Sus colegas en la enseñanza no aceptaban semejantes proposiciones, lo cual ponía nervioso al esforzado intérprete del mundo nuevo.

- ¡No entienden! -Habíale dicho una vez a su amigo el pastor-. No entienden que la teología es esencialmente polémica. Si queremos desarraigar la polémica, debemos abandonar la teología y comenzar por una catequesis vital. El pastor aprobaba porque sabía que "vital", en boca de su amigo, quería decir todo menos católico; por ese motivo aplaudía sin reservas la catequesis "vital". Por ejemplo, la catequesis del Dr. Diría que la iglesia es asamblea cristiana, ciudad de Dios, comunidad de los fieles, etc, pero sin mencionar... que la cabeza es el Papa. El Dr. Tenía sus teorías, sus proposiciones y también sus silencios.

El calificativo de "vital" era de las cosas más apreciadas del Doctor. Los clérigos amigos del Graduado querían teología vital, catecismo vital, estructuras vitales, periodismo vital, apostolado vital, y todo por el mismo estilo. Todo debía ser vital y por rara coincidencia, aquello computado como vital era siempre contra la iglesia y contra el Obispo. La coincidencia era rara para todo el mundo, menos para el diablo, que sacaba de su galera de presti-

digitador todo lo vital para uso de clérigos y laicos.

Se susurraba, sin saberse de dónde había salido, que las encíclicas Pascendi, de San Pio X y Humani Generis, de Pio XII no eran vitales; que la sotana no era vital, la meditación tampoco, el Breviario, menos, asistir a los enfermos, ni por asomo, tampoco era vital rezar el Rosario y sentarse en el confesionario poco adaptado a las estructuras... Lo vital, y conforme al Mundo Moderno, eran las conferencias de psicoanálisis, las últimas novelas, los autores de moda, el cine debate, el divorcio, los problemas sexuales, los diálogos amables con protestantes o masones; todo eso era vital; y no digamos nada de ir y escuchar a algún ateo...

Clérigos y laicos de Acción Católica, estragados por el desprestigio de la doctrina social de la Iglesia, iban a escuchar al Sociólogo Marxista para aprender normas de convivencia humana en la sociedad futura. El Sociólogo habló varias veces a clérigos disminuidos y "abatados" que querían hacerse perdonar su condición de tales, por su indumentaria semi-secularizada. Tales clérigos constituían la corte del Graduado.

Ay de los que al mal llaman bien, y al bien mal: que de la luz hacen tinieblas y de las tinieblas luz; y dan lo amargo por dulce y lo dulce por amargo; ay de los que son sabios a sus ojos y prudentes delante de sí mismos (Is. V, 20-1).

Tales palabras de Isaías vinieron a la boca de mi Protector al contarle yo estas cosas.

2- La más bella cualidad del doctor de Lovaina era su espíritu amplio como un potrero. El pastor Smith coincidía con él, no sola-

mente en las críticas al Santo Oficio y al Syllabus, sino también en las doctrinas de la justificación y los sacramentos. Sobre la primera habían acordado que no era una "cosa" en el sujeto, como lo habían sostenido los agresivos polemistas de Trento y la Contrarreforma; los sacramentos también se disolvían, según nuestro erudito, en la Palabra, en la Iglesia, en la acción litúrgica o en cualquier otra cosa. Igualmente coincidía con su amigo el Pastor en rechazar la teología escolástica y reemplazarla por la kerigmática, donde podían haber muchas verdades contradictorias, sin estorbarse; en filosofía social coincidía con sus amigos izquierdizantes en un marxismo atemperado que, sin ser exagerado, fuera suficiente para implantar un verdadero ateísmo. Decíase que nunca rezaba el oficio de San Roberto Belarmino ni el de San Pío V, por polemistas, inquisidores y malas personas. En la amplitud de su espíritu había comprensión para todos; no existían más que verdades; la "comprensión" no reconocía errores; cada palabra de su amigo el Pastor era recibida amablemente y celebrada con fruición, como si fuera un evangelio.

Conmovíase profundamente por las limosnas a los pobres que daba Lutero, pero encontraba a San Vicente de Paúl sin la suficiente sensibilidad social.

Alguien pensaba que el Doctor no había encontrado el alma caritativa que le diera unos bofetones por imbécil. No sé si pensaba mal, pero era un árbol que necesitaba una buena podadura. Como predicador, cuando yo lo conocí era un hombre bien cotizado en la bolsa del mundo. Hombre moderno, predicaba que Job no existió, que el Purgatorio es incierto, que el pecado original nunca pudo

transmitirse, que el Paraíso es un mito, Adán y Eva una fábula, Caín y Abel no existieron nunca, que el ángel no se apareció a la Santísima Virgen, que la Virgen nunca cantó el Magnificat, que el celibato debe suprimirse, que la confesión no es para los niños, etc. Todo esto nutría el comentario de las gentes y de las monjitas que lo escuchaban azoradas.

Como todo intelectual que se respeta, el Doctor era evolucionista. El mismo era un producto de la evolución. Desde el mate y la mazamorra nativos, había evolucionado al desayuno de café con leche del seminario. De allí pasó a algo más complejo con jamón, queso y frutas; más adelante agregó una ginebra barata para los resfríos; vino después el whisky, y ahora, ya personaje, frecuentaba la embajada por el vodka auténtico que le invitaba su amigo. Era un hombre evolucionado.

El Doctor de Lovaina tenía grandes amigos en todas partes.

Hay que insistir sobre el tema del "espíritu del Concilio", habíale dicho uno de ellos, delegado cultural de la embajada de cierto país detrás de la Cortina de Hierro, mientras tomaban café y revisaba la correspondencia de Moscú. El Doctor asentía con leves movimientos de cabeza, mientras buscaba un camino para incorporar sus proyectos a lo que la gente hablaba del Concilio. El Concilio era llevado y traído en toda forma por los periodistas, tejiéndose toda suerte de novelorías.

El delegado cultural tenía sus planes propios, y sabía insinuarse.

-Usted es persona inteligente- decía el rubio hijo de las estepas, experto en guerra psicológica, que había actuado en los llamados

servicios de inteligencia de su país. Su oficio no era buscar aliados, ni siquiera simpatizantes del Comunismo; eso quedaba atrás, y estaba superado. Las nuevas directivas diplomáticas encomendábanle algo más sutil y delicado: dividir el campo católico; crear diferencias; suscitar antagonismo; encender violentas polémicas entre católicos y miembros del mismo país, hacer toda una política psicológica, encendiendo todos los antagonismos capaces de dividir. Era un verdadero experto que conocía perfectamente bien su oficio. No perdía Tedéum ni conferencia semi-católica del barrio Norte.

-Usted comprende- agregó- que la Iglesia no debe quedar atrás; debe amoldarse a la evolución de las estructuras y adaptarse a ellas... Yo, como católico, tengo confianza en lo que usted y sus amigos puedan hacer; es en verdad una lástima -decía, mirando al techo - que aún subsista ese espíritu polémico en algunos grupos de extremistas...

-Los extremismos me revientan - rugía el doctor-. Yo tampoco los tolero.

-Una persona como usted puede polarizar todos los elementos abiertos y de espíritu amplio- agregó el experto en guerra psicológica-. Para reducir el integrismo católico, lo más oportuno es presentar una serie de cosas como "del Concilio" y como "espíritu del Concilio"; creo que fácilmente se plegarían ante lo que apareciera como autoridad religiosa. Sería el alumbrar de los tiempos nuevos.

El erudito lovainense estaba encantado con su interlocutor y

amigo. Coincidía ampliamente con él en la condenación del "nacionalismo" e "integrismo". Lo difícil hubiera sido hacerles precisar en qué consistían esas cosas. La definición y aclaración habrían convenido al Doctor, pero no convenían al avisado delegado cultural de la embajada. El equívoco sembrado en las filas enemigas, los enfrentamientos, eran los principales medios de penetración del Comunismo. El tono amigable de la conversación, casi confidencial, la insinuación deslizada como al azar, el apremio oportuno, la referencia habitual y discreta a las progresistas cualidades del doctor, todo envolvía al pobre clérigo barnizado de sapiente, que se creía un personaje, y lo menos que pensaba era ser ejecutor de un programa que desconocía.

De hecho, el Kremlin había tenido poder para digitar las informaciones católicas, orientar la opinión pública y enfrentarla con una Iglesia deleznablemente presentada.

La opinión pública era orientada en tres cosas concretas. Primero, la adaptación del cristiano al mundo contemporáneo. Segundo, modificación de las estructuras. Tercero, la espiritualidad del laico. Dejando de lado otras cosas también importantes, digamos que esos tópicos interesan vivamente al Papa, a los Obispos, a todas las personas responsables. Pero, ofrecidos al público en forma de noticias, de informaciones, son digitadas por "expertos" y "especialistas" y orientadas hacia soluciones radicalmente opuestas a la vida de la Iglesia. Esos "expertos" en hipocresía y traición presentaban al público lector la imagen descolorida de una Iglesia miserable, que lucha desesperadamente por adaptarse a un mundo

técnico que ya no necesita de Ella. ¡La Iglesia debe reconocer sus pecados! ¡debe confesar sus culpas! ¡debe pedir permiso para vivir en el mundo de hoy! ¡Debe respetar las exigencias de la personalidad humana! ¡debe adorar al Hombre y cuidar de adaptarse a su mentalidad! ¡Debe rendirse a la religión de la técnica, del progreso y del átomo! La Iglesia es habitualmente presentada en estos aspectos negativos, que es como se interpretan los tres tópicos concretos que hemos señalado.

La adaptación al mundo contemporáneo era, según ellos, adaptación al marxismo. La evolución de las estructuras, las actuales instituciones religiosas y políticas deben evolucionar hacia el comunismo; la espiritualidad del Laico debe ser una espiritualidad de la acción, no de la vida interior; su fe, si le queda alguna, será un cierto evangelismo frenético, sin teología y sin repercusiones en la vida práctica, ya que la vida temporal transcurrirá en las "estructuras" marxistas, celosas de la "desacralización".

Son estos algunos tópicos fundamentales que explotaba la prensa progresista, que entraban de lleno en las miras del Doctor. Vile llegar caminando despacio. "¡Vaya!, viene un teólogo, y recibido en una de las más famosas universidades del mundo. Sin duda me va a auxiliar; éste habrá estudiado la caridad, la justicia, lo que se debe al prójimo cuando tiene necesidad grave, o cuando está en peligro de muerte. ¡Por fin!", exclamé para mis adentros. "Éste me puede ayudar."

3 - El Dr. Lovaina iba pasando de largo.

-Venga- tuve que decirle forzando la voz.

-¿Qué pasa?- pregunto el interpelado.

-Soy el hombre- dije- expoliatus a gratuitis et vulneratus innaturalibus (expoliado de los dones gratuitos, y herido en lo natural). Mi cuerpo es una viva llaga; heridas en el cuerpo y en el alma.

Quiero algún remedio; algunas vendas. Deseo salir de aquí donde estoy tirado sin poderme mover...

El Graduado calzóse sus gafas oscuras y comentó:

-El caso es interesante y merece ser examinado desde el ángulo de una psicología profunda, y en una perspectiva de humanismo social.

Yo no pude evitar un gesto de amargo desagrado, que fue captado mi eminente interlocutor.

-No, no- dijo al instante-. Hay que tomar las cosas en serio y buscar soluciones exhaustivas. Por lo pronto, sería oportuno sacarle fotografías; llamar un médico que le haga la historia clínica desde el bisabuelo; que usted le refiera la posición social, política y económica de sus antepasados de tres generaciones por lo menos; si su abuelo se chupaba con whisky o con tintillo; si su progenitor vivió en Barrio Norte o en villa Piolín; someterse a los test que se pueden hacer, y grabar sus respuestas en el magnetófono, sobre todo las respuestas que usted dará al psicólogo especializado. Yo lo miré espantado y mudo.

-Hecho esto- prosiguió imperturbable- podremos determinar lo concreto de su caso comparándolo con otros similares; las conclusiones serán sin duda aporte importante para las ciencias. Después, con su consentimiento naturalmente, daré conferencias en Buenos

Aires, Montevideo y hasta puedo volver a Europa a consagrarme entre los grandes de la sociología contemporánea.

- Consentimiento... -Repetí-, ¡ya estaré en el cementerio!

- No, amigo, hay que ser optimistas; su caso me interesa desde el punto de vista humano. El humanismo es la gran conquista del siglo XX; el humanismo es un pensamiento centrado en el hombre; piensa sólo en el hombre; es un gran acierto de nuestro tiempo; podemos trabajar tranquilo en un plano de antropología concreta y positiva, sin referencias a ninguna verdad inquietante y polémica.

-Pero esa antropología concreta y humanista, que usted admira, ¿no tiene la fuerza de la caridad para levantar al hombre y ponerlo de pie?. La fuerza de la caridad viene quizás de aquellas verdades que son necesariamente polémicas contra el error. Son ellas, y la caridad en ellas, las capaces de salvar.

-Comprendo su punto de vista-dijo el graduado de Lovaina-, pero yo he aprendido a confiar en la ciencia. Por eso creo que sería necesario, antes de adoptar ninguna postura precientífica, un estudio exhaustivo, como le dije, de su estado existencial concreto, o existencial, como querían otros. Volveré -agregó- con un sociólogo, un psicólogo especializado, un fotógrafo y un grabador.

-¿No es usted teólogo y cristiano? ¿No puede hacerme el favor de sacarme de aquí, por el amor de Dios?

-Usted invoca a Dios en un problema de sociología empírica; esto lo resuelve la nueva disciplina Relaciones Humanas; su caso pertenece de lleno a lo temporal. La sociología contemporánea ha excluido lo confesional.

-Es lo último que me queda -respondí-, la fe en Dios; eso ha renacido con mi dolor. Tengo que soportar el desamparo la desolación; no puedo moverme... Y no puedo más.

-Es interesante su caso como fenómeno religioso-tuve que oír-; conozco las experiencias de Kierkegaard.

-A usted no le interesa nada-agregue abatido-, yo creo en Dios.

-Comprendo-repitió otra vez el Doctor, sin dignarse bajar a la realidad por ningún motivo-. Su postura me huele a medioevo. La filosofía moderna no llega al conocimiento de Dios. Concibe un absoluto. Que escribimos con Mayúsculas, para que cada cual intérprete lo que quiera. El absoluto no se demuestra, imponese a la conciencia religiosa como un principio necesario en la economía vital del individuo y de las masas. Pero aquello de probar la existencia de Dios por las cinco vías, está superado...

-Lo que se impone a la conciencia -dije fastidiado- es su pedantería... Un absoluto concedido, que pueden ser o no ser; un principio que puede ser o no ser son entidades lógicas, y su utilidad una simple hipótesis de trabajo. Eso no posee ningún Valor. Usted no puede saltar de lo lógico a lo ontológico, si motivo justificado. La inteligencia parte del ser real y contingente, del movimiento real, y del efecto real; de todas esas realidades, en el orden del ser, es que llega a la suprema realidad de Dios como ser necesario y absoluto. El valor de las cinco vías clásicas es que no le dejan en el camino con un absoluto irreal, que usted no sabe si es real; lleve al absoluto real, a Dios, el Ser subsistente. Un teólogo -agregué más animado- no puede conformarse con meros entes de razón, y debe ir a lo real.

-Usted ¿es filósofo? - preguntome el Graduado de Lovaina.

-No -respondí-, pero Santo Tomás me ha abierto el sentido común para razonar sobre las cosas, y son las cosas el principio de las cinco vías de Santo Tomás.

-Está superado Santo Tomás dijo el Dr..

-Superar- respondíle- es, en todo caso, reemplazar por algo mejor. Aquí no hay ningún reemplazo por algo mejor. Lo que se denomina superación es el abandono de una disciplina intelectual de suyo exigente como es la teología, y lanzarse por caminos más fáciles: los estudios positivos, o la improvisación literaria.

-La teología debe ser " vital"-dijo el graduado, que por lo visto apreciaba sobremanera el simpático y gastado epíteto. Yo ya conocía esa requisitoia contra la escolástica (no estudiada) y guardé silencio-. Se debe empezar - agregó- por una fenomenología de valores religiosos.

-Y ¿para que quiere empezar de tan lejos?

-Lo requiere el hombre moderno- fue la respuesta.

-El hombre moderno debe tener la cabeza como un bombo; todos pegan en él, y hacen ruido. Dígame -agregué-, y este hombre moderno, ¿ para que quiere una fenomenología, o sea una mera descripción de fenómenos religiosos que nada pueden decir del problema teológico?

- ¿Cómo nada pueden decir? - preguntó el Graduado.

- Claro, amigo; cuando el brujo de la tribu invoca al tótem, tengo, como fenómeno religioso, una *acceptio rei* (una cosa) sumamente parcial y limitada, que no pueden fundar un *judicium de acceptis*

verdadero. El tótem no me lleva al conocimiento de Dios ni de la Religión; la referencia es muy vaga.

- Esos latines me ponen los pelos de punta...

- Evidente, los fenómenos religiosos, cualesquiera de ellos, son parciales y limitados. A lo sumo son índice de la necesidad religiosa ínsita en el mismo hombre, o rastro de alguna tradición más primitiva, que entroncaría con los orígenes de la Humanidad. En cambio, partiendo de la Revelación, allí tengo una cosa cierta (acceptio rei) y tengo el sentido de la misma Revelación (judicium de acceptis). Ambos elementos son esenciales para un verdadero conocimiento religioso. Sabe usted perfectamente que nadie pudo interpretar el sueño de Nabucodonosor sino Daniel. Debemos partir de la Revelación, y del sentido de la misma verdad revelada. Los sabios caldeos tuvieron la fenomenología; Daniel, el saber.

El doctor me miraba y dio una vuelta completa a mi alrededor. En realidad, nunca se había preocupado mucho por la Teología; el ambiente en que vivía tampoco se lo pedía. Entonces volvió a la carga con lo que le preocupaba:

-El hombre moderno pide, sin embargo, que tomemos como punto de partida el ateísmo...y desde allí llegar al espiritualismo. El hombre moderno es espiritualista -agregó, situándose en un terreno más conocido para él.

-Si podemos lisonjearnos que el hombre moderno es espiritualista, y no positivista o ateo, no debemos descansar hasta que no vea en la vida sacramental de la iglesia la única fuente de espiritualidad verdadera; la verdadera espiritualidad es la de la gracia divina,

donde está la salvación. El verdadero problema urgente para el hombre actual es el problema de su salvación; el problema de la gracia divina, que es la mano de Dios, llegándose misericordiosamente hasta su creatura caída, para salvarle.

Pensó el graduado que no debía amilanarse, y volvió a insistir con la fenomenología.

-Bueno-dijo-, estoy de acuerdo, pero conviene partir de una plataforma común con protestantes, judíos y disidentes en General. Por eso debemos partir del hecho religioso en sí mismo, para desembocar en la libertad religiosa, sin las polémicas del pasado. La teología que usted propicia no suprime las polémicas.

-La teología-respondí a mi ocasional interlocutor-tiene por sí misma puntos de partida comunes con protestantes y judíos. Con los judíos tiene el antiguo testamento; ¿qué más quiere? La teología del antiguo testamento es algo prácticamente inédito; no se cultiva suficientemente. Se hace mucha filología e historia, pero muy poca visión teológica. En cada uno de los libros es necesario captar la intención del Autor inspirado, bajo el carisma de la propia inspiración. Si católicos y judíos estudiáramos más la teología del Antiguo Testamento, entonces no podríamos dejar de ver cómo el Antiguo se proyecta en el Nuevo, y como todo confluye en Cristo y su iglesia. Pero si el católico se une al judío por la democracia, o se le opone por un malentendido patriotismo, en ese caso se unen en falso, y se oponen también en falso. Si el judío renuncia al antiguo testamento y se hace evolucionista, laicista o sionista, entonces no hay posibilidades de unidad. La unión en el evolucionismo o en la

democracia será siempre algo falso y perjudicial. Similar en el problema con los protestantes. La unión no es ir a tomar café con el Pastor de enfrente. La unión debe provenir del estudio del nuevo testamento, la tradición y otros puntos comunes. No debemos forjar falsas uniones ni falsas plataformas de unificación.

-Estoy de acuerdo- respondió lovainense-. Pero la escolástica es en sí misma agresiva y terminante; carece de la movilidad que requiere el pensamiento moderno.

Al oír semejante cosa, me llené de indignación; con voz entrecortada le dije algo sobre la teología, algunas características suyas. Después he reconstruido lo que entonces dije, y lo transcribí enmendado en unas cuartillas. Eso es lo que pongo a continuación:

ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LA TEOLOGÍA

a) Es sabiduría.

Es la sabiduría de Dios comunicada al hombre. El concepto adecuado de Teología arranca del saber de Dios. De allí lo saca Santo Tomás en el prólogo de su comentario a las sentencias de Pedro Lombardo.

Dios, por su sabiduría, plena y perfectamente se conoce a sí mismo, y en Sí mismo conoce todas las cosas.

El saber es común a las tres divinas personas; la sabiduría personal, donde el Padre dice todo lo que él es, y que posee todos los tesoros de la sabiduría de la ciencia, es el Hijo. Por apropiación el Hijo, el Verbo, es la Sabiduría.

Por esta Sabiduría se manifiesta lo escondido de los divinos

misterios; la producción de las criaturas; su restauración y perfección.

Todo lo que de Dios conocemos, la manifestación de la Trinidad, la encarnación, el pecado y la vocación sobrenatural del hombre, la iglesia y los sacramentos, todo proviene de la Sabiduría: “nadie conoció al Padre sino el Hijo, y a quien el Hijo quisiera revelárselo” (Mt. XI, 27).

Dos formas de comunicarse: una por la encarnación, comunicación visible, conviviendo con los hombres, predicando el Evangelio del Reino. La otra comunicación invisible es la misión invisible:

La misión invisible del Hijo, dice Santo Tomás, es por los dones que pertenecen al entendimiento; y precisamente según estos dones es como se entiende la misión del Hijo, y por eso dice certeramente San Agustín que el Hijo es enviado cuando de alguien es conocido y percibido, puesto que la percepción significa cierto conocimiento experimental, y este conocimiento se llama propiamente sabiduría (I, 43, 5, ad Im, ad 2m).

Sacamos de esto que la Sabiduría se comunica en la creación, la reparación, y la contemplación frutiva de las criaturas reparadas en su consumación escatológica y final. Antes de llegar a este final, tenemos en el mundo una participación en la fe y en la inteligencia de la misma revelación, objeto de la fe.

Es verdad que la teología es ciencia humana; pero tiene su sede en la Revelación. El discurso humano tiene el encargo de no modificar la Revelación, sino de explicitarla, desarrollarla, dando, al decir del Concilio Vaticano I, una cierta inteligencia de la fe.

b) Es doctrina sagrada.

Otra característica de la teología es ser doctrina sagrada, o si se prefiere, pertenece a la doctrina sagrada.

Sagrada viene de sacro, separado, santo. Lo sacro es lo propio de Dios, secreto, místico, recóndito.

Uno de los males fundamentales de nuestro mundo moderno es haber laicizado todo, reducido todo a lo profano. Debemos recuperar lo sagrado, tener conciencia del misterio en que estamos instalados por nuestra gracia bautismal.

Lo sagrado se distingue de lo profano. Lo profano es visible, tangible y claro. Lo profano no es de Dios; es de la creatura, aún de la creatura angélica. El monte elegido por Dios para hablar a Moisés es santo, y nadie puede acercarse a él.

La Teología, doctrina sagrada, quiere decir que pertenece a Dios.

Su objeto, o sea, la materia de la cual trata, es el misterio sobrenatural y, como tal, no accesible a las solas fuerzas intelectuales de la creatura. La expresión misterio sobrenatural es técnica, para expresar algo primitivo de Dios, como la trinidad de personas, la encarnación, algo que la creatura alcanza solamente por Revelación.

c) Es doctrina revelada.

Revelada quiere decir manifestada. Revelada por Dios: entregada por Dios a los hombres. Esto necesita aclaración.

La teología es un saber vinculado a la revelación o manifestación del misterio de la deidad. La revelación la tenemos en los libros de la sagrada escritura y en la tradición. Desde el Génesis hasta

el Apocalipsis se desarrolla la Revelación divina en torno a la redención del género humano, en sus tres grandes momentos históricos: la preparación, la realización y la consumación escatológica. Todo eso abarca la revelación divina.

Distinguimos: la revelación formal, o sea, lo formal y propiamente revelado, objeto de la fe; lo virtualmente revelado, objeto de la teología.

Lo que hace la certidumbre de la fe es la suprema garantía de la autoridad divina que revela. La certidumbre de la teología es que las verdades o conclusiones teológicas están verdaderamente implícitas en la revelación formal. La teología es una ciencia humana; pero su materia es la revelación, y se encarga de mostrar al hombre toda la plenitud de la Revelación.

La teología recibe de la revelación formal los datos fundamentales, que deben dar pie al razonamiento teológico; este razonamiento ordenado siempre a la contemplación del misterio, es lo discursivo o constitutivo de la ciencia teológica. Los teólogos comparan aquellos datos de la relación formal con los datos de la intuición.

Por ejemplo, Santo Tomás elabora la teología trinitaria en la Suma, a partir de las nociones de procesión, relaciones y persona. Estas nociones que figuran en la Escritura se aplican teniendo en cuenta la trascendencia del ser divino, la simplicidad y unidad de su naturaleza.

d) Explicación del mensaje de salvación.

Por influencias del protestantismo se ha pretendido crear un

abismo entre la teología y el Evangelio.

"En nuestros días -escribe un teólogo- se ha afirmado repetidas veces que una teología tan parecida a la metafísica y tan alejada de la Escritura como ésta no es ya capaz de servir a la predicación viva del mensaje de la salvación cristiana (Nikola Monzel, El cristiano y la teología, pág. 46, 1962, Madrid).

Aunque existe una teología de manuales, como dice Rahner, que haría pensar en esto, sin embargo la dificultad carece de fuerza para todo aquel que tenga algún contacto con Santo Tomás.

La teología es explicación de la Escritura; es el hombre explicándose el Evangelio, o sea, la revelación. La palabra revelada o consignada en la tradición de los Padres es la prueba decisiva en cada uno de los artículos de la Suma.

La teología es "la ciencia de los santos". Es conocimiento de Dios; de la trinidad donde el hombre tiene su bienaventuranza final; conocimiento de Cristo, por quien vamos al Padre; de la Santísima Virgen; la Iglesia; los sacramentos. En la parte moral tratamos de la gracia, las virtudes, dones, el pecado, etc.

Todo esto se sintetiza en el Evangelio. Pero el hombre individual no puede sintetizar tan diversos elementos sin mediatizarlos a todos y omitir algunos.

Solo después de estudiar cada uno de los diferentes tratados y de estudiar los comentarios a las Espístolas de San Pablo en Santo Tomás, es posible pensar en una integración que no sea una destrucción. No puede resumirse la flora de una región si no se conocen los árboles.

Pero puede decirse que a veces los teólogos han caído en una tentación de excesivo racionalismo, porque no han tenido suficientemente los datos de la revelación. Esto es cierto, pero no hay que caer en el extremo opuesto de un pseudo evangelismo empírico, que omita precisamente gran parte del mensaje de salvación.

4- Tal es lo que escribí entonces. Tengo conciencia de haberle dicho al Graduado algo semejante. Sobre todo, lo que creo que le expliqué bien fue el carácter de explicación de la revelación que posee la teología.

-El mundo necesita de la Teología agregué-; no esa teología "adaptada" al mismo, tan adaptada como desvirtuada. El mundo necesita una Teología a la que pueda adaptarse. No es la Iglesia la que debe adaptarse al mundo sino el mundo a la Iglesia. Es necesaria una Teología de la Fe, sin ablandamientos; de la Esperanza, sin miramientos para el mundo; de la Caridad, que todo pretenda abrazar en el amor de Dios, sin perdonar nada.

-En Lovaina, la Teología está muy evolucionada -dijo el Graduado-. Hemos redescubierto a Lutero, hemos redescubierto a Calvino, y hemos llegado a una amplia comprensión del humanismo marxista. El Obispo no me acepta estas cosas, pero están extendidas por Alemania, Francia del norte, Suiza y los Estados Unidos... es una nueva visión de aquellos tenidos como herejes, para ver lo bueno que poseen y sus aportes a la civilización.

- ¡Bueno! - le dije-. Usted me propone aquí una nueva cuestión, que no es ya la de la existencia de Dios y las cinco vías. Sobre tal asunto ¿qué le diría el cardenal Mercier? Él quiso, según entiendo,

la vigencia de la doctrina católica y la defensa de la iglesia. No quiso el ablandamiento de la fe ni la absorción de la iglesia por el mundo. Ya conozco tales redescubrimientos -agregué, animándome un poco-. Son horribles, y son en gran parte culpable de la gran crisis que padece la iglesia. El redescubrimiento envuelve una implícita retractación. Nos retractamos de la condenación del error; pedimos perdón por haber proferido alguna palabra contra la herejía. Toda herejía lleva consigo verdades; no existe el error absoluto; la herejía prepara su aceptación presentando su flanco favorable; cuando el católico está dispuesto a aceptar, mediante una hábil propaganda, aparece la herejía presentando (como decimos) esos flancos aceptables. Ellos hacen como de cascara o de membrana envolvente, para facilitar el paso de todo. Las doctrinas son totalidades; cuando la totalidad es mala, lo que poseen de bueno viene y contribuye también al mal.

-Usted no están en el pensamiento moderno- dijo mi interlocutor.

-No estoy en un pensamiento de muerte. Es aquí en el dolor cuando voy descubriendo el mensaje católico, de la única y verdadera iglesia. Yo creo en la fe, en la gracia de Cristo y en la iglesia, cuya cabeza es el Papa, vicario de Jesucristo en la tierra. En ella me salvaré. Los hombres deben ser llamados a Ella, que es verdadera Iglesia.

Había hecho un gran esfuerzo para hablar. Estaba todo extenuado; cerré los ojos un instante; diome un desvanecimiento y ya no supe más. El erudito de Lovaina quizás siguió el viaje. El tam-

bién iría a la reunión de la liga. Quedé sin saber si volvería, como lo había prometido, con el psicólogo y el fotógrafo, para sacar material suficiente para sus conferencias humanistas y sociales.

Demás está decir que volví a quedar en la soledad. Invadióme el silencio y la calma. La conversación con el graduado me había excitado un poco; en el desvanecimiento tuve una suerte de descanso. La Fe que había confesado penetraba dulcemente en los senos de mi alma.

EL BRAHMAN

1- Era un Brahmán de la India y había sido invitado especialmente para la reunión de la Liga de los Derechos del Hombre y Defensa de la Democracia.

Consignemos algunos datos sobre su persona. El Brahmán fue un muchacho hindú, educado todo el tiempo de su infancia en las tradiciones familiares y propias de su casta. Al llegar a la juventud, su Padre que era sin duda un hombre de fortuna, decidió enviarlo a la universidad de Oxford, una de las más famosas de Inglaterra. Allí debía cumplir, según el plan paterno, un proceso de asimilación de la cultura occidental; no era nada de extraño, por el alto prestigio de que gozaba en las clases superiores de la India, por influencia inglesa. Todos los hombres acaudalados de la India mandaban por ese entonces a sus hijos a las universidades europeas, y particularmente a Cambridge u Oxford.

Provisto de las ilusiones paternas y de las suyas propias, nuestro joven partió del oriente y se puso en viaje hacia occidente, desde dónde venía el progreso, el confort, una valoración del placer sensible y de la actividad, desconocidos en los austeros dominios del brahmanismo. El viaje obedecía, según el boletín informativo familiar, al intento de completar su formación.

Indudablemente que era necesario completar aquella formación.

Para el alma del joven oriental, cristianismo y occidente eran la misma cosa; no veía una línea de demarcación; contaba entonces 20 años, y todo bullía confuso en su mente. Siempre conservó el amor a sus tradiciones familiares del Himalaya. Los altos montes, el Ganges majestuoso, las quebradas entre las montañas, la inmensidad de los bosques centenarios, el silencio misterioso de la selva, las hazañas legendarias de bonzos y fakires, constituían un todo que él amaba y alimentaba sus sentimientos religiosos, aún en el seno del paganismo.

El Occidente pesaba, como es de imaginarse, en el indio evolucionado que era su padre, y por tal motivo había decidido enviar su hijo a Oxford, la antigua y famosa universidad.

El joven fue a Oxford en plan de occidentalización. Allí estudio golf, equitación, literatura inglesa y filosofía moderna. Para la imaginación del muchacho, estas cosas constituyeron la primera representación de la vida occidental y aún... del cristianismo. No eran por cierto cosas muy propias ni representativas; pero los hechos hablaban, y la Europa del siglo veinte distaba mucho de ser la del siglo trece, sobre todo en aquellas regiones donde había crecido la civilización técnica. Queremos presentar una imagen objetiva, sin deformaciones. Entre el golf, la filosofía moderna, la verborragia y el activismo, el oriental fue un hombre escandalizado, tentado de fatuidad y víctima de una enfermedad de escepticismo. Apenas pasado el canal de Suez, digamos, para poner un límite, creyó entrar en un mundo de niños o de locos. La vida se le presentó como una superficie sin misterios.

Lo cotizado era la diversión, el turismo, lo que se denomina el gran mundo. El, por la posición de su progenitor, tendría las puertas abiertas de ese gran mundo. Sus primeros encuentros con Occidente fueron de escándalo, es decir, lo malo se le presentaba como bueno, haciéndose pasar por tal. ¿Qué podían decirle a un hijo de la sabiduría india los Derechos Humanos de la O.N.U o las cuatro libertades de aquel presidente norteamericano? Si el occidente cristiano no tenía nada más en que ocupar su atención, el cristianismo era bien poca cosa. Nuestro hombre, lo hemos dicho, identificaba Occidente y cristianismo; no llegaba a distinguir la levadura de la masa, ni podía separar la buena hierba de la mala.

La primera oleada de decepción y de indiferentismo religioso recibióla siendo estudiante, al comprobar que "el mundo cristiano" era activista, progresista, evolucionista, que se jactaba de la técnica y de las comodidades; no conocía para nada el valor de la ascética. Este mundo "cristiano" - habíale escrito a un amigo de Nepal- es tan religioso como un caballo. La misma piedad que puede pedírsele a un buen equino que corre en Epson, es la que aquí se vive. Nadie habla de oración - proseguía la carta - nadie se preocupa por la contemplación. Hay un tiempo que denominan la cuaresma; parece que fue un tiempo religioso y de penitencia; ahora nadie se preocupa por él.

En tales términos estaba redactada la carta; después proseguía contando sus progresos en el tenis, en el golf, en la natación y en la filosofía. La importante casa de estudios vivía de su tradicional prestigio, y de sus profesores inamovibles, consagrados a su mate-

ria. El joven había venido a tierras de Occidente preguntando por algo muy serio que quedaba sin respuesta; preguntaba por la preponderancia de Occidente; por aquel misterio que le había valido una gravitación única y singular en el mundo.

Fuera del ambiente escolar, el primer contacto concreto con el mundo occidental fue en el mismo Oxford. Un día fue invitado a tomar té a casa de una vieja señora inglesa, esposa de un coronel de la India, que había cultivado algunas relaciones con su familia.

"Ahora voy a ver una casa cristiana", díjose el joven para sí. Fue con la ilusión de sorprender la intimidad de un hogar propiamente cristiano. Entrado en la casa, encontróse con una señora de avanzada edad que tomaba té y criaba cuatro gatos y dos perritos; anglicana, espiritista, vegetariana, secretaria de la Liga Mundial Protectora de Bestias Pacíficas (animales domésticos), era una admiradora de Mahatma Gandhi y del filósofo Rabindranath Tagore. Al entrar el indio, la vieja leía la Biblia y acariciaba un gato.

Después de las palabras usuales de cortesía, el joven se fijó en la Biblia.

-La Biblia habla de Cristo -comentó, a modo de introducción.

-Si- respondió su interlocutora-, fue un gran hombre que murió incomprendido; después sus discípulos fundaron el cristianismo.

-¿Así que no lo fundó el mismo Jesús? - preguntó inmediatamente el joven.

-Eso es cosa de curas -dijo la señora fastidiada-; uno dice una cosa, y otro dice otra. Los anglicanos creemos lo que manda el gobierno. Yo, personalmente, me atengo a lo que me dijo el espí-

ritu de Julio César.

-¡Qué merengue! -comentó entre sí el joven brahmán. La señora seguía acariciando su gato predilecto, mientras otro jugaba con un ovillo de lana que había caído al suelo.

-Usted no me va a creer -dijo mirando al gato-, en estos animalitos están los espíritus de nuestros antepasados; por eso me lavo las manos con alcohol. Sí -agregó-, otros días pasados recibí la visita de un amigo de Buenos Aires y me confesó que en aquel que juega con el ovillo le parecía descubrir la fisonomía de Rivadavia, un prócer que tienen por allá.

La ilustre dama habló de muchas cosas; había viajado por todo el mundo. El brahmán la observaba, quería descubrir en todo aquello dónde estaba el misterio del mundo cristiano, del que tanto le habían hablado. Vacilaba; dábase cuenta que estaba hablando con una señora, que al fin y al cabo no era un filósofo. Pero él habría querido sorprender el cristianismo en concreto, fuera de las cátedras y de los púlpitos, ajeno a todo convencionalismo. "Todas las religiones son iguales", habíale dicho la dama; "los cultos son como una democracia parlamentaria". El joven brahmán meditaba en ese concepto de religión que le presentaba el mundo europeo; en éste concepto coincidían aún los profesores de la universidad. El cristianismo -pensaba- tiene que haber perdido su misterio; no puede ser que haya sido siempre así y que haya perdurado como un mosaico de cultos convencionales; de no tener unidad interna, habría desaparecido...

Por lo pronto, lo primero que vió en el cristianismo con el cual

tomó contacto, fue una religión sin misterio; una cosa vulgar que se proseguía por convencionalismo, sin verdadera convicción. Otros contactos vinieron después, que dejaron en el alma de nuestro joven un penoso saldo de escepticismo.

2 - En el momento de encontrarse conmigo, el joven ya se había convertido en un hombre: un hombre que había viajado mucho, y que conservaba su amor por la India legendaria y las seculares tradiciones de su casta. Los viajes por un Occidente técnico y sin misterio habíanle engendrado un profundo menosprecio por estas partes del mundo y un escepticismo no menos grave. Pero cuando llegaba la ocasión sabía hacer valer su condición de oriental para pasar por personaje.

Como dijimos al principio, fue invitado a participar en la reunión de la Liga. El Occidente, exótico y bastardo, quería dar vida y poder dominar lo que se lo escurría entre los dedos. Las taras del mundo moderno éranle bien conocidas al brahmán, que sentíase halagado de poder intervenir en tal asamblea donde su palabra adquiriría singular resonancia. Enteramente sincero, hubiera rechazado la invitación; pero la educación de Oxford y su paso posterior por otras universidades europeas habíanlo "ablandado" y dispuesto para el diálogo más o menos inútil, en que se entretiene la vida europea y americana.

En su camino, él también encontró al Hombre. Habitado con todo a la meditación, aproximóse más al herido y comprendió sus dolores.

- Vuestro dolor comienza en el espíritu -comenzó diciendo-.

Puedo lavar algunas de tus heridas pero no todas -aplicóse en el acto a remediar algunas de mis heridas más notables y experimente una notable mejoría-. Algunas tienen raíces muy profundas -agregó-, penetran en el fondo irreductible del misterio.

El brahmán no me daba ninguna charla; en silencio me hizo alguna medicación; pero había algo que él no podía.

- El misterio es sagrado -prosiguió-; está en manos de Dios, no del hombre... Nosotros, por las purificaciones del corazón llegamos hasta las puertas del Misterio; pero no pasamos adelante. Parte de la Sabiduría es comprender sus propias limitaciones.

- Tu sabiduría es muy alta -dije reconfortado-. Recibo en mi alma como una brisa saludable.

Mientras yo le miraba con gratitud, el brahmán cruzaba su mirada con la mía. El saber recogido en las tradiciones del Himalaya aún tenía algo que decir al Hombre. Mostrábase satisfecho. Pensaba en el privilegiado Occidente, en lo que había recibido de Dios, y que era, sin embargo, vanidoso como una mujer y estúpido como un cocodrilo.

Ahora, ya hombre maduro, el Brahmán sabía bien que el mundo europeo tenía una Sabiduría; que había sido teatro privilegiado de un inmenso misterio; ¡que el Misterio por excelencia había sido confiado por Dios a esas tribus de bárbaros, para mostrar su divino Poder! Sin embargo, el Occidente desconocía ahora su misión y su grandeza, y se entretenía vanamente en arrojar grandes palabrotas, una y otra vez, por los micrófonos y las linotipias.

- El mundo que todos convenimos en llamar civilizado -díjome

el Brahmán- no se preocupa por Dios. La Historia Occidental lucha contra Dios, de Quien ha recibido el Don divino. Todo el esfuerzo de las últimas corrientes teológicas es por la laicización de la vida, por prescindir de la Revelación. Quieren el Mensaje suspendido en las nubes para que no baje al mundo. ¡Quieren alejarse de Dios!

Este pensamiento hizo estremecer de espanto al alma del oriental. La visión de una Apostasía heló sus huesos. Habitado a la meditación en los montes de su patria, no podía llegar a comprender a este hombre frívolo, inquieto, insensato y pueril.

Así como el siglo pasado ocupóse excesivamente de la Ciencia y del Progreso (ambos con mayúsculas), nuestro siglo se preocupa excesivamente de la persona humana. La dialéctica antitotalitaria, justificada contra los regímenes políticos absolutistas, una vez vencidos estos en la última guerra volvióse contra la doctrina de la Iglesia, concebida como otro absolutismo. La defensa de la dignidad de la persona humana ha hecho despertar los viejos esquemas dormidos del liberalismo, que ha tomado por su cuenta y a su modo dicha defensa. Es curioso observar como estos apóstoles "cristianos" de la dignidad de la persona humana favorecen al comunismo, precisamente donde tal dignidad desaparece.

La dignidad de la persona humana es una dignidad de creatura, y no absoluta - divina. El hombre debe obediencia a Cristo Redentor, a la Iglesia, a los principios de derecho, natural y positivo que rigen la convivencia humana. Esta obediencia es connatural al hombre, como ser individual y ser social. Las instituciones humanas deben también obediencia a la ley divina que viene de la Cruz.

Olvidados de estas verdades, propálanse errores sobre la libertad de culto, tolerancia religiosa, justificándoselos como una exigencia de la dignidad de la persona humana. Una cosa es la tolerancia del culto privado (plano de la justicia distributiva), otra el culto público y prosetelismo, que afecta al bien común, como es otro el plano de la virtud de religión.

La "coexistencia pacífica" con los hermanos separados no es el sumo bien; la concordia, causada por la caridad, une los corazones en algo único que es principalmente el bien divino y secundariamente el bien del prójimo (II- II, 37, 1). Buscar la concordia es procurar tal género de unión, y no una unión que es discordia y separación del bien divino. Por otra parte, el Señor ya previno a su Iglesia, en la persona de sus apóstoles, que iba a discordar del mundo y que el mundo la iba a odiar (Juan XV, 20). La convivencia es una cuestión práctica muy concreta, que resuelve la prudencia en cada país, teniendo en cuenta sus propias modalidades. Lo que debe pedirse a los católicos es confesar sin ambages y sin simulaciones la única y verdadera Iglesia, católica apostólica y romana. Fácilmente pasamos de la convivencia o "coexistencia pacífica" con los disidentes al sincretismo religioso.

El Brahmán era un hombre escandalizado por la religión de los occidentales. Al pasar junto a mí, ya empezaba a comprender mejor el misterio cristiano. Pero no daba el paso de su conversión; precisamente, gravitaban en su corazón los decepcionantes primeros encuentros con este mundo nuevo, al que había venido de jovencito, por empeño de su padre.

Debieron pasar largos años para que se quebrara en su alma la primitiva imagen de frivolidad que se había formado. Solo después llegó a descubrir el misterio "escondido a los sabios y prudentes del mundo y revelado a los pequeños".

EL POLÍTICO

1- Venía en medio de una muchedumbre, casi todos sexagenarios, analfabetos, semianalfabetos, y algunos hasta académicos de Letras, Historia y Geografía. La multitud seguía al Político sin saber por qué; algunos llevaban alguna minúscula razón en el bolsillo y la escondían de la vista de los demás. El Político engañaba a todos, y cada cual se engañaba a sí mismo y engañaba a su vecino. Una nube de ilusiones cubría la multitud y el Político era ducho en tirar los hilos de la ilusión como en un juego de marionetas. La multitud no hablaba ni razonaba; aplaudía y gritaba, daba vivas y mueras; nadie entendía nada ni a nadie.

El Político no me vio: llegó a mi lado, tropezó con mis piernas y no supo que me pasaba por encima. Iba absorbido por la multitud, a la que arrojaba a granel palabrotas horripilantes, que la multitud recibía con alborozo.

Estaba en plena carrera política: la carrera política es un ir y venir de la multitud a sí mismo, y de sí mismo a la gente, para adiestrarse en el engaño y para acostumbrar a la gente a recibirlo sin protestar. La carrera política es adiestrarse para llegar a cobrar emolumentos dignamente sin trabajar, y que nadie le pida cuenta. En el país del Político, la carrera política proporcionaba otras gangas:

automóvil gratis, nafta oficial, chofer oficial, giras oficiales con viáticos de la misma índole, cancelación de impuestos y cargas fiscales, negociado no muy visible, y aún, si la suerte no le era muy propicia, se terminaba en un fastuoso exilio, todo pago por los dineros del pueblo. La carrera política era por eso una actividad codiciada por los jóvenes, letrados e iletrados; todos tiraban la taba para ver como salía.

El Político decía conducir la multitud, pero la multitud lo conducía a él. Él espiaba para adivinar sus movimientos; quería saber a donde quería ir, y según eso, daba sus órdenes que eran recibidas con ruidosas aclamaciones. A veces interpretaba a la multitud. Por ejemplo, cuando aquella quería simplemente bienestar, el Político mandaba descabezar a los ricos. La multitud quería descabezar los altos precios; el Político prometía descabezar los altos personajes. La multitud quería vida barata; el Político se hacia él la vida barata. Si la multitud protestaba y gritaba, él la ataba al carro del Presupuesto. Conducíalo la multitud, y él la arengaba escuchándose a sí mismo, y llenando sus orejas de satisfacción. Vi aquellas ávidas de sus propias voces; las vi crecer para absorber todo; vi sus bigotes, su peluca y su estampa estafalaria. La multitud no entendía ni veía nada, no oía mas que ruido. Era el destino de la multitud; así la había hecho y la quería el Político. El Político no veía jamás al hombre; solamente gustaba de aquella masa informe, que él había promovido y que no pensaba modificar. El Político la quería de esa manera, amorfa e inorgánica; sin embargo, intentaba por todos los medios y quería rabiosamente que fuera la Mayoría.

A pesar de mi postración me daba cuenta de todas esas cosas. Con los discursos del Político la multitud había envejecido. Cada palabra de aquel provocaba la aparición de una cana; todos encanecían y se avejentaban de una manera atroz por los discursos del orador. Vi jóvenes que iban encorvados, y viejos con sólo el esqueleto. Parece también que habían perdido el sentido de las cosas. Un académico de Geografía preguntó a su colega de Historia, donde estaban.

-No importa -contestóle el historiador-, vamos a poner una placa porque éste será un lugar histórico; pasaremos invitación al gobierno.

El geógrafo quedóse pensativo, sin resolver su problema de amor propio y se puso a contemplar la tierra.

-Vamos a buscar nombres para la comisión -dijo un tercero-; si se va a poner una placa hay que nombrar una comisión.

-Primero resolvamos el problema de donde estamos -dijo el geógrafo-. Con una azada podríamos buscar entre la hierba un meridiano, por lo menos eso.

-Históricamente -dijo su colega de Historia- se ha encontrado por aquí un casco de cruzado...

-Eso me huele a nazi -replico el geógrafo-; no me gustaría que hubiese placas recordatorias por aquí de ninguna clase.

-Se puede poner una apropiada para el Político -dijo el colega de la Academia de Letras- y nadie la puede confundir.

-¿Cuál? -preguntaron varios a la vez.

-Poner un epitafio -respondió el interpelado-. Aquí yace el Pue-

blo, el Honor, la Patria; cualquiera de esos andaría muy bien.

Académicos y terceros callaron. El Político hablaba sin cesar. A pesar que todos envejecían como hemos dicho, el Político se dirigía "a la juventud"; todos tenían hambre, y el Político repartía derechos y libertades; todos eran víctimas de los usureros, pero el Político les llamaba Pueblo soberano; los borrachos se tambaleaban, el Político les llamaba austeros repúblicos; algunos milicos integraban la multitud, el Político los llamaba niños privilegiados; a los nuevos ricos, descamisados.

Por una curiosa anomalía el Político veía la multitud sin ver a los hombres. El hombre singular para él no existe; no le interesa su salud, enfermedad, su alegría o su tristeza. Él solamente tiene en cuenta la multitud; vive en función de la muchedumbre, a la cual arenga para que le sigan.

En un momento dado escuché que le dijeron: "Hay un hombre herido a la vera del camino". El Político no se inmutó. ¡Que podía importarle un hombre moribundo, enfermo, sin recursos!

-El hombre es libre -respondió-; le hemos dado libertad, igualdad y fraternidad; sobre ésta trilogía se asienta la felicidad de los pueblos y la vigencia de las instituciones republicanas.

-¡Muy bien, muy bien! -vociferaba la muchedumbre. El Político se encendió con estos aplausos.

-Las conquistas democráticas -dijo- son para el Pueblo; las libertades son carne de las multitudes, achuras sobre los flancos de la Historia. Son el viento que sopla sobre las brasas de las contiendas cívicas, manteniéndolas encendidas, llenas de ínclito

fervor.

-¡Viva...! -gritaban todos. El Político sostuvo la peluca, porque casi se le cae al suelo.

-Distribuimos las libertades sin exclusivismos, como quien distribuye tomates, sin compromisos con las oligarquías decadentes. Nadie puede pedir atención especial - siguió diciendo-, hemos desterrado la época de los exclusivismo; a la política de castas hemos sustituido la apertura democrática; a la singularidad de las personas la universalidad de los pueblos.

-¡El hombre se muere! -dijo alguno-. ¡Está herido en el camino!

-La democracia -aulló el orador- es cuna de la inmortalidad; no puede existir el mal ni heridas bajo el cielo de la República, desde que hemos desterrado todos los totalitarismos...

-¡Muy bien! -Interrumpieron varios-, ¡Muy bien!

El Político no sabía más, y no entendía otra cosa que sus sonoras palabrotas a la multitud.

-¡Vamos! -dijeron por fin unos cuantos y todos se pusieron en movimiento y se alejaron dando aullidos hasta perderse de vista en el camino.

EL PROFETA

1 - Llamábanle así las gentes sencillas. Era un ermitaño que vivía en las montañas entregado a la contemplación. Su habitación era una cueva y en el fondo de la misma, una gran cruz recordaba los misterios de la sagrada Pasión del Redentor; la imagen de la Virgen hacía presente el misterio de la divina maternidad y la bondad de Dios para con sus elegidos. Era un hombre de Dios.

En esos tiempos de Humanismo y "desacralización" era la sola respuesta afirmativa que había recibido el llamado de Dios para entrar en la soledad, y gustar de las cosas divinas. El Profeta era un alejado de los círculos religiosos donde actuara, por la profunda crisis que pasaba la Iglesia. Dentro de una eufórica exaltación de modernidad y progresismo, vivíase una profunda derrota. Debíase tal actitud a su confianza en el único remedio: la oración y la penitencia. Decidió retirarse a la cueva donde habitaba; allí obraban los dones de Dios y su celda solitaria era casi el único lugar en la tierra que alegraba la mirada de los ángeles.

No diremos que el Profeta vivía totalmente alejado del mundo. Había recreado el mundo desde una perspectiva de eternidad. Su mundo era la Tierra Prometida, donde se llega pasando por el Desierto. Era el mundo del Siglo Futuro, que vive bajo el Príncipe que lo ha conquistado.

No vivía el Profeta en el mundo que reconoce el principado de Satanás. No era su mundo el de los horizontes sombríos donde las cosas se pierden como en inmensa fosa sepulcral. Las cosas tenían para él un mensaje de vida, como lo tenían para San Francisco de Asís; las piedras y los árboles entonaban el cántico de David; los cielos cantan la gloria de Dios.

Sumido en el éxtasis, después de larga oración, el Profeta había visto y reconocido al Hombre. Viólo golpeado y herido; vio aparecer toda la historia de este ser paradójal, con el telón de fondo de la misericordia de Dios. No solamente vio sino que, movido por la caridad, decidió ponerse en camino y llegar a mi lado.

Mientras tanto, yo, el Semivivo, quedé solo en el camino. La noche iba avanzando y pensé en la soledad, que iba a morir. En la Posada discutían acaloradamente sobre los Derechos Humanos; sobre el tema se habla siempre y el hombre no tiene auxilio de ninguna clase y debe morir desamparado...

Hubo un momento en que creí ser algo divino; elevé contra el cielo mis derechos y prerrogativas... "¡Que venga la Evolución - exclamé delirando- a cambiarme y dignificarme!" Después volví un poco en mí mismo. La fiebre me consumía y terrores mortales invadían mi espíritu. "¡Oh! - exclamé delirando de nuevo-, ¡Que vengan el Progreso y la Ciencia, a formar aquel universo en que había dejado de ser creatura!"

2 - El Semi-Vivo entró en su corazón; penetró en otras perspectivas donde otras veces había temido entrar. Descubrió que tenía puertas cerradas, que nunca o casi nunca había franqueado. El

dolor, la proximidad de la muerte abrían esas puertas, destruían los celos, quitaban los vanos prejuicios, mostraban lo casi inédito. Poco a poco el Hombre entraba en plan de franco reconocimiento consigo mismo.

La noche llegó como otras veces, pero para el Semi-Vivo era distinta. Aparecieron como siempre las primeras estrellas; una suave brisa mecía las copas de los árboles; algunos animales pasaban lentamente, no sin detenerse y mirar. Todo acontecía igual en el orden de la naturaleza.

El Mundo también había pasado, con su propio desorden. Indiferente a sus heridas, buscando en las mismas un placer estético o literario; las torturas, físicas y espirituales, no servían más que para el cine, la novela, o para material de conferencias...

Desde sus órbitas opacas, contempló el Semi-vivo la aparición del lucero vespertino; las moscas le importunaban en la piernas inmóviles, mientras otras, que no podía espantar, rondaban por su nariz y por su boca. "Esa estrella -pensó torturado- mañana brillará sobre mi cadáver. Seguirá alumbrando la vida de este mundo, del que yo habré desaparecido para siempre. ¡La vida!, ¡la vida!, ¡efímera exaltación y derrota definitiva!; lo que no me explico, es por qué razón, si la Nada derrota a la Vida, absorbiéndola en la muerte, por cuál motivo permítele surgir y elaborar todo un mundo de cosas y de supuestos, que naturalmente piden y suponen la inmortalidad..." su pregunta quedó sin respuesta, desvanecida en la sombras de su espíritu.

El Semi-Vivo por momentos deliraba. Creía, ahora, en Dios; en

sus diálogos con los transeúntes, había ido poco a poco recuperando aquello que abandonara hacía mucho tiempo. Podemos decir que su Fe había ido recuperándose, por actos sucesivos y reiterados. Aún así, aquello no era muy firme y en el delirio volvían las antiguas imágenes, aún no muertas.

"La ciencia -decía-, que venga la Ciencia...el mundo del Hombre brillante e inmortal...mis derechos...mi libertad; el mundo donde yo era dios; yo soy...el creador de los valores... ¿No es un valor la existencia?...¿por qué viene la muerte, contra el imperio de mi soberana autonomía? Soy autónomo, yo hago mi propia ley" -decía amargamente, al contemplar el paso inexorable de la muerte.

El Semi-Vivo cerró los ojos, y en un postrer esfuerzo encomendóse al Señor para el último paso. De pronto oyó una voz que le decía:

3 - -Dios no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva -era la voz del Profeta que estaba a su lado.

El Profeta no habló más. Llegóse donde estaba, y viéndole movióse a compasión, y arrimándose vendó sus heridas lavándolas con aceite y vino y, subiéndole en su cabalgadura le condujo a la posada y cuidó de él. Al día siguiente sacó dos denarios y dióselos al posadero, diciéndole: cuídame este hombre y todo lo que gastare de más, yo te lo abonaré a mi vuelta (Lc. X, 34-35). Es lo que dice del Profeta el relato evangélico.

El Profeta llegóse adonde estaba -dice- y movióse a compasión. Otros no habían llegado. La aproximación material no había acor-

tado las distancias. Habíanse aproximado eventualmente; tenían que pasar por allí; habían dialogado desde sus parapetos, o para hablar con más propiedad, habían monologado, sin interesarse por las respuestas, tomadas solamente como causa ocasional para proseguir el soli-hablante.

Llegar es, en el mundo espiritual, amar; la manera de llegarse los espíritus a una parte es mediante su acción, y tal acción es amar. Formalmente no se llega al hermano con los pies, sino con el amor. El amor no permanece en una egoísta expectativa; el amor une y es causa de la unión.

El amor del Profeta no era una vana e inútil requisitoria de derechos humanos; no era una hipócrita declaración de libertades preñada de injusticias. No era un llamado como una pedrada lanzada al adversario en la contienda callejera. No era un verbalismo altisonante que se escuchaba a sí mismo. No era una benevolencia afectiva y sensible sin pasar a lo efectivo. No era condescendencia a lo mundano. El amor del Profeta era Caridad.

Con la caridad llegóse al Semi-Vivo. La caridad no tuvo inconvenientes para tocar las heridas; la caridad es benigna, paciente, sufrida, a todo se amolda y en todos espera. La caridad no hace de sus obras un teatro. La caridad humilde y sincera pudo acercarse e identificarse con todas las llagas del corazón y del cuerpo. La caridad es el amor de Dios y del prójimo, que no es de este mundo y que pudo penetrar en los senos torturados del espíritu, en sus meandros más íntimos, para llegar como bálsamo de aquella enfermedad profunda, hecha de infidelidad y soberbia de la vida.

Llegó al Semi-Vivo con aquello que no poseía el Brahmán; llegó, digamos, hasta dónde puede llegar la caridad. Llegó creando un vínculo afectivo y efectivo con el dolor, con la miseria, con la indigencia.

El texto evangélico dice que movióse a compasión. No vayamos a pensar que el Profeta era simplemente un hombre más compasivo que los demás. Compasivo quiere decir que hace suyo propio el sufrimiento de los otros. La caridad trae al corazón el padecimiento del prójimo para hacerlo suyo, ayuda a compartirlo, hace más llevadero el dolor del hermano y lo subsana por cualquier medio.

Ni el Profesor, ni el Clérigo, ni el Laico Adulto, ni el Doctor de Lovaina, pudieron llegar con compasión caritativa. Habían despreciado el don de Dios y estaban absorbidos por el mundo. Por eso su problema como católicos era un problema de adaptación al Mundo, de obtener la benevolencia del Mundo, de desembarazarse de una Iglesia en polémica con los valores mundanos.

El Profeta, en cambio, viene con la Fe de la Iglesia; fe en el poder santificante de la pasión de Cristo; fe en los sacramentos; fe en la gracia divina, que es el remedio y la salvación.

Y dijo el Profeta:

La salud completa requiere que dejéis las cosas del Mundo, y entréis con decisión en el Desierto. La Iglesia polemiza con el Mundo, para arrancarle los hombres y llevarlos a su soledad. La Iglesia es la Tebaida de las almas, como decía el P. Clerissac: Ella conduce lejos del bullicio, y sobre las arenas desnudas, iluminadas

por el Sol, pone la mesa para el banquete de los elegidos.

Dos concepciones diferentes surgieron en el tiempo: el anacoreta y el cenobita. La vida del anacoreta exige una más estricta soledad; la vida cenobítica es vida de comunidad. La primera es más difícil para el hombre; la segunda tiene los recursos de una cierta sociedad.

Los primeros solitarios fueron anacoretas; acompañados solamente con la Cruz y las Escrituras, moraban en el fondo de los desiertos de Egipto, en lugares casi inaccesibles. Después se vio que el hombre no puede competir con los ángeles del cielo, y que de ordinario no podía prescindir de la vida comunitaria; los auxilios espirituales se multiplicaban con la convivencia y sociedad de otros hermanos. El mérito de la obediencia, los sacramentos, una regla que asegure la perseverancia, el buen ejemplo de los demás, la oración en común, todo contribuía a favorecer el camino de seguimiento de Jesucristo. El monje que había oído las palabras del Señor: anda, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres y sígueme, se sentía estimulado por el ejemplo de sus hermanos.

San Pablo, primer ermitaño, y San Antonio abad inician la vida de los anacoretas en el desierto. De San Antonio cuenta su vida (*De Vitis Patrum* 1.I) que después de permanecer quince años en las cercanías de su pueblo natal, en Egipto, haciendo vida de penitencia, retiróse al desierto de Pispir y después a la Tebaida. Fue el padre e iniciador de la vida eremítica (a. 251-356). En él está ya lo esencial de la vida religiosa, tal como debe ser: oración, silencio, retiro, ayunos, el celo por la vida de la Iglesia, que lo hace visitar al

Obispo Atanasio para sostenerlo en su lucha contra el arrianismo. Una pléyade de solitarios, en pos de Antonio, poblaron los desiertos de la Tebaida, Nitria, y otras regiones del Egipto y del Asia Menor.

Onofrio cuenta al joven Pafnucio los motivos que le indujeron a dejar el monasterio y abrazar la vida eremítica. Cuéntale sus setenta años de vida eremítica; había abandonado el calustro y perseveraba en celda de solitario desde hacía nada menos que setenta años. Cuando lo visitó Pafnucio sería centenario. Habitaba en un monasterio de la Tebaida, en Hermópolis, donde había cien monjes. Allí vivían, le dice, un solo corazón y una sola alma, todos con perfecta caridad y mansedumbre, bajo la disciplina de la santa Regla, para no temer los vaivenes del siglo (P.L. 73,213). Pero oyó alabar la vida del profeta Elías en el yermo, y la penitencia de Juan el Bautista. Entonces Onofrio, dice la historia, consultó con los ancianos del monasterio; ellos le dijeron que efectivamente, aquellos que vivían en soledad eran más fuertes. Parece que Onofrio era hombre bastante decidido, pues esa noche misma, tomó dos panes y abandonó el monasterio. Comenzó en el yermo su vida a merced de las inclemencias del tiempo: frío, calor, hambre y sed; todas las penurias del desierto fueron afrontadas por amor de Cristo. Pafnucio se constituye en testigo de la santidad de Onofrio y de los motivos que le indujeron a la vida del desierto. Como otros muchos dejan la corte de Roma para ir al desierto, Arsenio abandonó la del emperador Teodosio y fue al desierto de Sitty.

Para conocer la Iglesia como es en verdad, dijo el Profeta, es necesario conocer el monaquismo primitivo y de todos los tiempos.

No quiero terminar sin contarte algo del fundador de la vida cenobítica, o sea, de la vida religiosa, como la quiere la Iglesia. Allí verás los elementos esenciales que no puede subvertir el progresismo católico; verás por que motivos el demonio lucha tanto por destruir, por movilizar, por cambiar. Es menester que sepas algo sobre San Pacomio, sobre todo si piensas visitar aquel monasterio de la Arabia.

4- -¿Quién fue San Pacomio?

-Pacomio deseaba la vida monástica desde temprana edad; llega al desierto de Tebaida en su juventud; impresionado por las historias realmente legendarias que había oído contar, aquellas hazañas portentosas contra el poder de los demonios, llega al lugar de los combates espirituales, para volverse émulo de aquellos campeones. San Jerónimo, su biógrafo, nos cuenta de la visión que tuvo:

Estaba Pacomio en una caverna, cuando se le apareció un ángel y le dice: "Tú has puesto en orden tus cosas personales, mientras has vivido en esta caverna. Ahora debes hacer otra cosa; vete, reúne los jóvenes monjes, permanece frente a ellos y dales leyes según el modelo que te doy; dispensa a cada uno como puedas el comer y el beber, e impónles trabajos proporcionados a sus fuerzas; los trabajos penosos para aquellos más robustos y que comen; los trabajos más fáciles a aquellos que muestran más ascetismo, y que se dan a más largas plegarias". Esto y otras cosas dice el ángel a Pacomio; la regla pacomiana salió, según la tradición, de aquellos diálogos con el ángel. Lo cierto es que nosotros conocemos una regla perfecta que contiene lo esencial de toda la vida religiosa.

Pensamos sin dificultad que los ángeles del cielo han impulsado a sus hermanos los hombres a organizarse para servir a Dios. Pacomio está en el mismo ángulo, en el punto crucial de tan inefable coloquio.

San Pacomio es poco conocido entre nosotros los adultos, y entre los jóvenes me temo que desconocido. A esto conspiran los programas de Historia, que dan por inexistente todo el monaquismo occidental y oriental.

Nuestro héroe (+ 348) fue, como afirma San Jerónimo, padre de una infinita multitud de monjes. No fue ésta una paternidad relativa, sino universal; él es quien echa los cimientos de la vida cenobítica, o sea, la vida religiosa en comunidad.

No debemos pensar en nada moderno, ni siquiera en las grandes abadías del medioevo. Imaginemos el desierto; la Tebaida, en el Egipto medio; allí van un joven de familia pagana y funda una primera comunidad (a. 320). Había entonces muchos anacoretas que vivían en chozas y grutas, pero aislados, sin hacer vida en común. Contemporáneo de Pacomio era San Antonio abad, que en el Bajo Egipto llevaba este género de vida.

El monasterio pacomiano no era como lo puedes imaginar ahora; debemos pensar mas bien en un pueblo. Los monjes habitaban en diversos edificios; cada uno contenía unos cuarenta individuos; tres o cuatro de estos edificios constituían una tribu. Cada una de estas casas y tribus estaba gobernada por uno que dependía del abad, y transmitía sus órdenes. La vida de los monjes transcurría entre la oración coral, la lectura de la Escritura y el trabajo. Seis salmos u

oraciones especiales se recitaban a las Víseras, seis para las Completas; a la media noche, doce; a las horas de prima, tercia, sexta, nona, tres salmos u oraciones en cada una; más o menos, horas de la salida del sol; a las nueve; a las doce y tres de la tarde.

La Regla de Pacomio tiene prescripciones precisas en muchísimos puntos de detalle que son de gran interés y revelan el genio del legislador. La tradición afirma que un ángel del cielo vino a dictársela. Es asombroso leer las prescripciones de esta regla, verdadera constitución escrita, que llega a detalles concretos que parece inverosímil no hayan debido sufrir modificaciones sustanciales, tan adaptadas están a la psicología humana, y tan propias son de la vida religiosa: por ejemplo, la institución del hebdomadario, el coro, el refectorio, el silencio, la clausura, la atención de los enfermos, la dispensa, las visitas, las condiciones para la recepción de novicios, etc. Algunos detalles especiales: por ejemplo, divide el trabajo según las aptitudes; la autorización del superior para ir al entierro de los parientes; que no vayan dos montados sobre el mismo asno; que al pasar la puerta del monasterio debe bajarse del asno y llevarlo de tiro; que no debe introducir chismes de otro monasterio ni del mundo, y muchas cosas por el etilo.

La Iglesia florece en la soledad; Ella misma es la soledad de los hombres, separados de lo mudano, reservándose para Cristo. Los recién convertidos del paganismo, rebosantes de las primicias del Espíritu, buscaban los aires del desierto. Se han vertido al catellano muchas veces las Conferencias de Casiano, el monje marsellés que visitó los monasterios de Asia y de Egipto; tenemos en las Vidas de

los Padres (De Vitis Patrum), la Historia Lausíaca y las Instituciones del mencionado Casiano, etc, etc. Sería de desear que se divulgaran, conforme se editan tantas cosas inútiles. Los verdaderos valores del cristianismo permanecen soterrados, mientras nuestra indolencia devora con deleite las inverosímiles aveturas de la angustia de algún personaje existencialista.

...Y los desiertos de Siria, Egipto pobláronse de monasterios donde creció la vida contemplativa, arraigada por la oración, la penitencia, y fecundada en el trabajo, que daba al monje lo necesario para vivir. En ese orden nació el monaquismo de todos los tiempos, la forma suprema de la civilización de Occidente, la forma cristiana en todas las cosas humanas.

OTRAS ENSEÑANZAS DEL PROFETA

5- "Lo Apóstoles no han sido solitarios ni monjes", dije un día al Profeta. Entonces mi maestro tomó ocasión de mis palabras para darme una lección acerca de cómo debía leer las Epístolas de San Pablo.

Dijo así:

Todo exégeta que hace nacer a San Pablo en Tarso comete un error. El apóstol nace en Cristo el día de su elección divina. Debe tomarse en cuenta este detalle no insignificante en la lectura de las Epístolas paulinas. Debe ser una lectura a la altura de la cosa leída y no por debajo.

Explicuemos algo mejor. Ciertos exégetas modernos insisten en que para la comprensión de las Epístolas u otras lecturas bíblicas, debemos previamente abundar en conocimientos históricos y geográficos de la época, del lugar y las circunstancias en que dichos trabajos fueron escritos. Esto es verdad solo en parte, y en una porción muy limitada. Hay cosas más importantes que olvidan quienes padecen una verdadera obsesión por la exégesis protestante.

El protestante escarba en la historia, en la filología, porque espera sacar todo de allí. Pide con fervorosos acentos a las sectas maniqueas o gnósticas una explicación de los milagros de Cristo. A la zaga de Reimarus, Semler, Bultman, acude a "la categoría del mito", e interpreta las doctrinas del pecado, la encarnación, la resurrección, como ingredientes de la "imagen del mundo", propia del hombre neo testamentario.

Cuanta exégesis católica, arrojándose por los mismos caminos, si bien llega a confutar esos errores y testificar la presencia de lo sobrenatural, no logra mostrar todo el contenido de la palabra de Dios. Es en cierto modo una exégesis de abajo hacia arriba, con recursos útiles abajo pero que allá arriba resultan insuficientes. El exégeta católico puede empezar con la filosofía y la historia, pero no puede terminar con ellos.

La realidad neo testamentaria no es simplemente cosa histórica o geográfica. Es cosa de Dios; asienta sobre el suelo de una vocación divina, que debe transformar el hombre y las cosas humanas.

Más en concreto, asienta sobre el pueblo de Israel, que ya es una

realidad teológica, y sobre él se reconstruye como Iglesia. Es un error explicarlas por causas históricas o categorías de evolución; es la acción de la persona divina de Cristo en los hombres y en las cosas humanas; acción sacramental, carismática, constitutiva de la Iglesia como tal.

Sobre ese suelo de Dios se mueve el Apóstol; ya no es, por ejemplo, Saulo de Tarso como lo fue al principio, sino Pablo, Apóstol de Jesucristo.

Lo primero para el lector de las Epístolas es fijarse, no en el judío nacido en el siglo I, sino en el Apóstol. Pablo es Apóstol; ha recibido el apostolado, no de los hombres ni por intermedio de ellos, sino de Dios (Gal. I,1). La mayoría de sus epístolas van encabezadas por el título que justifica la carta, la doctrina y las amonestaciones que dirige a sus destinatarios: "Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser Apóstol, escogido para predicar el Evangelio de Dios...,etc." (A los Romanos I,1). Igualmente en las cartas a los corintios y demás, invoca su condición de Apóstol. Quiere decir que lo primero es saber qué quiere decir Apóstol. No se trata desde luego de un jefe cualquiera, ni de un legislador como Moisés, ni de un profeta como Isaías, ni de un filósofo como Aristóteles o Pitágoras. El Apóstol tiene una relación inmediata con la instauración del Reino mesiánico en el mundo, con la obra personal de Cristo, con la Iglesia.

Los Apóstoles, o sea, los Doce como también se les denomina, fueron los elegidos por Cristo para fundamentos de su Iglesia. El Apóstol es un elegido de Dios, sujeto de gracias de elección; los

mayores ministros en la Iglesia, dice Santo Tomás, son los Apóstoles. Tres cosas pertenecen a su oficio: autoridad para gobernar el pueblo fiel, facultad de enseñar, y potestad de hacer milagros para confirmar la doctrina (In I ad Cor. XII, lec, 3). El Apostolado está en las bases de la jerarquía institucional; no es algo fuera de ella. El colegio de los Doce tenía su cabeza: Pedro; pero tenía autoridad sobre toda la Iglesia en la doctrina y en la jurisdicción. Es una función jerárquica, el ministerio supremo dotado de toda suerte de carismas, que tiene como objeto fundar la Iglesia, hacerla arraigar en el mundo, hacerla servir de fermento en la transformación de las costumbres paganas, y la instauración del Reino de Dios: Somos embajadores en nombre de Cristo, y es Dios el que os exhorta por boca nuestra (II Cor. V,20).

Sujetos de elección, embajadores de Dios, fueron objeto de enseñanza especial por parte de Jesús (Mt. V,10); reciben después la plenitud del Espíritu Santo: la plenitud de la doctrina revelada, de la gracia, de los carismas especiales, tan abundantes en la Iglesia primitiva. Elegidos ellos no son del mundo pero tienen su misión en el mismo mundo; (Juan XV, 18). En vano tratará, pues, cierta exégesis de explicar la misión apostólica por categorías mundanas; es un que hacer en el mundo pero no es del mundo; debe explicarse en términos capaces de interpretar aquello no mundano que fue su misión en el mundo.

El Apostolado fue un oficio permanente en los Apóstoles, habitual, para cumplir funciones también habituales; son los padres de la Fe, y fundamentos de la Iglesia; no es, como lo suponen ciertos

protestantes, un oficio carismático, al tenor de las gracias gratis dadas; pertenecen a lo institucional y fijo en la Iglesia, que lleva añeja la gracia habitual, aunque de hecho poseyera todos los carismas. Esto es importante para no imaginar una jerarquía carismática en la Iglesia al lado de la jerarquía institucional, que viene de Pedro, los Apóstoles y los Obispos.

Es un oficio de autoridad en la Iglesia, doctrinal y efectiva. Por la autoridad doctrinal los Apóstoles entregan la doctrina; encabezan así la tradición en la Iglesia, por las vías legítimas de una interpretación infalible. Por la autoridad efectiva o de jurisdicción fundan iglesias, ponen en ejecución los mandatos del Señor acerca de los sacramentos, velan por la integridad de la fe, promueven las nuevas costumbres cristianas.

Así debemos entender la actividad de San Pablo. Nace del fondo de su gracia de Apostolado, verdadero carácter extra sacramental, fuente de gracias especiales para propagar el misterio de Cristo.

Debemos leer con amor las epístolas paulinas y las de Juan, Pedro y Judas; la doctrina de la justificación, de la gracia viviente en los sacramentos, de la Iglesia que resume todos los frutos y toda la plenitud del Espíritu, la vocación del cristiano en el mismo cuerpo místico de Cristo, no en forma inconexa sino en el orden en que las explica el Santo Doctor. La doctrina viva de la gracia y de la Iglesia que forma las cristiandades con vida propia, la vida nueva que invalida por igual la sinagoga y el paganismo.

Aquí terminan las **MEMORIAS DEL SEMIVIVO** encontradas en un monasterio de la Arabia, donde vivían monjes bajo la Regla de San Pacomio.

Hay en estas memorias algo profético que el lector de este tiempo fácilmente puede adivinar.

Yo, Kanef-Maraj, traductor del manuscrito, he procurado ser fiel, y creo que en alguna medida pueden tales Memorias contribuir a la salvación de muchos, y al verdadero esplendor de la Esposa de Cristo.

Aprestaos contra Babel y sus contornos cuantos tendéis el arco; combatidla, no escatiméis las saetas, porque pecó contra Yavé.

Lanzad de todas partes contra ella el grito de guerra; en todas partes se rinde. Cayeron sus torres; han sido arrasados sus muros. (Jeremías, 50, 14-15).

No hay ni una palabra de pacificación o convivencia. Babel -el Mundo Moderno, en cuanto mundo- debe caer, y cae efectivamente.

La Iglesia es el triunfo de la Redención.

Huid de Babel, salve cada uno su vida; no perezcaís por su ini-

quidad. (Jer., 51, 5)

Babel es comparada con una copa de oro que sirvió para embriagar a toda la tierra; los pueblos bebieron de su vino y enloquecieron. Asistimos a la orgía de los pueblos borrachos de Humanismo, de Evolución, de Marxismo, de ciencia, de técnica, de sensualidad, de comodidades. La maldad de Babel sube hasta los cielos y se eleva hasta las nubes.

Señor Todopoderoso, Dios de Israel... acuérdate lo que dijiste por tu siervo Baruc, el profeta:

Volverán en sí en el país de su destierro; y conocerán que yo soy el Señor su Dios, y les daré un corazón que entienda y unos oídos que escuchen; y me alabarán en la tierra de su cautiverio, y se acordarán de mi Nombre. (II, 31-32).

*MEMORIAS
DE UN
SEMIVIVO*

Se terminó de imprimir el 8 de Agosto de 2017
-Fiesta de Nuestro Padre Sto. Domingo de Guzmán-

MEMORIAS DE UN SEMIVIVO

*Este hombre “**que bajaba de Jerusalem a Jericó**” (Lc. 10,30) fue Adán, y en el toda su descendencia. Por eso la historia de la humanidad es la historia de tantas crisis sufridas y resueltas, de tantas caídas y levantadas: del mundo y también de la Iglesia.*

*La “**bajada**” del siglo XX fue llamada “**modernismo**”, con sus variantes seculares y religiosas. Muchos piensan que el Concilio Vaticano II realizó una “**ruptura**” creando una nueva Iglesia (postconciliar) desligada de la Iglesia de siempre (preconciliar); pero Benedicto XVI nos advertía sobre esta falsa interpretación o hermenéutica, opuesta a la hermenéutica de la “**continuidad**” de la Iglesia, que es la misma desde Cristo y los Apóstoles hasta el fin de los tiempos.*

*El P. García Vieyra O. P. nos ofrece una solución a esta crisis: el sentido común, la fe de la Revelación, y la vida contemplativa, en la cual “**encontraremos descanso para nuestras almas**” (Mt 11,29).*